

I N V N D A C I Ó N
CASTÁTIDA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE LA SOR JUANA



INVNDACIÓN CASTÁLIDA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA

NÚMERO 26

RECTOR

RAFAEL TOVAR Y LÓPEZ-PORTILLO

DIRECTORA

MORAMAY HERRERA KURI

EDITORES

LUIS TORRES ACOSTA

DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN

EDICIÓN Y CORRECCIÓN

LUZ DE LOURDES GARCÍA ORTIZ

CONSEJO EDITORIAL

CARMEN LÓPEZ-PORTILLO ROMANO

MARGO GLANTZ

SARA POOT HERRERA

ADOLFO CASTAÑÓN

MARIO BELLATIN

LUIS ALBERTO AYALA BLANCO

HERNÁN BRAVO VARELA

ANA GARCÍA BERGUA

PABLO RAPHAEL

EZRA ALCÁZAR

PEDRO PABLO MARTÍNEZ

DISEÑO EDITORIAL Y FORMACIÓN

ALBERTO NAVA/MOISÉS VARGAS

PORTADA

ALBERTO NAVA/LAHOJAENBLANCO.MX

CORREO ELECTRÓNICO

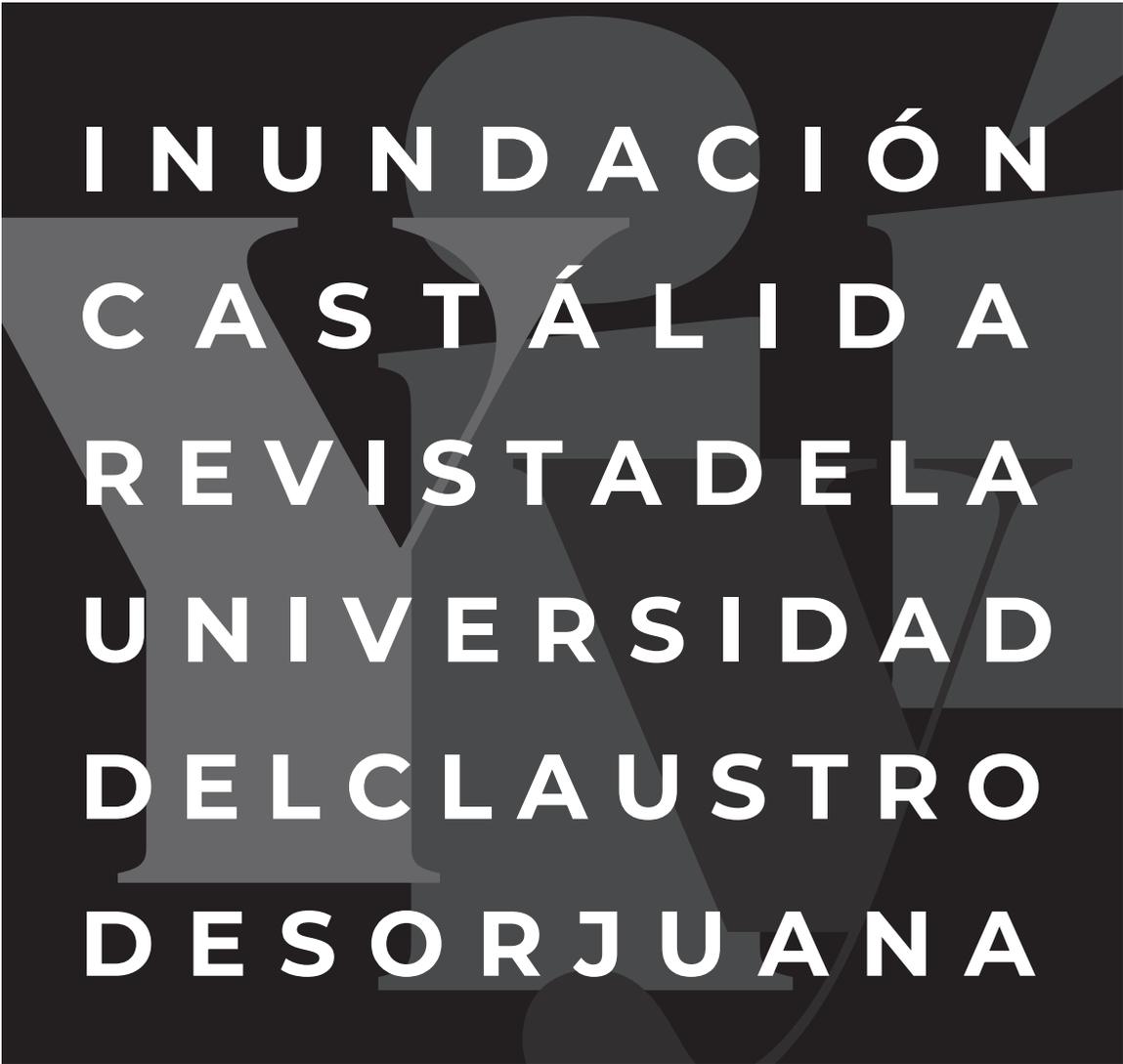
DIFUSIONCULTURAL@ELCLAUSTRO.EDU.MX

FOTOGRAFÍAS: CORTESÍA RAFAEL TOVAR Y LOPEZ-PORTILLO Y EDUARDO ROMERO

INVNDACIÓN CASTÁLIDA, año VIII, núm. 26, abril de 2025, es una publicación trimestral editada y distribuida por la Universidad del Claustro de Sor Juana, A. C., calle San Jerónimo 47, colonia Centro, alcaldía Cuauhtémoc, C.P. 06080, tel. 55 51 30 00, www.elclaustro.mx, mkuri@elclaustro.edu.mx. Editor responsable: Moramay Herrera Kuri. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2018-080617591100-102, ISSN: 2594-0805, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Certificado de Licitud de Título y Contenido No. 17475, otorgado por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa en Documaster, S.A. de C.V., Plásticos 84, local 2, Ala Sur, fraccionamiento Alce Blanco, 53370 Naucalpan de Juárez, México; este número se terminó de imprimir el 9 de abril de 2024, con un tiraje de 1,000 ejemplares.

Las opiniones expresadas en los artículos son responsabilidad exclusiva de sus autores y no representan la posición de la Universidad. Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización por escrito de la Universidad del Claustro de Sor Juana.

CULTURA CLAUSTRO • 55 • 5130 3327 • IZAZAGA 92 • CENTRO • CDMX • ELCLAUSTRO.EDU.MX



INUNDACIÓN
CASTÁLIDA
REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD
DEL CLAUSTRO
DESORJUANA

Índice

4 Editorial

Concilio de luceros

9 *Primero sueño* [Fragmento]

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

12 *La hospitalidad de la lengua* EDMOND JABÈS

El cenzontle 16 CARMEN P. DE SILVA

Ergo bibamus! JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

17

Tinta en alas de papel

20 *De saber irse cuando quieren que te quedes: la jubilación de Carmen Beatriz López-Portillo Romano como rectora del Claustro*

ENTREVISTA POR
MORAMAY HERRERA KURI

61 *Del amor incondicional y del sentido de pertenencia* RAFAEL TOVAR Y LÓPEZ-PORTILLO

65 *Semblanza de una lectora amorosa* LEONORA TOVAR Y LÓPEZ-PORTILLO

Para que te acompañen en este viaje 67 CARTA DE RAFAEL TOVAR Y DE TERESA (28 de julio de 1994)

Mi hermana Carmen, nuestra Yiyí 71 PAULINA LÓPEZ-PORTILLO ROMANO

La rectoría del Claustro ¡Qué privilegio tan alto el de ser rector de una universidad! 74 JUAN MANUEL SILVA CAMARENA

Las manos rectoras de Carmen Beatriz López-Portillo Romano 87 SARA POOT HERRERA

- 93** *Instantánea de un recuerdo*
MARISOL SCHULZ MANAUT
- 95** *Y, sabía es...*
ANTONIO CORDERO
- 98** *A mi cóatl, porque “poder” es poder todo sobre sí: un homenaje, entre recuerdos y afectos*
LUCÍA RAPHAEL
- 105** *Amistad, pasión, devoción*
ALMA SALEM
- 106** *Orgullo de nuestra sangre*
PILAR CORDERO GALINDO
- 108** *Canta, lengua*
ALFONSO MIRANDA MÁRQUEZ
- 110** *Compartir con Carmen momentos importantes de nuestras vidas*
VÍCTOR M. GONZÁLEZ
- 112** *A mi prima Yiyí y sus fructíferos años de retiro*
MARÍA DEL PILAR GALINDO Y LÓPEZ-PORTILLO
- 114** *Esbozo de una gran trayectoria*
LUIS NORBERTO CACHO PÉREZ
- 116** *Legado de vida, visión y pasión desmesurada*
FRANCISCO MIJARES NORIEGA
- 118** *Mi relación académica y personal con la maestra Carmen Beatriz López-Portillo Romano a lo largo de 45 años*
ALEJANDRO CARRILLO CASTRO
- 120** *Yiyí con filosofía de la vida*
MIRIAM SOTRES CUVAS
- Neptuno alegórico**
- Sor María Margarita* **123**
JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO
Y ROJAS
- Dédalo e Ícaro* **130**
MARIO MEUNIER
- Un sueño* **134**
GEORG CHRISTOPH
LICHTENBERG
- De la tierra nacida sombra** **138**

Editorial

A caso Robert Louis Stevenson no se equivocó al asegurar en su *Sermón de Navidad*: “En esta vida toda persona tendría que estar cumpliendo un servicio: no sabe cómo, ni por qué, y no necesita saberlo; no sabe cuál será su recompensa, y no debe preguntar por eso. De un modo u otro, aunque no sepa qué es la bondad, debe intentar ser buena persona; de un modo u otro, aunque no sepa cómo conseguirlo, debe intentar hacer felices a los otros”. La inmensa mayoría de las personas no comprenden esta idea, ya sea porque la confunden con un equivocado sentido del deber, o con tener que ponerse por debajo de sus propias habilidades, o dura y simplemente porque no les importa lo colectivo, la vida en sociedad, la vida en común con los otros, la continuidad de la existencia que está por encima de ambiciones personales.

Nuestra rectora –sí, por siempre será *nuestra rectora*– Carmen Beatriz López-Portillo Romano es ejemplo de esa voluntad de servicio, entendido como un deber ser y hacer, de entrega a los demás, no como mero gesto de beneficencia, sino de bondad y con la fuerza que exige pensar, sentir, buscar, proponer, transformar, y así dejar un legado de entre los más valiosos que un ser humano puede dejar pues es un legado de educación, de arte, de cultura. Se dice fácil, pero se necesitan muchas virtudes, entramadas por un tesón a prueba de la corrosión a la que nos somete la vida cotidiana. Y abundantes dosis de buen humor.

Este número, singularmente especial entre todos los que conforman *Inundación Castálida*, está dedicado a nuestra rectora como reconocimiento por sus más de treinta años al frente de la Universi-

dad del Claustro de Sor Juana, desde 1991 como directora general y desde 1998 formalmente como rectora. Y al mismo tiempo la celebramos por sus alegres setenta años de vida.

Entre la primera sección, **Concilio de luceros**, donde incluimos versos de uno de los poetas favoritos de nuestra rectora, hasta la última, **De la tierra nacida sombra**, donde a través de un carrusel de fotografías nos asomaremos a momentos de su fructífera vida, y pasando por **Neptuno alegórico**, con relatos que seguramente le darán un momento de solaz, en **Tinta en alas de papel**, el *dossier*, hemos convocado a un grupo de personas que le expresan a Carmen Beatriz sentidos pensamientos y consideraciones: sus hijos, por su puesto, y algunos otros familiares, sus amigos y colaboradores, sus compañeros académicos y hasta conocidos funcionarios. Constatamos que es amplísimo el espectro de relaciones que abarca la vida de Yiyí, de lo privado a lo público, y viceversa, y que no hay espacio donde no haya dejado su huella.

En esos testimonios se le recuerda como una mujer tenaz aun desde su niñez, que luego de adulta supo crear este maravilloso espacio educativo que es la Universidad del Claustro de Sor Juana y darle el prestigio del que goza actualmente. Se le concibe y se le percibe a Yiyí como un ser amoroso y creativo, dispuesto al perenne asombro, capaz de conducir sin autoritarismo, de dar sin mezquindad. Se cuentan vivencias compartidas, y se le agradece la generosidad y el sentido de la felicidad compartida, su capacidad para escuchar al otro y para entender sus necesidades y circunstancias, su curiosidad infinita y su ejemplo para aprender a preguntar.



Pero arriesguémonos a preguntar, a propósito, cuál es su mayor virtud. Veamos, arriesguemos una respuesta: acaso la admirable paciencia por ejercer todas sus facultades, pues de nada sirve alguna cualidad ni algún privilegio del saber si no se ponen en práctica, si no se comparten. Y ese compartir redundante en la única fortaleza posible para la vida: la íntima certeza de que “nadie se salva si el otro no se salva”, como señala en la entrevista concedida a nuestra directora de *Inundación Castálida*, Moramay Herrera Kuri.

Verdadera humanista, hoy cuando el concepto se abarata y se vende por kilo, como el pet y la chatarra, Carmen Beatriz comprende que no hay otro camino que hacer comunidad y poner en el centro la interrogación sobre nosotros mismos y sobre el mundo como fuente de experiencia, conocimiento y creación, sin dejar de lado la convicción de que *todos somos responsables*. Humanismo, nos enseña Yiyí, es actuar en conjunto y en la medida de lo posible; mejorar el espacio social tanto para uno mismo como para el prójimo y los próximos:

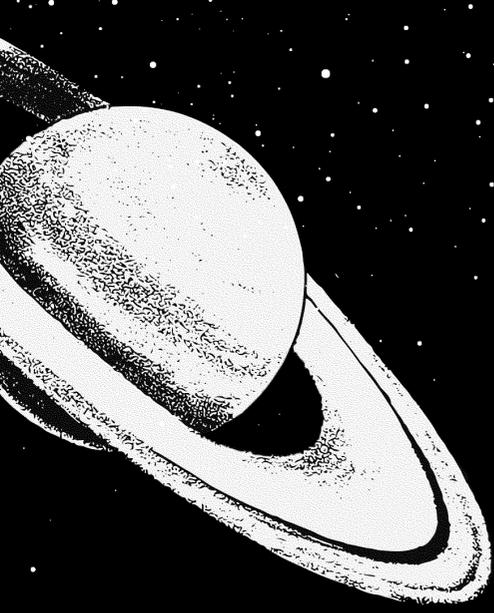
hacer hoy para el futuro. Los que vienen juzgarán si nuestras convicciones se emparejaron con las acciones.

Sor Juana se pregunta en la *Carta atenagórica* cuál es la mayor fineza de Cristo, y luego de un recorrido teológico por las respuestas de los doctores de la Iglesia y uno que otro metiche—como el fastidioso padre António Vieira—, concluye que la mayor fineza de Cristo es “no hacernos todos los beneficios que queremos”, porque recibir no es “mérito” sino “cargo”. De modo que, ¿cuál diríamos que es la mayor fineza de Carmen Beatriz? Pues irse “cuando quieren que te quedes”, no porque ya no pueda seguir en el Claustro, sino porque ha cumplido siendo y haciendo todo lo mejor de que ha sido capaz, y aun más. Cumplir es deber ser y hacer, es servir, y nuestra rectora nos deja su ejemplo y el Claustro como el Espacio de las Preguntas donde los jóvenes llegan a formarse y a aprender a servir y a luchar por un mundo mejor. Haber vivido plenamente también es haber servido, y Yiyí ha tenido una vida plena. ¿Se puede pedir más? ●





Concilio
DE LUCEROS



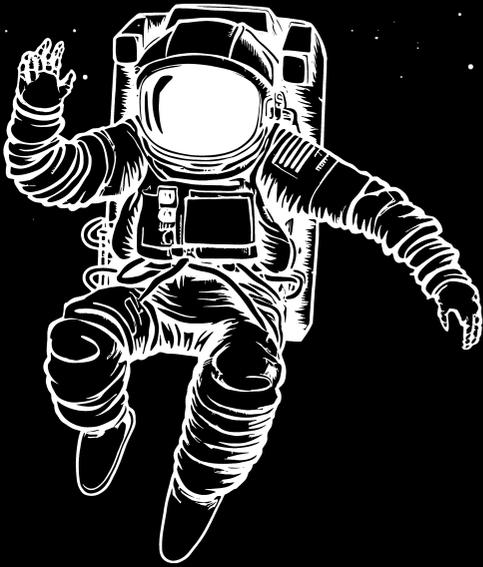
Primero sueño*

[Fragmento]

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ

En cuya casi elevación inmensa,
gozosa mas suspensa,
suspensa pero ufana,
y atónita aunque ufana, la suprema
de lo sublunar reina soberana,
la vista perspicaz, libre de antojos,
de sus intelectuales bellos ojos,
sin que distancia tema
ni de obstáculo opaco se recele
de que interpuesto algún objeto cele,
libre tendió por todo lo criado:
cuyo inmenso agregado,
cúmulo incomprehensible,
aunque a la vista quiso manifiesto
dar señas de posible,
a la comprensión no, que, entorpecida
con la sobra de objetos, y excedida
de la grandeza de ellos su potencia,
retrocedió cobarde.

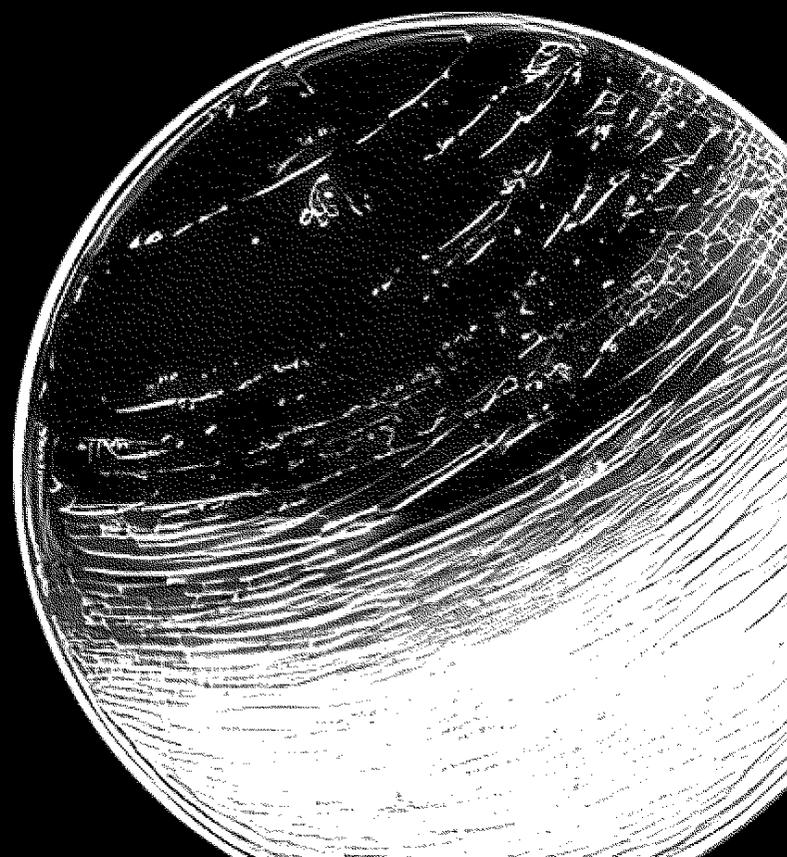
Tanto no, del osado presupuesto
revocó la intención, arrepentida,
la vista que intentó, descomedida,
en vano hacer alarde
contra objeto que excede en excelencia
las líneas visüales
—contra el sol, digo, cuerpo luminoso,
cuyos rayos castigo son fogoso,
que fuerzas desiguales
despreciando, castigan rayo a rayo
el confiado, antes atrevido
y ya llorado ensayo
(necia experiencia que costosa tanto

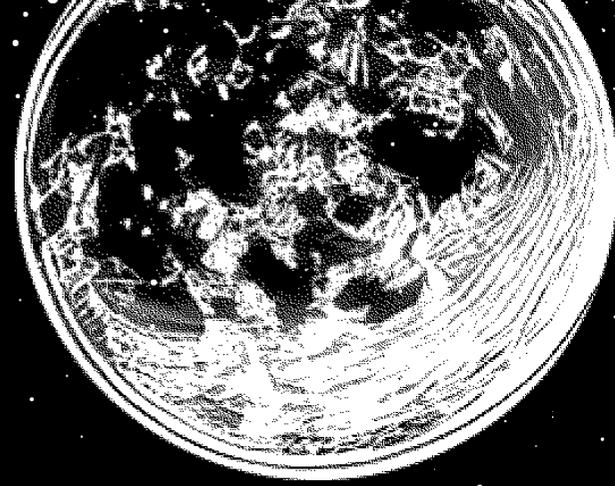


fue, que Ícaro ya, su propio llanto
 lo anegó enternecido)—,
 como el entendimiento, aquí vencido
 no menos de la inmensa muchedumbre
 de tanta maquinosa pesadumbre
 (de diversas especies conglobado
 esférico compuesto),
 que de las cualidades
 de cada cual, cedió: tan asombrado
 que, entre la copia puesto,
 pobre con ella en las neutralidades
 de un mar de asombros, la elección confusa,
 equívoco, en las ondas zozobraba;
 y por mirarlo todo, nada vía,
 ni discernir podía
 (bota la facultad intelectual
 en tanta, tan difusa
 incomprendible especie que miraba
 desde el un eje en que librada estriba
 la máquina voluble de la esfera,
 al contrapuesto polo)
 las partes ya no sólo
 que al universo todo considera
 serle perfeccionantes,
 a su ornato, no más, pertenecientes,
 mas ni aun las que integrantes
 miembros son de su cuerpo dilatado,
 proporcionadamente competentes.
 Mas como al que ha usurpado
 diuturna obscuridad, de los objetos
 visibles los colores,
 si súbitos le asaltan resplandores,
 con la sobra de luz queda más ciego
 —que el exceso contrarios hace efectos
 en la torpe potencia, que la lumbrería
 del sol admitir luego
 no puede por la falta de costumbre—,
 y a la tiniebla misma, que antes era
 tenebroso a la vista impedimento,

de los agravios de la luz apela,
y una vez y otra con la mano cela
de los débiles ojos deslumbrados
los rayos vacilantes,
sirviendo ya, piadosa medianera,
la sombra de instrumento
para que recobrados
por grados se habiliten,
por que después constantes
su operación más firmes ejerciten.

**Versos 435-515 de *Primero Sueño*, que así intituló y compuso [este poema] la madre Juana Inés de la Cruz, imitando a Góngora, composición 216 en *Obras completas de Sor Juana Inés de la Cruz*, tomo I: *Lírica personal*, 2ª ed., edición, introducción y notas de Antonio Alatorre (a partir de la edición de Alfonso Méndez Plancarte), México, Fondo de Cultura Económica, 2009 ("Biblioteca Americana").*





La hospitalidad de la lengua*

EDMOND JABÈS

(Traducción de Françoise Roy)

¿Cambian acaso las palabras cuando cambian de boca?

—¿Qué vienes a hacer en mi país?

—De todos los países, el tuyo es ante mis ojos el máspreciado.

—Tu apego y tu afecto hacia mi patria no justifican tu permanente presencia entre nosotros.

—¿Qué me reprochas?

—Extranjero, siempre serás para mí un extranjero. Tu lugar está en tu casa, no aquí.

—Tu país es el de mi lengua.

—Atrás de la lengua, hay un pueblo, una nación. ¿Cuál es tu nacionalidad?

—Hoy en día, la tuya.

—Un país es, primeramente, un solar.

—Este solar se encuentra, también, en mis palabras. Mas lo confieso, no es el mío.

—Al fin, lo admites.

—No tengo, realmente, solar alguno.
He hecho, del libro, mi morada.
Tú lo sabes.

—Tú, muy hábilmente, has obrado a fin de apropiarte mi idioma.

—¿Acaso no lo compartimos?

—De ninguna manera.
Tú lo aprendiste. Es todo.
Yo nací con él.

—Dulce engaño. Tengo, cada vez, el sentimiento de que mi idioma nace conmigo.

—El ejercer, el practicar un idioma no nos confiere ningún derecho sobre él. Nos incitan a hablarlo, a escribirlo de la manera más correcta posible.

—Nos dan el derecho de amarlo. ¿No es a él, acaso, a quien recurro para conocerme mejor, entenderme; para sondear, en fin, mi devenir?

—No puedes reivindicar el pasado de mi lengua.

—Mi pasado es el suyo, en la medida en que ella me sopló mis primeras palabras.

—Hubiesen podido, igualmente, ser palabras de otro idioma.

—Sin duda. Al principio, está el anhelo.

—Tu anhelo, quizás, mas no, forzosamente, el de ella. Una lengua queda libre de apegos. A las circunstancias les debes el hecho de haber adoptado mi lengua. Y yo, la heredé.

—Mis padres me la revelaron. Mis palabras, desde entonces, son de reconocimiento hacia ella y de fidelidad.

—¿Será porque te agrada mi casa que te pertenece?

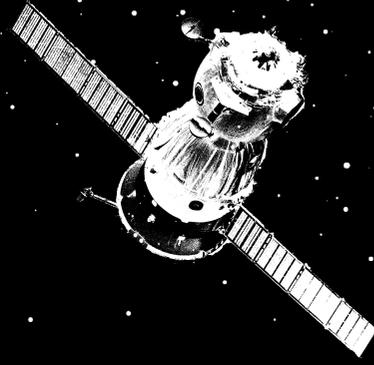
—La lengua es hospitalaria. No toma en cuenta nuestros orígenes. Ya que sólo puede ser lo que logramos sacar de ella, no es otra cosa que lo que esperamos de nosotros.

—¿Y si de ella no esperamos nada?

—Tu soledad será igual a la nuestra.
Yo te obsequio, esta noche, mi libro.

—Un libro no se ofrece. Uno lo elige.

—Así es con la lengua.



L'hospitalité de la langue

Les mots changent-ils quand ils changent de bouche ?

— Que viens-tu faire dans mon pays ?

— De tous les pays, le tien m'est le plus cher.

— Ton attachement à ma patrie ne justifie pas ta permanente présence parmi nous.

— Que me reproches-tu ?

— Étranger, tu seras, toujours, pour moi un étranger. Ta place est chez toi et non ici.

— Ton pays est celui de ma langue.

— Derrière la langue, il y a un peuple, une nation. Quelle est ta nationalité ?

— Aujourd'hui, la tienne.

— Un pays est, d'abord, une terre.

— Cette terre est, aussi, dans mes mots. Mais je le confesse, elle n'est pas la mienne.

— Enfin, tu avoues.

— Je n'ai pas, vraiment, de terre.

J'ai, du livre, fait mon lieu.

Tu le sais.

— Tu as, très habilement, œuvré afin de t'approprier ma langue.

— Ne la partageons-nous pas ?

— Nullement.

Tu l'as apprise. C'est tout.

Moi, je suis né avec.

— Doux leurre. J'ai, chaque fois, le sentiment que ma langue naît avec moi.

— L'exercice, la pratique d'une langue ne nous donnent aucun droit sur elle. Ils nous incitent à la parler, à l'écrire le plus correctement possible.

— Ils nous donnent le droit de l'aimer. Et n'est-ce pas à elle que j'ai recours, pour mieux me connaître, me comprendre ; pour interroger, enfin, mon devenir ?

— Tu ne peux revendiquer le passé de ma langue.

— Mon passé est le sien, dans la mesure où mes premiers mots m'ont été soufflés par elle.

— Ils auraient pu, tout aussi bien, être mots d'une autre langue.

— Sans doute. Au départ, il y a le désir.

— Ton désir, peut-être, mais pas, forcément, le sien. La langue est libre d'attaches. C'est aux circonstances que tu dois d'avoir adopté ma langue. Moi, j'ai hérité d'elle.

— Mes parents me l'ont révélée. Mes paroles, depuis, sont de reconnaissance envers elle et de fidélité.

— Est-ce parce que ma maison te plaît qu'elle est à toi ?

— La langue est hospitalière. Elle ne tient pas compte de nos origines. Ne pouvant être que ce que nous arrivons à en tirer, elle n'est autre que ce que nous attendons de nous.

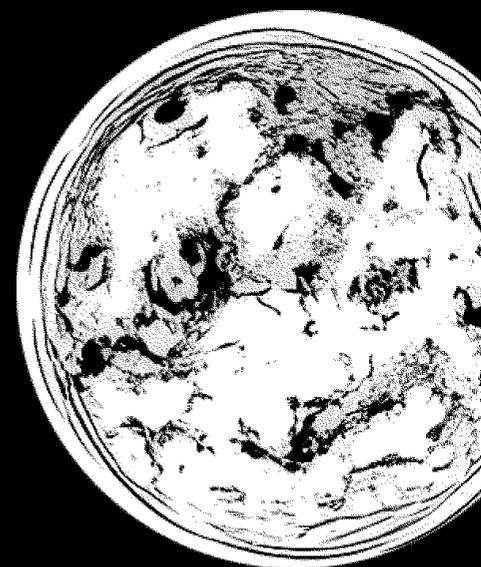
— Et si nous n'en attendons rien ?

— Ta solitude sera égale à la nôtre.
Je te fais don, ce soir, de mon livre.

— Un livre ne s'offre pas. On le choisit.

— Ainsi en est-il de la langue.

* De *Le livre de l'hospitalité / El libro de la hospitalidad*, edición bilingüe, México, Aldus-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes-Embajada de Francia en México, 2002 ("La Edad de Hombre").



El cenizontle*

CARMEN P. DE SILVA

Mi inocente prisionero,
ave de las plumas pardas,
mi primoroso cenizontle,
que tan impaciente saltas
y con el piquito intentas
romper tu dorada jaula,
¿por qué tu misión olvidas?
Responde, ¿por qué no cantas?

Por oír tus melodías
te aprisioné, aunque apenada;
¿y callas, ave querida,
burlando así mi esperanza?

Tu inquietud bien la comprendo...,
es que libertad te falta;
pero ¿ignoras que las quejas
alivian el mal del alma?

Libertad quieres, no hay duda;
la esclavitud es amarga,
tienes razón; yo bendigo
tus aspiraciones santas.

¡Corre, pues..., al campo vuela,
besa las flores galanas,
fabrica tu blando nido
en las cimbradoras ramas!

¡Vuela, salta de contento,
liba la fuente plateada
que sobre blancas arenas
siempre juguetona salta!

Quién te verá en la pradera
volando de rama en rama,
lanzando tu amante queja
allá entre las flores blancas,

y cantando tus amores
con voz triste, apasionada,
cruzando la selva umbrosa
en la plácida mañana,
pasando tu vida alegre
cual otras aves pasan.

¡Sal, pues...! ¿Rehúsas también,
pertinaz, la vida grata
que te ofrezco? ¡Qué misterio!
Queda, pues, en tu áurea jaula;
quédate en ella, lo quieres;
de importunas quejas basta.

¡Si adivinar yo pudiera
de tu silencio la causa,
satisfecha quedaría
si al fin tus penas calmara!
Si algún secreto pesar
enmudeció tu garganta,
no creas que yo, indiscreta,
tu secreto publicara.

¿Quizás la perfidia lloras
de tu consorte inhumana
que libre en el campo vive
con tu rival que la halaga?

¡Desgraciado! Si ésa ha sido
la causa por que no cantas,
es dolor que nadie cura;
no hay remedio, calla, calla.



*De 500 poesías famosas de la literatura universal,
edición ilustrada con 40 retratos de poetas, México,
El Libro Español, 1967.

Ergo bibamus!

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

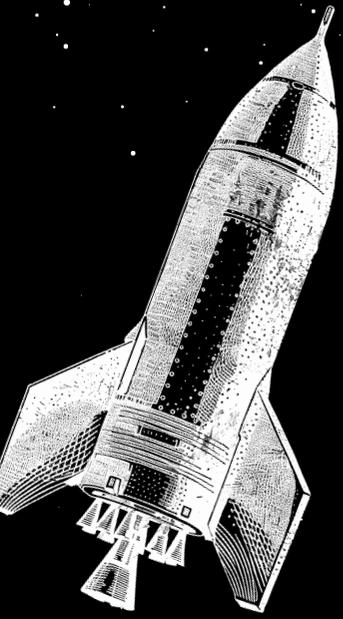
(Traducción de Luz de Lourdes García Ortiz)

Nos hemos reunido aquí para algo loable hacer,
 ¡así que, hermanitos: *ergo bibamus!*
 Las copas, a tintinear; las charlas, a suspender;
 ¡atención: *ergo bibamus!*
 Esto prescribe el antiguo, aún poderoso pregón:
 que lo diga el primero, que lo diga el segundo,
 y que al fin resuene el eco desde el festivo salón,
 ¡un magnífico *ergo bibamus!*

Yo a mi dulce amada había mirado,
 allí dije para mí: ¡*ergo bibamus!*
 Y al acercármele gentil, allí me dejó plantado.
 Yo me consolé, dije para mí: ¡*bibamus!*,
 y ya sea que ella reconciliada te abraze y te bese,
 o ya sea que caricias y besos te niegue,
 sólo quédate, hasta que una mejor te llegue,
 ¡con el confortante *ergo bibamus!*

Me llama mi destino ahora, amigos, de ustedes lejano,
 ¡de ustedes, mis honrados! ¡*Ergo bibamus!*
 Yo de aquí me iré con el equipaje liviano,
 ¡así que doble *ergo bibamus!*,
 pues mientras el avaro escatima al cuerpo su estofado,
 el gozoso desprendido estará siempre cuidado,
 pues siempre el alegre del feliz se toma prestado,
 ¡así que, hermanitos: *ergo bibamus!*

¡Qué más podemos decir del día de hoy!
 Yo pienso que sólo: ¡*ergo bibamus!*
 Es uno, en verdad, de esos excepcionales el de hoy;
 así que, siempre y de nuevo: ¡*bibamus!*
 Él nos trae la alegría a través del abierto portón,
 el resplandor de las nubes, la pródiga floración,
 y una figurita, divina, nos hace su luminosa aparición.
 Tintineemos y cantemos: ¡*bibamus!*



Ergo bibamus!

Hier sind wir versammelt zu löblichem Thun,
 Drum, Brüderchen! *Ergo bibamus!*
 Die Gläser, sie klingen, Gespräche, sie ruhn,
 Beherzigt *Ergo bibamus!*
 Das heißt noch ein altes, ein tüchtiges Wort:
 Es passet zum Ersten und passet so fort,
 Und schallet ein Echo vom festlichen Ort,
 Ein herrliches *Ergo bibamus!*

Ich hatte mein freundliches Liebchen gesehn,
 Da dacht' ich mir: *Ergo bibamus!*
 Und nahte mich freundlich, da ließ sie mich stehn;
 Ich half mir und dachte: *Bibamus!*
 Und wenn sie versöhnet euch herzet und küßt,
 Und wenn ihr das Herzen und Küssen vermißt,
 So bleibet nur, bis ihr was Besseres wißt,
 Beim tröstlichen *Ergo bibamus!*

Mich ruft mein Geschick von den Freunden hinweg;
 Ihr Redlichen! *Ergo bibamus!*
 Ich scheid von hinnen mit leichtem Gepäck;
 Drum doppeltes *Ergo bibamus!*
 Und was auch der Filz von dem Leibe sich schmorgt,
 So bleibt für den Heitern doch immer gesorgt,
 Weil immer dem Frohen der Fröhliche borgt;
 Drum, Brüderchen! *Ergo bibamus!*

Was sollen wir sagen zum heutigen Tag!
 Ich dächte nur: *Ergo bibamus!*
 Er ist nun einmal von besonderem Schlag;
 Drum immer aufs neue: *Bibamus!*
 Er führet die Freude durch's offene Thor,
 Es glänzen die Wolken, es theilt sich der Flor,
 Da scheint uns ein Bildchen, ein göttliches, vor;
 Wir klingen und singen: *Bibamus!*

* De "Gesellige Lieder" | "Canciones de convivencia", en *Gedichte | Poemas*, primera parte, Leipzig, editorial de Philipp Reclam hijo, 1894 ("Reclam's Universal-Bibliothek" | "Biblioteca Universal de Reclam").



Tinta

EN ALAS DE PAPEL

De saber irse cuando quieren que te quedes: la jubilación de Carmen Beatriz López-Portillo Romano como rectora del Claustro

ENTREVISTA POR MORAMAY HERRERA KURI

¿Cuál es tu primer recuerdo en la vida?

Mi primer recuerdo... Mi primer recuerdo es un olor. No sé por qué, pero sí, es un olor, un olor acitronado. Lo he olido sólo un par de veces después en mi vida, pero ahora que lo pienso, es un recuerdo sutil siempre presente. Me da una sensación de estar en casa, de estar cobijada, protegida. No sé si era el detergente con el que lavaban las almohaditas de bebé, no sé si era un perfume que mi mamá usaba... No sé, pero es un olor que no puedo describir más que como algo acitronado que me da una enorme felicidad y paz.

Pero luego, fíjate, se lo olí una vez a una persona, creo que en Bellas Artes, hace ya muchos muchos años. Estábamos ahí, sentados en el tercer piso, y de pronto me llegó ese olor. Miré a mi alrededor, y





descubrí que era de una señora sentada muy cerca de nosotros. Y sí, esa señora olía a eso... Me acuerdo de que me pasé todo el concierto así, ya sabes, oliendo el suave olor que despedía la señora.

Cuéntame de tu infancia, lo que te venga a la mente, si fuiste una niña feliz, en dónde naciste...

Nací en 1955. Tengo un hermano mayor, José Ramón. Cuando yo nací, él tenía un año dos meses. Fuimos hijos muy muy seguidos. Vivíamos en la colonia Del Valle, en una casa que mi mamá construyó en un terreno que le regaló mi abuelo, y éramos vecinos de mis abuelos. Es decir, era un terreno que mi abuelo dividió y del que le regaló la mitad a mi mamá. Y era muy divertido, porque nos podíamos atravesar el jardín que separaba una casa de la otra. Había una puertita intermedia, y por ahí atravesábamos el jardín e íbamos a ver a los abuelos. Mi abuelo Alfonso era un poco adusto, pero mi abuela Margarita era una mujer amorosa. Para ella todo estaba bien; era cálida, apapachona. Tenía una piel..., ¿no sabes la piel que tenía! Me acuerdo de que me gustaba agarrarle los cachetes [risas]. Tenía los ojos azules más bonitos que puedas imaginarte.

Fui una niña feliz. Mi papá trabajaba todo el día y mi mamá estaba en casa. A ella le gustaba coser, le gustaba cocinar; en ese tiempo se quedaba en casa prácticamente todo el día. Yo jugaba con mi hermano. Jugábamos, qué sé yo, a la pelota... Cuatro años después nació mi hermana Paulina, pero antes de que naciera mi hermana murió mi abuelo, en el mismo año. Paulina nació en junio; mi abuelo Alfonso murió en noviembre, le dio un infarto. Mi mamá nos contaba, de cuando la muerte de su papá, que ella nos estaba dando de cenar y que de pronto sintió como que debía ir a verlo; atravesó el jardín, y cuando llegó, a mi abuelo ya le estaba dando el infarto. Mi abuela estaba atendiendo a alguien en la puerta... Se le murió en los brazos a mi abuela. Es una de esas narraciones familiares que le pedíamos muchas veces a mi mamá que nos contara, cómo había muerto el abuelo. Estamos hablando de 1958, así que yo tenía tres años. Apenas recuerdo a mi abuelo...

Y entonces mi abuela Margarita se vino a vivir a nuestra casa. Éstas son suposiciones posteriores mías, porque el cuarto de mi hermano se lo dieron a mi abuela; el costurero de mi mamá se lo dejaron a mi hermano para que ahí durmiera, un cuarto chiquitito, apenas cabían la camita, el burocito; y

mi hermana y yo dormimos juntas en la misma recámara, toda la vida. Tuvimos una infancia muy alegre, muy juguetona, y también muy disciplinada. Mi mamá era una mujer muy clara en las normas y muy clara en los límites.

Cuando nació mi hermana, a mi mamá le dio una embolia, así que tuvo que estar en cama, con riesgo de muerte. Le ayudó mucho la presencia de mi abuela. Y la presencia de la señora Esther de Echeverría, que acababa de tener a su hijo Pablo; venían a la casa algunas veces a la semana, y practicaban, y ayudaba a cambiarle el pañal a la bebé, esas cosas.

Vivir en la colonia Del Valle era hacer vida de barrio. Después de comer, por ahí de las seis de la tarde, mi abuela nos decía que iba a comprar el pan, y muchas veces nos íbamos con ella, porque queríamos pan dulce: que los garibaldis, que las conchas... Entonces, la acompañábamos al pan, y

si no, nos quedábamos jugando. Vivíamos en una privada, y nos quedábamos jugando en esa calle cerrada; lo más divertido eran dos cosas: jugar canicas –yo era bastante buena jugando canicas– o jugar cochecitos. A veces, en sábado o en domingo íbamos con mi papá o mi mamá al mercado. Junto al mercado de la colonia Del Valle había un tendajoncito de juguetes, donde vendían canicas, y cochecitos de plástico, y pelotitas, y bolichitos, y matatenas, en fin, ya sabes... Entonces mi papá nos compraba –no siempre, pero sí de cuando en cuando– algún cochecito, por ejemplo, y entonces lo más divertido era jugar en la calle carreritas de coches, y para eso en el suelo dibujábamos con gis la meta y nos inventábamos castigos para el que perdiera...

Me acuerdo de los Orihuela, una familia vecina. El papá era un señor muy enojón que tenía un coche, no sé de qué marca, pero un coche que a mí



me parecía que tenía una cajuela así de gigante. Cuando salíamos a jugar, siempre nos advertía que no le fuéramos a pegar con la pelota a su coche, pero no siempre podíamos evitar pegarle [risas]... Y también me acuerdo de que había unos bichitos en los árboles, los llamados azotadores, ¡y le teníamos terror a los azotadores! Hace mucho que no veo uno, pero le teníamos terror a los azotadores. Una vez, le picó a uno de los vecinos un azotador, y le quemó el brazo. Fue una cosa espantosa...

¿Qué más...? Ah, pues también nos gustaba mucho jugar a la matatena. Hubo una época en la que nos dio por jugar a los resortes, ya sabes, esos juguetes de resorte. O a la cuerda. En fin, todos los juegos para niños que te puedas imaginar... En el jardín teníamos una cuerda; a mi papá le gustaba hacer mucho ejercicio, así que se subía a la cuerda, a brazo, sin meter las piernas, y se dominaba, subía hasta arriba, cinco metros, seis metros. Esa cuerda la pusimos en el jardín desde una base, y ahí era donde mi papá se dominaba. Nos servía a los niños para jugar a librar obstáculos: las pirañas, el fuego, los volcanes. Y jugábamos a eso durante horas, inventando las historias más inverosímiles y divertidas...

Éste es otro recuerdo: cuando mi abuelo murió y mi abuela se fue a vivir con nosotros, en nuestro cuarto—el de mi hermana y mío—había una como terracita; mi mamá decidió techarla y demás, y puso una cortina, digamos, que dividía el cuarto de la terracita, y ahí puso su costurero. Entonces, uno de los recuerdos de mayor felicidad que tengo es el de empezar a dormirme y saber que mi mamá estaba ahí con nosotras, cosiendo. Nos hacía los vestidos, los moñitos, el cinturoncito, el delantal, todo, todo lo que te puedas imaginar nos hacía mi mamá.

Ah, y también este otro recuerdo: en las mañanas, mi abuela nos despertaba ¡haciéndonos masajito! [risas] Y siempre queríamos más y más. Por las tardes, cuando mi mamá estaba haciendo los afanes de la casa, veíamos la tele con mi abuela, aunque teníamos derecho a una hora solamente. Algunas veces, cuando mis papás salían—que era raro, pero salían—, pasaban dos cosas: o nos quedábamos con mi abuela, que, como ya dije, era muy



querendona y muy muy consentidora—al fin y al cabo, la mamá de mi mamá...— y entonces de pronto nos dejaba ver alguna telenovela un poquito más subida de tono. Una vez, nos dejó ver una que había en esa época—no sé por qué me vino ahorita ese recuerdo—, que se llamaba *La caldera del diablo*. ¡Era tremenda! [risas] Mis papás habían salido, ya de noche, y mi abuela estaba picadísima con esa historia, pero entonces, como nosotros no nos habíamos dormido porque era viernes, o sábado, y mi abuela no se la quería perder, le decíamos: “¡Déjanos ver *La caldera del diablo*!”. ¡Imagínate, Mora...! [risas] Otras veces, llegaba a cuidarnos mi tía Licha, hermana de mi papá. Ella nos contaba historias, como la Peter Pan, en todas sus versiones, con todas las aventuras del mundo.

También muchas tardes acompañábamos a mi papá a ver a mis otros abuelos, que vivían cerquiti-tita, en División del Norte. Nos íbamos caminando a su casa. Mi papá generalmente ahí se tomaba una siesta, unos quince minutos. Me acuerdo de cómo mi abuela Refugio le hacía cariñitos en la cabeza. Mientras, nosotros nos sentábamos junto a mi abuelo José, sentado en su mecedora, y él nos contaba varias historias: de las cruzadas, del Mío Cid, de Ricardo Corazón de León... En fin, ya te puedes imaginar toda la cantidad de historias del mundo que nos contaba.



Recuerdo, como algo superespecial, cuando pude entrar a la biblioteca de mi abuelo José: era un espacio sagrado. La biblioteca no era tan grande en realidad; estaba cerrada con unas puertas de vidrios biselados, y los libreros también eran cerrados. Una vez, le pregunté si podía entrar a su biblioteca. Debo de haber tenido unos ocho años. Mi abuelo me dijo: “No, hasta que hayas leído *David Copperfield*”, o algo así. Por esa época me operaron del apéndice, y durante mi convalecencia la otra hermana de mi papá me regaló *El principito*. Por supuesto, yo no entendía nada de lo que leía, pero me encantaban los dibujos de ese libro. Entonces, pronto llegué con mi abuelo y le dije: “¡Ya leí *El principito*!”. Bueno, pues me dejó entrar a su biblioteca. De lo que más me acuerdo de ese recinto es del olor... Se ve que tengo alguna sensibilidad particular para el olor...

Después nos fuimos a vivir al Pedregal. Mi mamá hipotecó la casa de la Del Valle, y con el dinero de esa hipoteca compraron un terreno aledaño al de un amigo de mis papás que era arquitecto. Dijeron entonces: “Vamos a construir una casa más grande”. Y mi mamá, que debió haber sido arquitecta y algo sabía, hizo los planos, así que ella y el maestro de obras se hicieron cargo. Me acuerdo de que después del colegio íbamos a comprar

materiales para la obra y veíamos cómo mi mamá negociaba el precio de lo que fuera.

Entonces, puedo volver a decir que fuimos niños felices, que tuve una infancia feliz en la que fui muy cercana a mis hermanos, a mi abuela materna, a mi mamá y a mi papá... Y otra cosa de la que me estoy acordando: en 1964, o sea, cuando yo tenía nueve años, mi papá se quedó sin trabajo. Ya te puedes imaginar la preocupación. Mi papá había empezado a trabajar en un despacho de abogados y daba clases en la UNAM, en Ciencias Políticas, la materia de Teoría General del Estado. En algún momento, uno de los alumnos lo recomienda a alguien que trabajaba en la entonces Secretaría del Patrimonio Nacional, y lo invitan a que se integre a una de sus direcciones. Eran los primeros años sesenta. Con el cambio de sexenio presidencial de 1964 mi papá se queda sin trabajo, como te digo, pues además ya se había salido del despacho de abogados. Preocupadísimo, mi papá se preguntaba cómo le iba a hacer. Mi mamá le dijo: “No te preocupes, yo he ahorrado”... Te digo, mi mamá era supermeticulosa, superdisciplinada, y mi abuelo le había heredado algo. “No te precipites”, le dijo, “haz lo que quieras hacer mientras encuentras otro trabajo. Yo puedo sostener a la familia por algunos meses sin que tú te angusties demasiado”. Entonces, mi papá empezó a escribir su primer libro, que tituló *Quetzalcóatl*. Bueno, ya había escrito *Génesis y teoría general del Estado*, pero ése fue como parte de su trabajo en la UNAM, que se lo publicó. En esos meses, otro de sus alumnos, o alguno de sus conocidos, lo invitó a que se incorporara a la Secretaría de la Presidencia de la República, con Emilio Martínez Manautou. Entonces, mi papá terminó de escribir *Quetzalcóatl* estando ya en Palacio Nacional. En esa época en que estuvo sin trabajo, lo que más felices nos hacía era que comíamos todos juntos y terminando de comer mi papá nos llevaba a caminar por la Del Valle, y nos contaba su vida de cuando él era niño. Por ejemplo, nos contó de cuando le dio dos veces tifoidea. De los años veinte a los años treinta —mi papá nació en 1920—, “todo esto era todavía un valle”, nos decía, “todo lleno de pastito y florecitas”. Nos puso tristes su relato de cuando uno de sus amiguitos murió

de tifoidea... Recuerdo con especial amor esos meses en que tuvimos a mi papá enteramente para nosotros. Y no sólo nos contaba de su niñez, sino también nos daba lecciones para la vida. En una ocasión, por ejemplo, nos puso un reto inesperado: íbamos caminando caminando, platicando platicando, contándonos él una de sus historias, cuando de pronto nos dijo: "Ahora que ya tenemos que regresar a la casa, les toca guiar el camino a ustedes". Esa primera vez, ya te puedes imaginar, no dimos una [risas], pero a partir de la siguiente vez ya nos íbamos fijando por dónde caminábamos, prestando atención a lo que nos contaba y a lo que veíamos, pero fijándonos en el camino para poder regresar. ¡Y esos sábados y domingos en que nos llevaba a Chapultepec...! Mi papá nos enseñó a limpiar los riachuelitos, pues en esa época Chapultepec se alimentaba de los riachuelos que cruzaban todo el bosque. Entonces, agarrábamos unas ramas de las que nos encontrábamos en el suelo e íbamos limpiando de piedritas, o de hojitas, o de basuritas. Esas caminatas en Chapultepec eran como un ritual de fines de semana.

¿Y cómo llegó tu papá a la presidencia? ¿Cuántos años tenías tú? Después del trabajo que me cuentas, ¿qué pasó?, ¿fue su incursión en la política ese trabajo?

Resulta que sí, ese trabajo fue su incursión en la política. Estamos hablando de 1964, como te digo. Él llegó a trabajar con Martínez Manautou, entonces titular de la Secretaría de la Presidencia. Primero, mi papá fue director general de Asuntos Jurídicos; luego, una de las subsecretarías se quedó acéfala y Martínez Manautou decidió nombrarlo subsecretario. Y pues todo fue bien. Después, en 1970, llegó Luis Echeverría a la presidencia. Mi papá y Echeverría habían sido muy amigos desde muy jóvenes; hicieron juntos la Ruta de Cortés, se fueron a Argentina y a Chile, en fin, eran muy amigos; pero en algún momento tomaron caminos diferentes, y además, Echeverría y Martínez Manautou eran adversarios en la carrera por la presidencia. El caso es que Echeverría llega a la presidencia e invita a mi papá a hacerse cargo de



Patrimonio Nacional; luego lo nombra director de la Comisión Federal de Electricidad; luego, secretario de Hacienda y Crédito Público... Y para el siguiente sexenio, el de 1976-1982, llega mi papá a la presidencia.

En aquella época, un secretario de Hacienda no tenía ninguna posibilidad de ser presidente. Generalmente, un secretario de Gobernación era el que pasaba a la presidencia, como una especie de tradición en ese tipo de trayectorias políticas. El caso es que un día nos invita mi papá a la ceremonia del Grito de Independencia, la quinta que encabezaría el presidente Echeverría. Era todo un acontecimiento: los señores de traje elegante, las



señoras de vestido largo, bueno... Y estábamos ahí, junto a muchos funcionarios de alto nivel, con sus esposas, sus familias y diversos invitados. Nosotros nos quedamos con mi mamá, ya sabes, discretamente. Mi mamá en realidad no era demasiado sociable; mi papá, evidentemente, circulaba entre la gente, interactuaba con todos. Yo tengo la sospecha de que mi mamá ya intuía algo, pues de pronto nos dijo: “Ustedes nada más observen, observen cómo se acerca la gente, quién se acerca a quién”. Claro, todo el mundo estaba pegado al secretario de Gobernación, que era Mario Moya Palencia. Y mi papá circulaba, saludaba, conversaba; se le acercaba gente, pero... O sea, se le acercaban, trataban

de mantenerse alrededor de él, digamos, ¿ya como candidato obvio? No sé. Me acuerdo específicamente de esa indicación de mi mamá, de que observáramos. Fue muy divertido, aun cuando nos sentíamos algo desconcertados. Imagínate, Mora, todos ahí en el Zócalo, en la etapa final de Echeverría como presidente de México...

Por otra parte, recuerdo también que en esos meses se estaban produciendo frecuentes cambios de voltaje en el servicio de electricidad, creo que en todo o casi todo el país y no sólo en la capital; de pronto bajaba de doscientos y tantos voltios a menos de cien, o algo así, hasta de plano quedarnos sin luz. Bueno, pues un lunes de ese mismo mes de septiembre de 1975, después del Grito, llegó a la casa un vecino; tocó la puerta y empezó a gritar, todo emocionado: “¡Eeeeh, felicidades! ¡Qué bien!”. Y nosotros, sorprendidos: “¿Pooooor?”. Debe haber sido un lunes, porque los domingos generalmente iban todos los primos a la casa a hacer deporte —que karate, que jabalina y bala, que béisbol y vólibol—; uno de los sobrinos de mi papá, jugando karate, le dio una patada a mi papá en la pierna, y al día siguiente la tenía lastimadísima. Por eso te digo que ese día debe haber sido lunes, porque mi papá se quejaba del dolor de la pierna... Y bueno, con todo y eso, se fue a trabajar. El presidente Echeverría había reunido a su gabinete para alguna junta; todos estaban ahí, salvo mi papá. Y al terminar esa reunión, de pronto, sale uno de ellos, creo que Fidel Velázquez, y le dice a mi papá que “las fuerzas vivas de la Revolución” habían decidido que él fuera el candidato para el siguiente periodo presidencial. Si no había luz en la casa, ¿cómo podíamos enterarnos por los noticieros de lo que estaba pasando? No sabíamos nada, lo que nos dijo el vecino nos había agarrado en curva. Entonces, nos metimos al coche, prendimos el radio para oír las noticias, y ya desde ahí...

¿Qué sentiste?

Mucha sorpresa, mucha felicidad, mucho orgullo... En momentos así uno no se da cuenta bien a bien de qué va lo ocurrido. O sea, era verdad lo que decía el vecino. ¡Mi papá candidato a la presidencia de



México! Pues qué padre, ¿no?, pero no tuvimos del todo clara la dimensión de lo que eso significaba, de lo que eso iba a cambiar nuestra vida.

Tú estabas en esa época en la universidad...

Todavía no entraba, estaba terminando la prepa. Lo que sí, es que ya estaba mi noviazgo con Rafael. Teníamos ya dos años de novios... Nos conocimos en un concierto, por cierto... Sí, a ver, yo tenía veinte años y estaba terminando la prepa; y él estaba empezando la universidad.

¿Y ya habías decidido que ibas a estudiar derecho?

Sí, ya. En algún momento, yo quería estudiar filosofía. Me acuerdo de que lo platicué con mi mamá, lo de filosofía, y ella me dijo: "Tú decides". Cuando

lo platicué con mi papá, en cambio, él me dijo: "Piénsalo bien, porque... Mira, ¿por qué no estudias derecho?, porque el derecho te da una estructura y una solidez, y te aterriza en la realidad", y así y así y así. Y yo Elektra y él Zeus, ya estás...

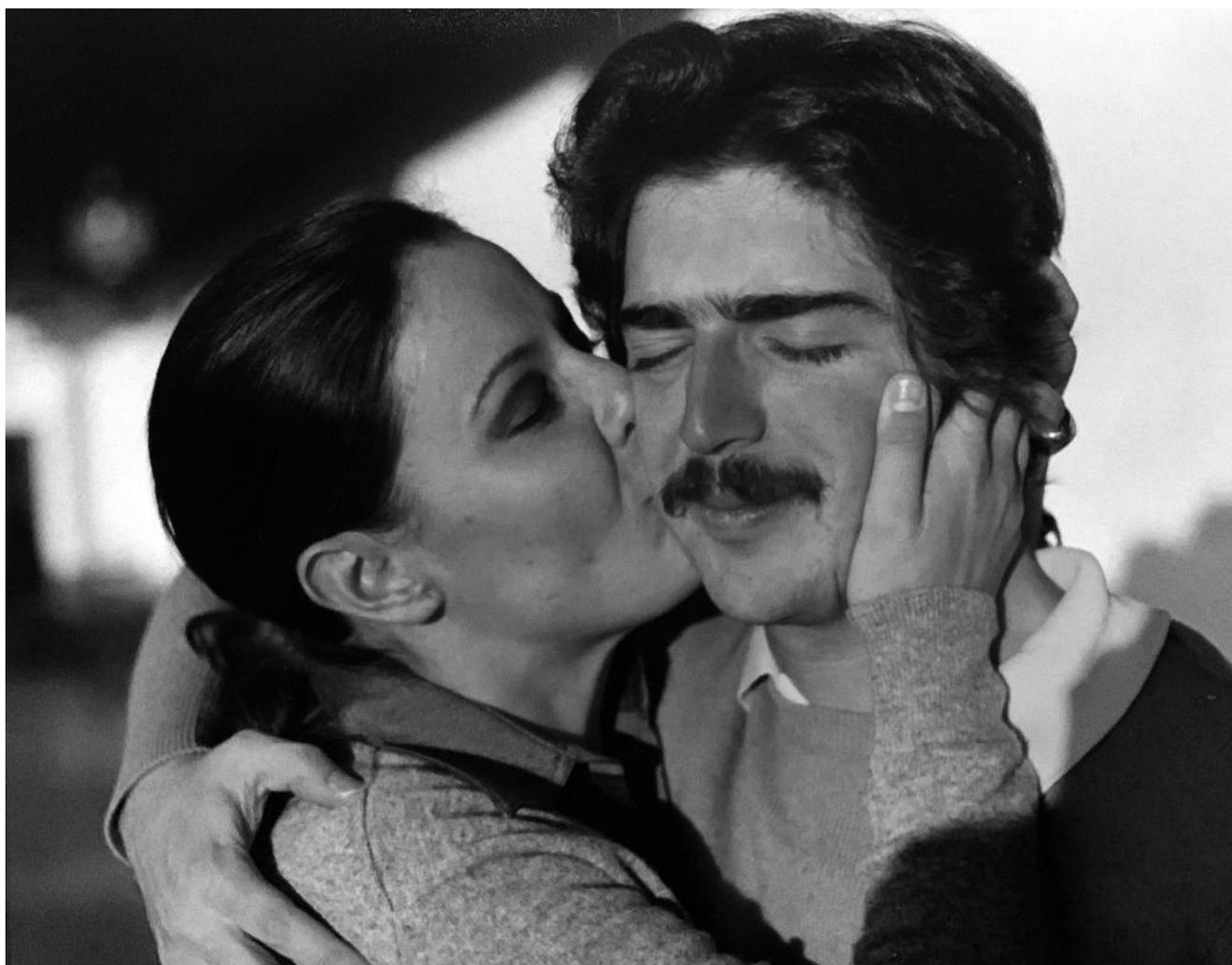
Cuéntame cómo conociste a Rafael.

A ver... Era 1973. Yo iba a ir a un concierto con mi mamá y una amiga, Aurora Lavín. Ya estábamos en prepa, en primer semestre, algo así. A Aurora, que tocaba el piano—de verdad tocaba lindo el piano—, y a mí nos gustaba mucho la música clásica, así que cuando me dice mi mamá: "Oye, quiero ir a un concierto. Viene un pianista que se llama Paul Badura-Skoda, va a tocar en el University Club, y quiero ir porque va a tocar algo que no es muy común que se toque aquí. ¿Por qué no me acompañas?", pues bueno, no había manera de

negarme, pero le dije: “Déjame hablarle a Aurora, a ver si se le antoja ir”. Le hablo a Aurora, le cuento del concierto, “Ay sí, vamos vamos”. Y nos vamos al concierto con mi mamá. En el intermedio, mi mamá nos dice: “Voy a entrar a saludar al pianista”, y se va. Mientras tanto, Aurora y yo nos quedamos bobeando por ahí. Entonces se nos acerca Andrés Carral, que era compañero nuestro del Colegio Alemán, y nos saluda—era mucho más amigo de Aurora que mí—. Iba Andrés con un amigo, y nos presenta: “Rafael Tovar y de Teresa. Aurora Lavín, Carmen López-Portillo”. Y me dice Rafael: “Tú y yo somos primos”. Y yo: “¿Coooómo?”. Y que me empieza a explicar toooodo el árbol genealógico... [risas] Yo me perdí en las ramas de la primera generación [risas], la verdad, pero me pareció un chavo muy guapetón, simpático, culto. En un momento dado, me pregunta—ya daban la segunda llamada—: “¿Te gusta a ti la música?”. “Sí, claro, por eso estoy acá”. “Es que a las niñas con las que salgo no les gusta”. Yo pensé: “Presumido, pesado” [risas], y le

dije: “Pues con qué clase de niñas sales...” [risas]. Bueno, ya al final, me dice: “Dame tu teléfono”. Le respondo: “Mira, no tengo pluma. Se lo digo a Andrés”. Y Andrés sale con: “No no, no tengo buena memoria”. Y yo: “Sí sí, se lo digo a Andrés” [risas]. Y es que Rafael me había caído mal, por presumido; me pareció pésimo su comentario [risas].

A la semana siguiente, me busca Andrés y me dice: “Oye, te manda decir Rafael que le des tu teléfono”. Y yo: “No”. Y él: “Dáselo”. Y luego, otra vez. El caso es que me dio pena, así que por fin le di el teléfono. En esos días iba a regresar una amiga mía que se había ido a estudiar a Inglaterra y estaba organizándole yo una fiesta para recibirla. Debo contarte que en aquella época las fiestas que nos dejaban hacer todavía eran como tardeadas. No te creas, mis amigas y yo todavía éramos bastante... *tetas*, para decirlo de una forma más elocuente. Y bueno, para entonces, mi mamá, a la que le había caído bien Rafael, y mi papá, que ya sabía que era su sobrino—segundo, tercero, pero finalmente su





sobrino—y conocía a su familia—toda una historia familiar que algún día te contaré—, estaban contentos de que Rafael anduviera por ahí merodeándome. Así que me dice mi mamá, toda insinuante: “¿Y por qué no invitas a Rafa a la fiesta que le vas a hacer a tu amiga?” [risas]. Y yo: “Bueno, pues sí, vamos a ver”. Fingí que lo invitaría [risas].

Poco después, fui con mi papá y mi mamá a Bellas Artes, a otro concierto. Nos sentamos en un palquito de los de abajo, de la platea. En el intermedio, mis papás fueron por ahí a saludar a no sé quién y yo me quedé en el palco leyendo el programa. Y resulta que mis papás se encontraron a Rafael, y le dijeron que iba a haber una cena en la casa y no sé qué más, que yo después lo llamaría para invitarlo. Así que ahí me tienes después, buscando su teléfono en la Sección Amarilla. Marco al teléfono que encontré, y me contestan: “Capillas Getsemaní a sus órdenes” [risas]. Cuelgo. Vuelvo a marcar, y me fijo bien que esté marcando como se debe. Y otra vez: “Capillas Getsemaní a sus órdenes”. ¡Era el teléfono de una funeraria! [risas] Entonces me dice mi papá: “No te preocupes, yo te consigo el teléfono con tu tía Maggie”. Y pues sí, mi

tía Margarita resultó ser muy amiga de la familia Tovar y de Teresa... En fin, que invito a Rafael a la fiesta, y él va a la fiesta, y ya de ahí empezamos a salir.

Mi mamá nos había invitado a mis hermanos y a mí a pasar quince días en Europa, justamente con mi tía Margarita. Y justo en esos días Rafael se me declara. Era julio. Hazte de cuenta... Yo le digo: “A ver. Me voy de viaje, vemos al regreso” [risas]. ¡Noooo, si me hice del rogar...! [risas] El primero de septiembre se me volvió a declarar. Íbamos en el coche—tenía un Volkswagen amarillo, una carcachita ya, pero muy simpático—, y ahí en el coche me dice: “Oye, ¿entonces qué?, ¿sí quieres ser mi novia o qué?”. Y le digo: “Estee..., bueno, pues órale, vamos a andar”. Y estuvimos de novios ¡seis años y cuatro meses!, por ahí del setenta y tres al setenta y nueve.

Cuando empezamos, él ya estaba estudiando en la Escuela Libre de Derecho. Yo, como te digo, estaba saliendo de prepa. Quería estudiar en la UNAM, pero la UNAM ya estaba con una de esas huelgas de las que no acaban y no acaban y no acaban. Un día, Pedro Ramírez Vázquez llegó a la casa. Me

preguntó: “¿Qué vas a estudiar?”. “Derecho”, le respondo, “pero en la UNAM no termina la huelga”. Me dice: “¿Y por qué no te vas a la UAM? Acaba de abrir la carrera de Derecho”, y así y así. Bueno, me dije, pruebo. Total, si no me gusta, me salgo al terminar el primer semestre y me voy a la UNAM, que quizás a esas alturas ya debía haber dado por terminada su huelga. Y es que además la UNAM me quedaba cerquita, pues nosotros seguíamos viviendo en el Pedregal, mientras que la UAM estaba hasta Azcapotzalco, lejos lejos, no sabes...

El caso es que me metí a la UAM, y me gustó. Qué año de 1975...: entre el destape de mi papá, mis estudios en la UAM, el noviazgo con Rafael..., ahí empezó toda la gran historia. Fue entonces que le propuse a Rafael: “Vente a estudiar a la UAM”, porque él tenía horarios de clase en la tarde y yo tenía horarios en la mañana, y pues no nos veíamos. “Vente a estudiar a la UAM. Llevas sólo un año en la Libre, que además es una escuela decimonónica” [risas]. En fin, como él empezó un semestre antes que yo, hicimos la carrera casi en paralelo. Y estudiábamos juntos, íbamos a los conciertos juntos, leíamos los mismos libros... Lindo lindo noviazgo el que tuvimos. Nos casamos casi seis años y medio después.

Volviendo a tu infancia, cuéntame de tu primer viaje, o del primer viaje que recuerdes. ¿A dónde fuiste?, ¿qué te impresionó?, ¿qué viste?...

Casi no salíamos de viaje, ni siquiera en el verano. Mi papá trabajaba mucho mucho, y casi no salíamos fueras.

Debe haber sido en 1960, o 1961, no debo haber tenido más de seis años cuando hice mi primer viaje. En aquel entonces, mi tía Margarita –quien siempre tuvo cariñito especial por mí– vivía en Acapulco con su marido, que se llamaba Roberto Ortiz; Paulina era todavía una bebé y Pepito andaba en otro rollo. Un día, mi tía le dice a mi papá: “Déjame llevarme a Yiyí a Acapulco”. Mi papá le respondió que sí, y mi mamá, bueno, tuvo que aceptar.

Y sí que me acuerdo, me acuerdo de varias cositas... Íbamos en el coche, y mi tía me decía: “Cán-

tame todas las canciones que te sepas en alemán”, y ahí voy yo cante y cante. Era la época en que se hacían siete horas a Acapulco. Imagínate, Mora, la carretera de dos carriles, las carcachas... Finalmente, llegamos a su casa. Me acuerdo de que vi la estufa a la altura de mis ojos, de que olía a chocolate, de que olía a plantas tropicales, ya sabes, vegetación, fruta madura... No habían pasado más de dos días, algo así, cuando de pronto alguien llegó por mí. Se ve que mi mamá no pudo, no podía tenerme lejos [risas], y ha de haberle dicho a mi papá: “¡Voy a mandar por la niña!” [risas]. Así que alguien llegó por mí. Ya habían hablado por teléfono con mi tía, arreglaron todo. Y me regresaron, ¡pero en avión! [risas] Así que, además, ése fue mi primer vuelo, o hasta donde recuerdo al menos. Para mí fue extrañísimo, porque iba yo con una persona que no conocía, y en un avión... Lo recuerdo como algo muy alucinante. El pretexto que me dieron: “Es que Pepito te extrañaba mucho”. Y yo: “¡A mí qué me importa [risas], yo me la estoy pasando muy bien!”. A ver, ¿por qué tenían que privilegiar la tristeza de Pepito y no mi felicidad? [risas] Y es que como que poco a poco fui cayendo en la cuenta. Iba yo muy enojada porque no me quería ir, estaba muy contenta en Acapulco con mi tía...

Y luego..., qué te cuento de algún otro viaje... Ah, sí. Una vez, mi papá tenía que ir a San Antonio, para algo de su trabajo. Él estaba en Asentamientos Humanos y Obras Públicas, así que tenía que ir a supervisar una presa, algo así. Le dijo a mi mamá: “Vamos a San Antonio, yo trabajo y ustedes se pasean un rato”. Y nos fuimos en coche. Era un viaje de seis días: dos de ida, dos en el lugar, dos de regreso. Entonces, de ida, paramos en Matehuala, lugar de paso donde los viajeros podían dormir en un motel. ¡Pero era un lugar horrible, no había nada nada! Me acuerdo de que yo iba muy mareada en el coche, muy muy mareada, me sentía pésimo, hasta el punto de que mi papá se preocupó: “Oye, la niña de veras está fatal fatal fatal”, le dice a mi mamá, “yo creo que mejor nos regresamos”. Qué te digo, se veía que lo único que yo tenía era ansiedad por haberme ido de paseo y haber dejado a mi abuela, o algo así, y no lo pude procesar en ese momento. Pero mis hermanos se indignaron: “¿En serio por

tu culpa nos vamos a regresar? [risas], ¡pues no, te aguantas!” [risas]. Y seguimos a San Antonio.

Hacía tiempo que mis hermanos y yo queríamos un perro, pero mi papá decía que no, no y no. Bueno, pues estando en San Antonio, mientras mi papá se ocupaba de sus asuntos, los demás nos fuimos a pasear por ahí. De pronto, vimos un lugar, no sé, quizá una veterinaria, y ahí en un aparador estaba un perrito, un *french poodle* blanco, así, chiquito chiquito, una bolita. Y los tres: “Ándale, mamá, por favor, mamá”. Mi mamá era totalmente cómplice nuestra, entonces nos dijo: “Está bien, sí, pero vamos a hacer una cosa: su papá no puede saber que lo compramos. Lo vamos a esconder, y ya que vayamos de regreso en el coche, lo sacamos” [risas]. Llegamos al hotel, tratando de disimular nuestra emoción. Teníamos escondido al perrito, pero empezó de pronto a ladrar, y mi papá: “¿Qué ruido es ése?”, y el perrito ladre y ladre [risas]. No podíamos calmarlo... Y bueno, pues ya, salimos los tres con cara de culpa, y mi mamá también [risas]. Pero ya no había nada que hacer: ¡nos quedamos con el perrito! [risas]

¿Fue tu primera mascota?

No. La primera mascota que tuvimos en la casa era de mi mamá, una *french poodle* negra que se llamaba la Boogie. Era tan inteligente, que cuando le daban de comer y la comida estaba caliente, tomaba agua del plato que le ponían junto, así, con la trompita echaba el agua para enfriar su comida. La Boogie era la perrita de mi mamá, pero nuestro, de mis hermanos y mío, el otro.

Cuéntame de la primera vez que oíste hablar de sor Juana.

Yo creo que fue en casa de mi abuelo, con mi tía Margarita...

Que era la obsesión de la tía Margarita...

¡Sí, era la obsesión de la tía Margarita! Debe haber sido en..., yo todavía era una niña, aunque un poquito más grande..., en el sesenta y cinco, sesenta y

seis. Ellos hablaban, y yo oía que sor Juana esto, que sor Juana esto otro... La mencionaban mucho en la casa de mi abuelo José. Y después, claro, ya pude leer a sor Juana, su poesía; más en la prepa. Pero las ganas de saber más de ella me dieron hasta que vine al Claustro la primera vez, con mi tía Margarita. Ya estaba prácticamente restaurado el Claustro.

Eso te iba a preguntar. ¿Alguna vez viste el Claustro en ruinas?

No... O a lo mejor sí, pero no lo recuerdo. Es posible que viniéramos con mi papá, o con mi abuelo. Siendo chicos, cuando caminábamos en el Centro, quizá mi papá o mi abuelo nos contaban historias del templo, del convento, de las monjas, pero, curiosamente, no lo recuerdo...

Pero sí te acuerdas del momento en que dijiste: “Tengo una conexión con esta monja”...

De eso sí, ya aquí...

¿Ya restaurado el Claustro?

Sí, ya restaurado el Claustro.

¿Por qué te traía tu tía Margarita a ti y no a tus hermanos?

Había una identificación especial entre mi tía Margarita y yo... Pero en realidad mi tía me invitó a venir al Claustro hasta 1991. Mi abuela y mis tías ya se habían ido a vivir a Sevilla; Rafael y yo nos fuimos a París; Pepe mi hermano se fue a Italia... O sea, en esa época fue el desperdigamiento de la familia. Mi hermana Paulina todavía se quedó unos años en México, pero finalmente se fue a estudiar una maestría a San Diego.

Entonces, en algún momento de enero o febrero del noventa y uno, me platicaba mi tía sobre sus planes para el Claustro, cuando de pronto me dice: “Oye, ¿cómo verías que te vengas y me ayudes?”. Ya sabes, con esto, con esto otro. Mi prima Pilar ya había trabajado aquí muchos años al frente, y mi tía Margarita necesitaba hacerse cargo de varias cosas



que todavía le hacían falta al Claustro. En fin, ella me pregunta: “¿Por qué no te vienes al Claustro?”, y yo le respondo: “¡Pues órale!”. Como El Borrás, dije que sí [risas], sin saber exactamente qué tenía que saber para hacer. Y es que cuando vine aquella vez con mi tía y vi el espacio, los logros, ¡pues me encantó! Y, por supuesto, esa monja poeta novohispana de pronto me llamó fuertemente la atención, como que empezó a cautivarme... Además, para entonces yo ya conocía a Octavio Paz, ya éramos buenos amigos, así que sabía de sus estudios sobre esa figura tan atractiva que es sor Juana.

¿Me puedes contar cómo recuperaron el Claustro, cómo lo salvaron de las ruinas?

A ver, es una historia larga... Mi abuelo José traía a mi papá y a mis tías, cuando eran niños, al Centro Histórico, y les contaba historias del pasado de la ciudad. Entonces, fue mi tía Margarita quien quedó como hechizada y empezó a hacérselo como una obsesión la historia del Convento de San Jerónimo

y de la propia sor Juana. En algún momento, por razones familiares, mi tía tiene que irse de México, porque su primer marido era un tipo violento... En fin, no me corresponde contar eso, pero tuvo que irse fuera de México con su hijita Pilar. Cuando regresó, por ahí del sesenta y tres, se da cuenta de que están vendiendo la cantera, la herrería del convento... Era una cosa tremenda —ahí tengo las fotografías—, uno no se lo podía creer... Hazte de cuenta que lo habían bombardeado al convento: había viviendas entre las columnas, ¡entre columnas había viviendas de la gente que lo había invadido todo! El Gran Claustro lo habían convertido en un taller de coches, junto a la iglesia habían hecho un hotelito de paso...

¿Quién se apropió del Claustro después de que Benito Juárez exclaustlara a las monjas?

Pues con las Leyes de Reforma que se fueron promulgando por ahí entre 1855 y 1863 todo lo que tenía que ver con las propiedades del clero era un

caos. Por ahí del sesenta y cinco, sesenta y siete, finalmente el edificio fue desamortizado y se lo quedó el gobierno, por lo que se ordenó la exclaustración, se tienen que salir todas las monjas... Creo que ya en el sesenta y tres salen una primera vez y luego las dejan regresar, pero ya para 1867 es cuando tienen que salirse todas, las últimas que quedaban, veintitantas monjas. El edificio se lo entregan al ejército, así que lo convierten en cuartel y caballería de un batallón. Luego lo hacen hospital militar, y es desde ahí que empiezan a venderlo en partes, a despedazarlo. En un momento dado, entre finales del siglo XIX y principios del XX, el presidente Manuel González Flores se lo da al arquitecto Antonio Rivas Mercado. Hay dos versiones: que se lo da en pago por la construcción de la Aduana de Ferrocarriles en Tlatelolco o que Rivas Mercado lo compra muy muy barato mediante un trato con el que se esperaba saldar el pago por ese mismo trabajo. Imagínate, Mora, si el Convento de San Jerónimo ya existía por ahí de finales del siglo XVI, para el siglo XX aquello era ya una ruina antigua, bastante deteriorada por la falta de mantenimiento, el abandono en que se encontraba, además de que sufrió varios daños con los sismos más fuertes de aquellas épocas, con inundaciones como la de

1629... Y bueno, se dice que el arquitecto no hallaba qué hacer con eso. En 1927, al morir Rivas Mercado lo deja como parte de la herencia a sus hijas.

Al convento había que mantenerlo, rescatarlo. Las Rivas Mercado eran unas chicas muy libres para la época, muy cultas, amantes e impulsoras de las artes en la capital del país, así que sabían muy bien del valor arquitectónico e histórico del inmueble. Como tenían amistad con los escritores del grupo Contemporáneos, sobre todo Antonieta, se propusieron abrir ahí un teatro que se llamaría Ulises, como la revista fundada por los Contemporáneos. El más cercano de éstos era Salvador Novo, que ya se consideraba el cronista de la Ciudad de México en ese momento. Él y Xavier Villaurrutia dirigirían el teatro... En fin, ésa es otra historia, fascinante también. Entonces, el Convento de San Jerónimo estaba en un estado realmente lamentable, tan ruinoso que había que dedicar muchos recursos, mucho trabajo y tiempo para poder ser usado de manera permanente. Así que el Teatro Ulises finalmente fue fundado en una casa de la calle de Mesones, también en el Centro Histórico. En fin.

Se dice que en un intento de recaudar fondos para la rehabilitación del edificio, y además para



llamar la atención de la gente sobre la importancia histórica y cultural del convento, lo que sí lograron hacer las Rivas Mercado fue usar una de las partes menos deterioradas para abrir ahí un antro de clase alta; primero se llamó El Pirata, y después fue el Smyrna Dancing Club, un saloncito de baile... Hay una película mexicana, con Tin Tan, me parece, en donde se ve parte del Smyrna. Creo que la entrada principal era por Izazaga y otra entrada chiquita era por el Callejón de San Jerónimo. Todavía se puede ver parte de las pinturas en la escalera de Rectoría, es decir, las pinturas azules que eran del Smyrna.

El caso es que, pese a los esfuerzos de las hermanas Rivas Mercado, y con los graves conflictos de la Revolución Mexicana, a lo largo de los siguientes años el convento se sigue vendiendo en partes y le ponen ahí que el establo, la bodega, la vecindad, el taller mecánico, el estacionamiento..., por ahí se le rentaba un cachito a la liga de poetas de no sé qué..., abrieron una lechería, una panadería y un restaurante, el hotelito que te digo, en fin, ¡hasta un basurero hicieron ahí!... Así que nunca nunca se le hicieron verdaderos trabajos de mantenimiento, mucho menos de rehabilitación. Lo único que se salvó casi intacto, y eso porque se seguían dando misas, fue la iglesia. Entonces, más bien se le descuidaba, se le maltrataba con modificaciones que nada tenían que ver con su arquitectura original, adaptaciones, demoliciones, saqueos clandestinos de materiales como herrería y cantería, y el conjunto se fue deteriorando más y más... Pasan cosas, ¿no?

Entonces, cuando mi tía Margarita regresa a México en 1963 se da cuenta de que ya casi no hay nada en pie, que está destruyéndose todo el convento, y en ese momento se decide y va a los periódicos, y publica una nota: "Oigan, hay que rescatar la casa de sor Juana, ¿no?". Novo se entera de eso, pero se burla: "Estas señoras son unas necrófilas que huelen a panteón virreinal", o alguna cosa así muy grosera dijo. Pero no contaba con que mi tía era mujer de armas tomar, y que se enoja ella, y le contesta a Novo, en público también: "A ver, no quiera usted arrebatarse a sor Juana su legado y su talento. El talento no es como una peluca que se



arrebata" [risas]. Así empezó una guerra campal... Mi tía luego fue a ver a Agustín Yáñez, que era el secretario de Educación, y le explica, y le pide: "Por favor, ayúdame a rescatarlo". Yáñez sabía del grado de deterioro del convento, así que se mostraba muy escéptico con las propuestas de mi tía. "No hay forma de rescatarlo", le dice Yáñez, y ella: "Bueno, siquiera detén la destrucción. Por favor, deténla, y ya veremos luego cómo juntamos recursos para arreglarlo. Lo único que te pido es que evites que la picota siga reventando lo que queda". Y eso sí lo hace Agustín Yáñez, por ahí del sesenta y ocho, a través de la SEP.

El historiador Francisco de la Maza, experto en literatura y arte novohispanos, se encargó de empezar la restauración del templo, del coro alto y del coro bajo, y eso se hizo ya con una orden que emitió el entonces presidente Adolfo López Mateos. Se puso una lápida: "En este recinto que es el coro bajo y entierro de las monjas de San Jerónimo fue sepultada Sor Juana Inés de la Cruz el 17 de abril de 1695. Año de 1964". Y es que durante los trabajos de excavación se descubrieron en el sotocoro los restos de esas monjas. Pero bueno, todavía quedaba mucho mucho mucho por restaurar, aunque sí se hicieron también en esa época algunas investigaciones antropológicas necesarias para ese proyecto.

Ah, pero antes de eso, te cuento que De la Maza, que era muy amigo de Pepe Arellano Fischer, el artista plástico, va y le pregunta sobre mi tía Margarita, que de qué iba, que cuáles eran sus intereses, y eso. Pepe, quien conocía muy bien a mi tía, le responde a De la Maza: “No es una mujer que sólo esté enamorada de sor Juana, es una gran conocedora y está haciendo lo posible por detener la destrucción del convento”. Le pide entonces que se la presente. Se conocen, platican, y se hacen amiguísimos. De la Maza se convierte en algo así como el mentor de mi tía Margarita, y es quien la acompaña desde ese momento en todos sus esfuerzos y gestiones. Por cierto, fue De la Maza quien le presentó a mi tía Margarita al arquitecto Manolo Sánchez Santoveña, que a su vez se convirtió en uno de sus más cercanos amigos y firme aliado en el rescate del Claustro.

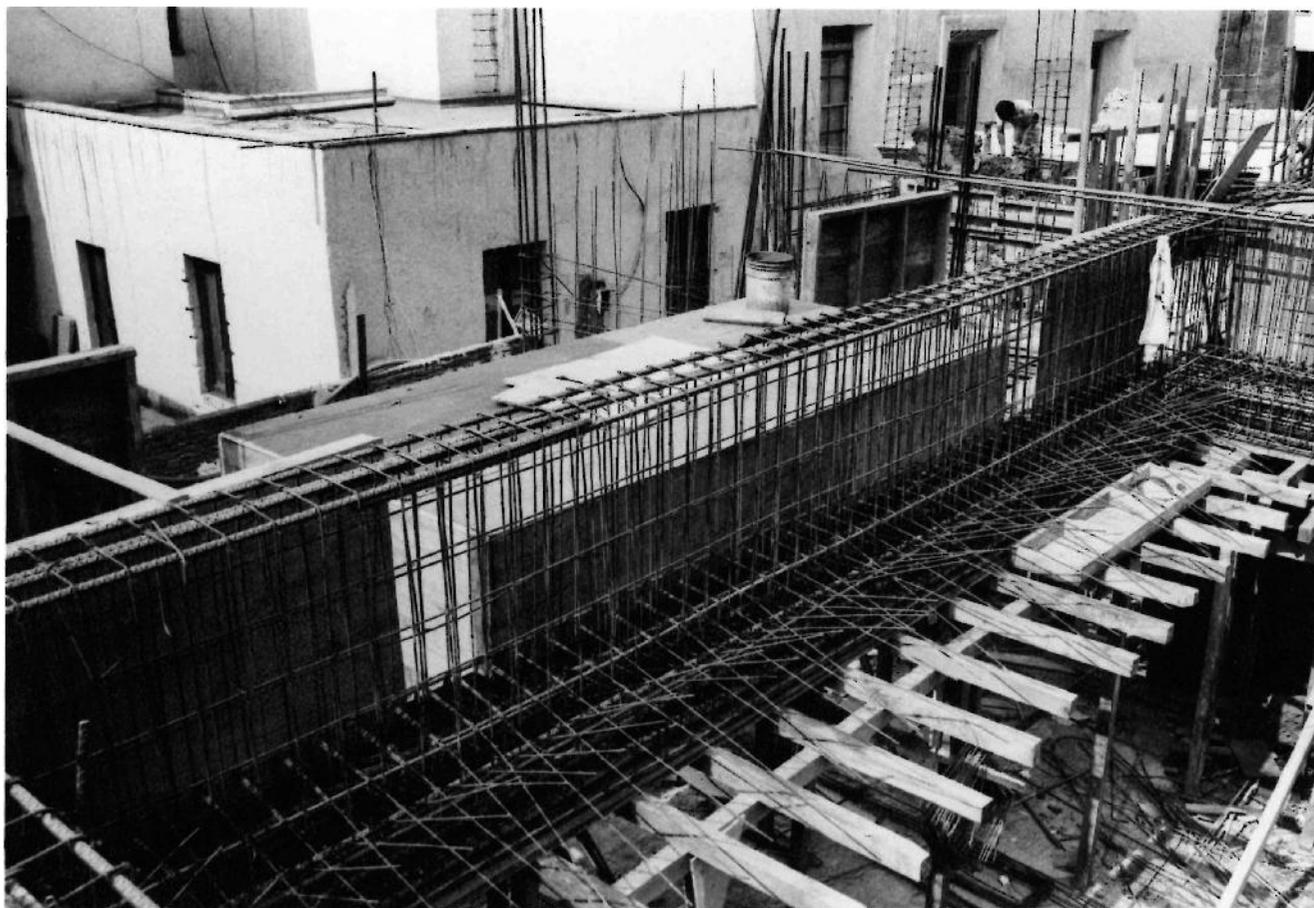
El tiempo sigue pasando. Llega 1970, con cambio de gobierno. Una de las amigas de mi tía, Alicia Fernández—quien varias veces la había acompañado a caminar entre las ruinas—, le dice: “Oye, Margarita, fíjate que me dieron un trabajo en la Cámara de Diputados y sé que va a ir el presidente Echeverría, que acaba de tomar posesión. Te invito, y en algún momento hablas con él y le explicas por qué es importante rescatar el convento”. Contaba mi tía que tuvo una epifanía: resulta que la familia de la que se creía que venía sor Juana era vasca—todavía hay dudas, pero eso se decía, que el padre era vasco—, y como Echeverría también era de familia de origen vasco, se le ocurrió lo que le tenía que decir para convencerlo. Llega el día de la visita a la Cámara de Diputados, Alicia arregla el encuentro, y mi tía le dice al presidente: “Mire, licenciado Echeverría, usted es vasco de origen, la mujer de familia vasca más prominente de la cultura de este país es sor Juana. También le quiero decir a usted que en vasco Echeverría quiere decir ‘el que dota de casa’ o ‘casa nueva’. Entonces, usted tiene que cumplir el mandato de su nombre, y éste es rescatar el Convento de San Jerónimo” [risas]. Qué fibra se le movió a Echeverría, quién sabe, la del corazón, pero se convenció y al terminar la reunión le responde: “El Claustro es tuyo, Margarita”.

Pero qué momento...

¡Sí...! Y bueno, claro, todas lloraron de emoción, ya sabes... Sin embargo, el decreto de expropiación del Claustro se hizo esperar, y pues era indispensable para poder continuar con las restauraciones. Empezó un desgastante periplo de cinco años, porque un funcionario le mandaba al otro, y éste al otro. Al primero que le encomendaron dar cauce a los trabajos de restauración fue Octavio Senties, como jefe del Departamento del Distrito Federal. Va mi tía Margarita con Senties, digamos, a una cita un día tal a las seis de la tarde, y no la recibía; a las once de la noche le llamaba, le decía que la vería al día siguiente, pero no la recibía, y así. El caso es que no pasaba nada, nada de avance de trabajos. Pasaron dos años. Francisco de la Maza se muere muy traumatado, frustrado porque aquello no se movía. Con la muerte de De la Maza a principios de 1972, mi tía cayó en la cuenta de que tenía que seguir la batalla sola, pero no se desalentó, se dijo a sí misma: “No voy a quitar el dedo del renglón”.

Siguieron mandándola con un funcionario y otro y otro y otro, y otro más, hasta que finalmente se decide encomendar las restauraciones a Luis Enrique Bracamontes, el secretario de Obras Públicas, y ese ingeniero sí se puso las pilas. Fue con mi tía a supervisar el estado del convento, revisó planos y aspectos técnicos, y tal. Por ahí fue que empezó a involucrarse gente de la Dirección General de Monumentos Históricos del INAH, por ejemplo. Fue por la intervención de Bracamontes, entonces, que hizo que se emitiera el decreto de expropiación de toda la manzana. Y es que para poder restaurar el convento, y después de muchas discusiones y consultas con expertos, todos coincidieron en que era necesario expropiar la manzana completa—que abarcaba unos doce mil metros cuadrados, algo así—y darle unidad al proyecto. Había, pon tú, veintisiete predios, imagínate... O sea, eran veintisiete cuotas prediales que se pagaban, que la de San Jerónimo 24, 27, qué sé yo, que Izazaga 92, 103, tatatá, que para atrás, que para adelante... En fin.

En 1975, a un año de que Echeverría terminara su periodo presidencial, por fin firma el decreto expropiatorio. Y por fin se retoman los trabajos



de restauración..., pero empieza también una batalla jurídica, porque los dueños de esos predios se amparan, ponen un obstáculo y otro. El caso es que se resuelve todo todo todo, lo legal y demás, y para 1976 se empiezan las pláticas para decidir qué se iba a restaurar y cómo, las fases del proceso, y para eso se tenían que considerar muchos muchos factores, como las construcciones originales, los materiales usados y los disponibles en la actualidad, las reparaciones y modificaciones hechas y los daños sufridos en el tiempo. El primer nivel, por ejemplo, es de antes de 1585, año en que se fundó el Convento de Nuestra Señora de la Expectación y para lo cual se destinaron dos casitas ya existentes para ser ocupadas por las primeras monjas jerónimas; luego, el de 1625, año en que se terminó de construir el templo consagrado a santa Paula pero que se llamó Iglesia de San Jerónimo—curioso, ¿no?, que en el nicho principal de la entrada se haya puesto una efigie de san Jerónimo y no de santa Paula, y por eso a todo el conjunto se le llame Convento de San Jerónimo—; después, el nivel de 1650, el nivel de 1668 y los años de sor Juana; los niveles posteriores a 1695, cuando murió

sor Juana. Entonces, te digo, los diversos niveles en que se construyeron y modificaron sucesivamente celdas, patios, escuela para niñas, refectorio, enfermería, etcétera. Este Gran Claustro donde estamos platicando ahorita, por ejemplo, estructuralmente abarca intervenciones de todo tipo de años del siglo XVIII al XIX, o sea, todavía una parte de este Gran Claustro se restauró en 1845, algo más de diez años antes de la exclaustación.

El caso es que, gracias a un decreto de destino establecido en 1975, empiezan los trabajos de restauración en ese mismo año, los cuales se sostienen todavía para 1979, cuando se concluyó la primera parte del convento, que abarca este Gran Claustro y una sección del Patio de la Fundación. Eso permitió que en ese mismo año de 1979, respaldados con un nuevo decreto de destino, fuera fundada la Universidad del Claustro de Sor Juana y se crea la asociación civil Claustro de Sor Juana, que empezó de inmediato a gestionar y administrar recursos propios para entrar en funciones como institución educativa y cultural y para, al mismo tiempo, terminar de restaurar lo que faltaba del convento, además de cubrir el mantenimiento del inmueble de

forma continua y las eventuales remodelaciones. Luego se emitieron otros dos decretos de destino en el Diario Oficial de la Federación, creo que para especificar algunos datos relacionados con la delimitación de la zona de monumentos del Centro Histórico de la Ciudad de México y otros detalles; uno fue en 1980 y otro, el definitivo y vigente, en 1994. Así que todo todo todo ha estado y está en orden y de acuerdo con todas las leyes necesarias: que la de Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas de la Federación, que de la Administración Pública Federal, que la de Bienes Nacionales, etcétera. Además, tanto la Secretaría de Desarrollo Social como la Secretaría de Educación Pública son las encargadas de vigilar el cumplimiento cabal de cada uno de los objetivos del Claustro.

Oye, rectora, entonces, la tía Margarita salva el convento...

¡Realmente salva el Convento de San Jerónimo, sí...!

Y en eso te llama un día y te dice: “Oye, échame la mano”...

No, todavía no. Estamos hablando de la época primera, de antes del setenta y nueve. De 1980 a 1990 es el periodo en que queda Pilar al mando del Claustro. Una época muy amarga, de momentos en que otros querían hacerse del Claustro de otras formas, en fin... Definitivamente, hubo una segunda salvación del Claustro, y ahí es Pilar quien da la batalla, pues se presentaron otro tipo de dificultades. Entre muchos otros logros, ya había creado el Centro Universitario de Ciencias Humanas—su institución en Las Arboledas, por Satélite—y su primera licenciatura, la de Ciencias Humanas, y con esa experiencia es que empieza la primera licenciatura del Claustro, esa misma de Ciencias Humanas. Pilar es quien va tratando de obtener y administrar los recursos para más o menos mantener el Claustro. Fue una época muy difícil, la verdad. Era *el postsexenio*—el periodo presidencial de mi papá terminó en 1982—, con todo lo que eso significaba en un país como éste.

En fin, llegó un punto en que también Pilar se sintió cansada, quería dedicarse más a su institución y a su familia, y entonces, ahora sí, es cuando mi tía me habla y me dice: “¿Me ayudas?”, y yo: “¡Sí!”, de cabeza me echo el clavado, sin saber demasiado... O sea, yo daba clases en la escuela de mis hijos, tenía experiencia en la Secretaría de Programación y Presupuesto porque durante *el sexenio* colaboré en la elaboración de los informes presidenciales, y luego colaboré en los estudios de todo lo que aparecía de México en el extranjero para integrar los registros oficiales—ya sabes, un tipo de trabajo que ahora Google te hace en tres minutos pero que en aquella época llevaba días y días y más días—. Es decir, esa información sobre gobiernos, poblaciones, geografías, economías, nombres de personajes, tradiciones de pueblos, artes, literaturas, todo lo que se requería para conocer el país que se fuera a visitar en los viajes oficiales, eso lo investigábamos e integrábamos nosotros en esa secretaría, y también elaborábamos todos los documentos para las personas que iban a acompañar al presidente en los viajes oficiales. Fuera de esa experiencia en Programación y Presupuesto y dando clases en el Tomás Moro, no tenía yo mucho más para lo que mi tía necesitaba atender en el Claustro, pero pues me animé.

Creo que una cualidad que sí tengo es reconocer que no sé algo pero sí puedo identificar quién sí sabe, además de una disposición genuina a aprender aquello que no sé. Ah, pero en ese entonces, en ese momento, estaba yo haciendo el propedéutico para la carrera de Filosofía... Me haces una pregunta, y de pronto me empiezan a venir recuerdos... Es increíble cómo funciona la memoria, rarísimo. Y luego ya no son los recuerdos, sino la interpretación de lo que uno recuerda, y entonces el recuerdo ya se convirtió en otra cosa... Como en entresueños, por ahí surge una vivencia, pero en realidad uno hace toda una reinterpretación de lo que pasó...

Íbamos en que entras a trabajar aquí, un poco haciendo de todo, cooperando en lo que podías...

Sí sí..., la parte administrativa. En ese momento el Claustro estaba en quiebra, tenía un adeudo bru-



tal, estaban operando en números rojos. Había dos licenciaturas: la de Ciencias Humanas y la de Ciencias de la Comunicación; había otra, chiquita, de Administración, que no tenía sentido en un espacio como éste. La plantilla docente estaba integrada por muy pocos profesores, mientras que había algo así como ciento doce alumnos de esas tres carreras

en todos los semestres –y eran carreras de cinco años–. Me acuerdo de que se les pagaba a los profesores, pon tú, como entre nueve y once pesos la hora, imagínate, y las colegiaturas eran ridículas. Pero había que pagar todo.

Me preguntaba, preocupadísima: “Cómo le hago, cómo le hago...”, y pensé en consultar opciones. Y es que, si un capital he tenido, son mis amigos. Le hablé entonces a un muy amigo de Rafael, Lorenzo Lazo, que es economista, y le dije: “Oye, ayúdame a pensar qué podemos hacer en el Claustro”, y le expliqué la situación. En esa época se contaba con un recurso de la Secretaría de Hacienda que era de los fondos del llamado *swap* social. Por otra parte, el Claustro tenía como capital pasivo dos cines viejísimos, el Cine Bucareli y el Cine Popotla, donados por la Fundación Emilio Azcárraga. Y bueno, entre una cosa y otra, mientras resolvía qué hacer había que pagar puntualmente la nómina de la gente que trabajaba aquí.

Para esto, me gustaría contarte que antes de entrar al Claustro ya de manera oficial, le dije a mi tía: “A ver, te agradezco la invitación, pero es necesario que conste en una asamblea de la gente que trabaja contigo. Y si en esa asamblea se acepta que yo esté aquí, perfecto, porque si no, me quedo volando, no sabría cuál es mi fundamento”. Se hizo la asamblea..., pero el día mismo en que entré renunciaron los dos directores de carrera que había. Se quedó el tercer director de carrera, formalmente de medio tiempo pero que en realidad era de un cuarto de tiempo, venía dos mañanas a la semana. Trabajaba en La Salle como profesor. Bueno, pues empecé a relacionarme con él. Muy poquito tiempo después, me confesó: “A mí no me conviene ser director aquí, ni siquiera de medio tiempo, porque no hay de dónde pagar”. Imagínate...

Hablé también con gente de la Ibero, porque... A ver, la Ibero hoy está donde está por un decreto de destino firmado por mi papá después del temblor del setenta y ocho, pues la única edificación que se cayó en la ciudad fue justamente la de la Ibero de Churubusco. Casi todos los edificios administrativos y escolares se derrumbaron o quedaron seriamente dañados, inservibles. Te digo, Mora... Mi hermana estaba en esa universidad. Entonces,

acudieron a mi papá, que iba en su segundo año de presidente, y él, ya al tanto de los pormenores de la situación y tal, decidió donar los terrenos donde estaba la Ibero mediante ese decreto de destino y así pudieran reconstruirla lo más pronto posible. Me dije: “Echemos mano de los amigos de la Ibero”, y me fui a ver a la que era la encargada de extensión universitaria, Elena Wood. Le conté lo que había que resolver y que quería abrir nuevos cursos para ir ampliando la oferta académica y, algo que consideraba crucial, para empezar a prestigiar al Claustro orientándolo hacia la excelencia. “A mí me ayudaría mucho que la Ibero avalara los cursos que voy a ofrecer”, le digo, y ella: “Mira qué casualidad, nosotros pensamos abrir por ahí una sede, no en el Centro, pero por ahí. Déjame presentar el proyecto, y lo hacemos juntas”.

Después, otra de mis amigas me dice: “Oye, yo conozco a una persona que es muy hábil, muy pila, y te puede ayudar en la parte de organización de extensión universitaria”. Y me presentó a Lidia Camacho. Platicué con Lidia, fui muy clara con ella: “Tengo para ofrecerte tres pesos, no puedo ofrecerte más, pero si esto va creciendo, vamos viendo”. Y se quedó a echarnos la mano.

El caso es que, poquito a poco, entre el *swap* y extensión universitaria, con el apoyo y el consejo de varios otros amigos, esto empezó a crecer. Llegó 1992, y todavía arañábamos las paredes para pagar los sueldos, pero íbamos caminando caminando. Evidentemente, yo no cobré en los primeros años, unos siete años...

Hace rato te contaba que cuando mi tía me propuso quedarme con ella estaba yo haciendo el propedéutico para la carrera de Filosofía. Bueno, pues de ahí me surgió otra oportunidad. Resulta que uno de mis profesores, Juan Manuel Silva, me parecía una persona..., ya sabes, de esas personas de las que uno ve, percibe que son una eminencia, y que no sólo saben sino que también son gente honorable, recta. En fin, por intuición, lo invité a trabajar al Claustro. Le dije: “Oiga, doctor, me ofrecieron echar la mano en el Claustro. Yo sé que yo no sé pero yo sé que usted sí sabe. Usted tiene una plaza de tiempo completo en la Ibero, y yo le ofrezco la rectoría del Claustro, pero es de tiempo

completo y las condiciones son lamentables”... ¡Y aceptó, Mora!, ¡aceptó!, dejó su plaza de la Ibero y todo y se vino para acá [risas].

Y me acuerdo también de que los primeros meses era de armar de todo: no había reglamentos, no había estatuto, no había cuerpos colegiados, no había lema de universidad, no había programas académicos..., en fin, todavía hacía falta mucho que proporcionara una estructura sólida, una base firme de sostén. Entonces, entre 1991 y 1998, fuimos creando programas, por supuesto, de todo lo que tenía que ver con las humanidades: arte, filosofía, literatura, gastronomía... Ah, la carrera de Gastronomía nació, fíjate qué chistoso, por una maestra e historiadora muy amiga de mi tía Margarita, Guadalupe Pérez San Vicente, que había formado aquí un club de gastronomía y enología. Era el noventa y dos, por ahí. Un día, me pregunta: “Oye, Carmen Beatriz, ¿por qué no haces una carrera de gastronomía?”, y yo: “A ver, Lupita, cuéntame más”. Y es que de pronto me sonaba raro, así que me empieza a platicar lo que es la gastronomía y lo que es desde el punto de vista de la historia, y tal. Empieza a abrirme un panorama maravilloso de la gastronomía como un fenómeno cultural vastísimo y riquísimo, y entonces le dije: “Bueno, ok, ¿y tú me ayudas a hacerlo?”. Por supuesto, aceptó. Invitamos a reunión a un grupo de personas interesantes: a Cristina Barros, a Pepe Iturriaga hijo, a José Luis Curiel –miembro de la asamblea–, a don Antonio Pompa y Pompa –miembro de la asamblea; por cierto, el padre de Pedro Aspe era miembro de la asamblea también, o sea, era una asamblea muy potente–. Entonces les presento el proyecto, y me dan el visto bueno. Empezamos a trabajar con Juan Manuel en toda la parte teórica del programa; yo, ya sabes, en lo que podía.

También me acuerdo de cuando fuimos a la Secretaría de Educación Pública a registrar el programa de Gastronomía, a hacer los trámites para dar de alta la licenciatura. En ese entonces la persona de Escolares era una niñita que no sabía de trámites, así que en realidad quien me iba ayudando en esos asuntos era el propio Juan Manuel. Llegamos, nos pasan a una de las oficinas, presentamos la documentación descriptiva del programa al tipo

que estaba ahí, que debe haber sido un subdirector o qué sé yo. Se queda viendo el programa, nos mira, vuelve a ver el programa, nos vuelve a mirar, y nos dice: “No, señor, esto de la gastronomía es oficio de viejas”, ¡y ni siquiera nos recibe los papeles! [risas] Así, así empezó la licenciatura en Gastronomía del Claustro [risas]... Bueno, trato yo de explicarle, que si tal, que si cual, pero me vuelve a decir: “No, señora, esto fundaméntelo mejor”. Y pum, nos batea. Y ahí vamos con Lupita y todos los de la reunión, les cuento lo que pasó. Bueno, pues le dimos al documento una muy buena revisada, no sabes..., lo que ya estaba escrito, pero más sólidamente descrito, más profundamente fundamentado, añadimos citas de pedagogos, citas de historiadores, qué sé yo.

Unos meses después, en 1993, nos lanzamos. “No se crean que me van a mí a detener”, me decía a mí misma. “No me importa, ya veré cómo consigo el RVOE, pero no me importa y abrimos ya la carrera”. Bueno, en realidad en el segundo intento sí nos habían aceptado los papeles, pero, ya sabes, el Reconocimiento de Validez Oficial de Estudios se quedó en trámite. Y es que después no regresamos a ver al mismo fulano, sino que directamente buscamos a su superior, y con él finalmente obtuvimos el RVOE, que nos fue emitido ¡ya avanzado el semestre! [risas] Empezamos con veinticinco alumnos. Luego, tuvimos setenta y cinco alumnos. ¡Wooow!, ¿qué pasó? Nada, ¡habíamos dado en el clavo! [risas]

Entonces, en el noventa y tres ofrecimos Comunicación y Gastronomía; luego, empezamos con Arte, Psicología, Filosofía, Escritura, todas las demás licenciaturas año con año. Y los posgrados, los programas de extensión cultural, los proyectos comunitarios, la biblioteca y el Centro de Documentación, los proyectos de radio y televisión, el *campus* de Regina con Zéfiro. Fuimos creciendo creciendo...

¿Y cómo llegaste tú a ser rectora?

Un día, Juan Manuel me dice: “Mira, Carmen”... Te juro que él me fue llevando de la manita, de la manita. Con él, hasta nos metimos en filosofía institucional. Teníamos seminarios en la tarde

—pregúntale a Braulio González Vidaña, ya andaba por acá— para hablar de filosofía institucional, qué significaba una universidad verdadera, desde el Medioevo hasta el presente. Nos fue enseñando a todos... De verdad, mi gran maestro de vida académica es Juan Manuel Silva Camarena, un hombre de una rectitud impecable. De la manita, te digo, de la manita me fue llevando. Y él acercó aquí a mucha gente, como a Ramiro Kuri, quien fungió como director académico. Muchos de los que fuimos invitando fue gente que en realidad trajo Juan Manuel. Los primeros concursos para que entraran a trabajar los maestros empezaron con él. Él aconsejaba que las cosas se hicieran *by the book*, correctamente...

Entonces, un día de 1998, por ahí, me dice Juan Manuel: “Mira, Carmen, el número binario es un número diabólico, porque hay dos cabezas que piensan y deciden. Antes de que tengamos una desavenencia tú y yo..., porque en ocho años ya aprendiste, ya tomas decisiones, ya tienes una postura respecto de las cosas..., antes de que tengamos una desavenencia tú y yo, prefiero regresarme a la UNAM”. O sea, con esa sabiduría, con esa hombría, con esa rectitud, Juan Manuel reconoció que había culminado su tiempo. “Ya sabes lo que te hacía falta saber, ya aprendiste lo que necesitabas aprender, ya puedes seguir adelante sola”. Y pues me costó trabajo, pero sí, se lo acepté, porque yo misma veía que empezaba a haber miradas distintas respecto de cómo manejar ciertas cosas. Y entonces, llego a la rectoría así, sin ceremonias, sólo aviso a la asamblea. La Universidad todavía era chiquitita chiquitita. Empezaba apenas el Consejo Universitario, éramos tres personas, y así. Y los dos teléfonos que había, las tres máquinas de escribir... Teníamos que gritar: “¡Te llaman por teléfono!” [risas].

Y claro, en ese momento no sólo seguía contando con mis amigos, sino que tenía más amigos intelectuales... Imagínate, en 1995 con Octavio Paz y su *Oración fúnebre* por los trescientos años de la muerte de sor Juana, y las exposiciones de conmemoración. Y Fernando del Paso, y Juan Soriano... Confirmando entonces que mi fuerte, que mi capital más importante, fueron y son mis amigos. De entre los de profesiones de todo tipo, los intelectuales



y los artistas: que escritores, que poetas, que músicos, que pintores..., tantos de ellos que empezaron a venir, que fueron “calentando el lugar”, como se dice por ahí. Hicimos locura y media, pero locura y media culturalmente rica, intensa. ¡Qué jornadas!, el arte, la música, la fantasía, la imaginación... Alicia en el País de las Maravillas, Días de la Universidad, Femenino, Fin de Siglo, Las Jornadas del Mal... ¡Y eso que éramos una comunidad chiquita chiquita! Fuimos aprendiendo a crecer juntos, y de pronto, ¡pum!, llega el año 2000 y se acelera el crecimiento: más carreras, más alumnos, otras formas de hacer promoción y difusión, la diversidad y la inclusión de las actividades académicas y culturales no tienen precedente. En fin...

¿Cuál ha sido tu mayor reto aquí, el tiempo más más más difícil, tu tiempo menos feliz?

Cuando la Universidad del Claustro de Sor Juana, por encontrarse albergada justamente en el *ex*—que se entienda: *ex*—Convento de San Jerónimo, estuvo en riesgo de ser entregada a la Iglesia... Hubo dos momentos. El primero, en noviembre de 1993. Habíamos convocado a una rueda de prensa porque íbamos a presentar el Altar de Muertos. Llego con mi tía Margarita, y veo ahí a un sacerdote y a otra persona con él. Entonces se acerca esa otra persona y nos dice: “Soy el abogado Fulanito de Tal y traigo aquí el acta de entrega-recepción del templo y de la casa cural”, bueno, de no sé qué más dijo el tipo que teníamos que entregar. Le digo a mi tía que ella dé la conferencia de prensa y que yo me iba a atender a los señores. Los llevo a mi oficina, pero antes de hablar con ellos le marco a Rafael, a Tovarich, y le cuento lo que está pasando. “No firmes nada”, me previene Tovarich, “y trata de localizar a Colosio”. Luis Donald Colosio era el titular de la Sedesol. Pues logro contactar a Colosio, y le digo: “Señor secretario, tengo aquí a unas personas que me piden que haga entrega de tal y tal, pero quiero decirle que no vamos a entregar el Claustro. Estamos en un Estado laico, y así y así y así, y no nos lo van a quitar. Y quiero decirle también que tenemos ya muchos estudiantes y que están por cumplirse quince años de la fundación

de la Universidad, y que nosotros rescatamos de las ruinas el Convento de San Jerónimo, y que hemos sacado adelante un proyecto educativo y cultural, y que hemos hecho ya muchas cosas valiosas para la ciudad y para el país”.

El caso es que se detienen esos intentos, al menos provisionalmente, pues estaban por comenzar las campañas por la presidencia de la República, y tal. Lo definitivo..., bueno, ya en los primeros meses de 1994, lo que hicimos fue reunir testimonios de mis amigos intelectuales y demás gente del ámbito público que apoyaba al Claustro, aunque yo todavía no podía decir nada de lo que estaba pasando, porque era exponerme y exponer al Claustro. Así que, teniendo tres pesos, la Universidad se las arregló para pagar desplegados en todos los periódicos con las firmas reunidas felicitando a la Universidad por sus quince años de éxito, por haber rescatado el Convento de San Jerónimo, y tal. Lo que hicimos no fue más que dar a conocer testimonios de nuestro trabajo, pruebas de nuestros logros, y demostrar que todo estaba legal y jurídicamente en orden: eso fue lo definitivo. Y pues nada, logramos evitar el trancazo.

Luego, la segunda vez: de nuevo trataron de sacarnos el Claustro, ahora durante el periodo presidencial de Vicente Fox. Pero para eso, cuando se cumplieron los cincuenta años de la aprobación del voto femenino en México, organizamos aquí una jornada conmemorativa, a la que vino la señora de Fox, Martha Sahagún. Se ve que ella hizo algún tipo de negociación con la Iglesia, o eso es lo que fuimos sospechando conforme se fueron sucediendo las cosas —y no sólo para el Claustro, sino también, por ejemplo, para otros recintos antiguos que ya hacía mucho eran propiedad del Estado mexicano y, por lo tanto, cerrados del todo al culto religioso—, porque tiempo después, por ahí entre 2005 y 2006, la abogada del Claustro me avisa de una visita: “Rectora, vienen de algo de bienes inmuebles de la Federación”—no recuerdo de qué instancia dependían en ese momento ese tipo de asuntos, si de la Sedesol, de la SEP, de la Secretaría de la Función Pública o de la Secretaría de Gobernación—, “y me dicen que como es final de sexenio quieren ver cuáles son las condiciones del espacio,

que porque es un espacio de la Nación. Claro, si quiere, yo los atiendo, ¿no, rectora?, es un trámite nada más”. Pero tuve una de esas intuiciones que ya sabes..., eso sí se me da. “Yo atiendo”, le digo a la abogada. Así que recibo a un señor funcionario, que me pide dejarlo ver la iglesia, la casa cural... Imagínate, Mora, ahí el foco rojo se me prendió, ¡tiii tiii tiiiiiiii!, todas las alarmas me sonaron a todo lo que daban. “Bueno, si usted quiere ver cómo está todo el inmueble, entonces se lo voy a enseñar”. Le hice un recorrido de no menos de dos horas y media, algo así, hasta en las azoteas. Le fui explicando que el edificio este de por aquí, que este otro edificio de por acá. En verdad le mostré todo todo. Terminamos en el Auditorio Divino Narciso. Ahí nos sentamos, y le solté: “A ver, ahora dígame por qué está usted aquí, no perdamos ya más tiempo”. Y que empiece a ponerse muy, pero muy nervioso: “No, bueno, eeeehhh, es que, mire...”, que él sólo cumplía las órdenes de no sé quién, que las leyes federales de propiedad, que los bienes de la Nación, y tal. Y yo: “Fíjese bien en lo que le voy a decir: usted sabe que yo sé y yo sé que usted sabe que yo sé. Entonces, dejémonos de tonterías. Y le voy a decir una cosa más: si usted dice que yo dije lo que dije, lo voy a negar. Usted puede negar de quién es hijo, no me importa, pero yo no voy a decir nada ni a firmar nada ni a entregar nada. Yo no estoy haciendo más que proteger una institución educativa y cultural que llevamos armando por muchos años. Dice usted que hay órdenes ‘de arriba’ para obligarnos a entregar el Claustro. Ok, ¿a quién?, ¿a la Iglesia?”. Y el tipo, todo tartamudo [risas]: “Ssss...sí”. Entonces, en cuanto despaché al señor funcionario, le marqué a Rafael, le conté; “Tovarich, dime, ¿qué me recomiendas que haga?, porque parece que esto es peor que la otra vez”. Y Rafael: “Vete a ver al encargado de la Subsecretaría de Asuntos Religiosos, a Gobernación”. También le marqué a otro amigo, pues me acordé de que era muy cercano al cardenal Norberto Rivera, y le pregunté si podía averiguar si eso de la orden de entrega del Claustro era verdad y por qué. Me pidió que fuera de inmediato a su oficina, así que ahí voy. Platicamos de asuntos espinosos, no sabes... Más tarde, me llama y me dice: “Sí, es verdad”. Chin...

Bueno, pues ora sí que le hablo al subsecretario de Asuntos Religiosos... Qué cosa, un republicano para no creerse, o sea, en un gobierno como ése, ¡un republicano! Me responde: “Sí, son instrucciones de arriba”. Y yo: “¿De presidencia?”. Y él: “De más arriba”. Y yo: “¿Dios?” [risas]. De no creerse, Mora, de no creerse...

Me pregunté: “Bueno, ¿cómo hay que reventar esto?”, y me respondí a mí misma: “Pues con los medios”. Y que empiezo a moverme, a llamar a mis amigos diputados, a mis conocidos periodistas. Le hablo a Carmen Aristegui, le cuento. “Dame, por favor, un espacio en tu programa”. “Pero por supuesto que sí, cuenta con él”, me dice ella. Y, por supuesto, cuando se enteraron por ese medio mis amigos intelectuales, se organizaron y publicaron una carta de protesta, a la que se unieron muchos, pero muchos otros del medio cultural, del medio artístico, del medio educativo, y conste que varios de los firmantes no eran necesariamente mis amigos, pero apoyaron solidariamente al Claustro.

Así es como se empezó a reventar todo ese lío. Mientras tanto, habíamos llevado ya un oficio a la Secretaría de Gobernación solicitando información sobre si existía esa orden. Yo sabía, nosotros sabíamos que era cierto, pero para que no se hicieran huecos legales de nuestra parte ni nada de eso, para que institucionalmente todo estuviera fundamentado, lo hicimos.

Luego, Alfonso Suárez del Real, que era diputado y responsable de la Comisión de Cultura, me llama y me dice: “Oye, Carmen, ven a platicarnos qué es lo que está pasando con el Claustro”. Y sí, voy a la Cámara de Diputados, donde la Comisión de Cultura me permitió exponer el asunto... O sea, a partir de que lo hice público a través de los medios, empezaron a abrirse solitos muchos frentes de contratancazo. Había más que suficientes..., es más, había todas las razones del mundo para que no nos quitaran el Claustro.

Pues llegados a ese momento, que me habla el secretario de Gobernación—el que no quería que se leyera *Aura* de Carlos Fuentes en las escuelas, ¿te acuerdas? [risas]—. “Ya sabemos, señora”, me dice, “lo que anda usted haciendo. Yo no necesito que usted me arme escándalos. Y sepa usted que el país

no necesita ser un Estado laico”. ¡A ese grado! Y yo, toda diplomática: “Está bien, señor secretario, pero quiero recordarle que ya está en ventanilla de oficios una solicitud, y usted tiene que respondernos de manera oficial”. “¡No vamos a quitarle a usted su Claustro!”, me dice. Y yo: “Usted me lo pone por escrito, por favor, porque una cosa es la llamada privada y otra cosa es la respuesta oficial. Así que usted me lo pone por escrito, por favor, con firmas y sellos”. “Pero usted, señora, no tiene usted que armarme un escándalo”. “Sí, señor secretario, sí voy a armar todo lo que sea necesario porque sé cómo se manejan ustedes”. ¡Imagínate...! [risas]

Y a propósito de escándalos [risas], para cuando fue esa llamada ya habíamos tenido aquí nuestra propia bronca con los chicos: “¡Nos vamos a amarrar a las rejas de Catedral en protesta!”, “¡Rectora, estamos con usted y el Claustro!”. No sabes..., conmovedor, pero la comunidad aferrada aferrada a querer manifestarse de esas maneras. Tuve que hablar con ellos, decirles que no hicieran nada que los pusiera en peligro, que eran otras las vías de solución. O sea, ¡no los iba yo a poner en riesgo!

Pero fíjate que pasó también esto. Socorrito, mi secretaria, al día siguiente de todo ese irigote, me dice toda compungida: “Ay, rectora, creerá usted que mi amiga Fulanita de Tal es una de las secretarias del cardenal, y me contó que sobre la mesa del cardenal hay un decreto de expropiación, o de devolución o algo así, del Claustro”... ¡Así que ya estaba cocinado todo! Y le pregunto: “Socorrito, ¿podrá tu amiga sacarle foto?”. Y ella: “¡No no, rectora!, se lo digo nada más para que esté atenta usted, porque me habló Fulanita como mi comadre y está preocupadísima, pero no para que lo supiera todo mundo. Pero usted es mi jefecita y por eso se lo vine a contar y pueda hacer algo”. ¡Así de fea estuvo la cosa, Mora!

Fueron semanas de muchísima tensión, pero de muchísima tensión, porque además estaban los chavos todos inquietos, y de ninguna manera iba yo a poner en riesgo a los chavos si ya la Universidad de por sí estaba en riesgo políticamente... ¡Aaaahhhh...!

Ésos fueron dos de los momentos más más más amargos del Claustro. Para mí, de los más más más

difíciles. “¡Defenderlo!, ¡sobre mi cadáver se lo llevan!”, eso sí les dije a esos dos que quisieron quitárnoslo. “¡A mí me sacan con las patas por delante, pero no voy a permitir que se lleven el Claustro! Claro, ahorita que ya está todo muy bonito y ya está mantenido y ya lo pagamos y ya está vivo, claro, ahora sí lo quieren..., ¡pues no, no y no!”...

Qué duro... Oye, rectora, pero si le has dedicado ya casi toda tu vida de adulta al Claustro, y has dejado aquí casi los mejores años de tu vida personal y profesional, ¿por qué te vas?

Me voy porque estoy por cumplir setenta años, porque se me quedaron vidas paralelas que no viví: deseos, vocaciones. Y porque uno tiene que saber irse a tiempo. Cuando yo oía que la gente decía: “Ya Biden tiene que irse pero no se da cuenta”, ¿sabes?, comprendía el sentido de esto que me dijo un amigo: “Vete cuando todavía quieren que te quedes”. Y el de este dicho: “Vete cuando ya hayas dado todo”. Porque además uno tiene que saber cuándo ya ha dado todo, y yo ya sé que di todo lo que

puedo dar, que entregué todo lo mejor de mí... De pronto, si me digo: “Sí, qué padre, seguir aquí”, me pongo a pensar en eso otro que no podría hacer. Por ejemplo, irme de viaje y no sentirme culpable por tomarme una semana de más... Porque con la formación que tuve del Colegio Alemán y de una madre como lo fue mi madre, *el deber ser* para mí es algo superfuerte, y entonces: si estás, estás; si no estás, no estás; si eres, eres; y si no eres, no finjas.

Claro, no me voy del todo, porque daré pláticas, estaré en alguna inauguración, en la presentación de algún libro, hay proyectos que se quedaron sin atender y que quiero sacar adelante. Quién quita, y hasta me animo a dar clases... En fin, pero como rectora, ya.

En una de mis dimensiones quiero pintar. Los momentos en los que yo me olvido de mí y del mundo es cuando empiezo a pintar, y yo puedo pasar horas y horas y horas pintando. Quiero leer más por gusto propio y no por compromiso, quiero..., te digo, quién quita y hasta termino mi doctorado en Filosofía. ¡Quiero estar más tiempo con mis nietos!... A ver, mis gordos van a cumplir trece





y diez años, o sea, Leonorcita está a punto de ser ya adolescente, y entonces quiero de pronto irme de viaje y llevármelos si Nona me los presta, o si quiere venir ella conmigo, llevármela también. Ahora que todavía puedo, me encantaría enseñarles lugares donde he vivido o lugares que me han gustado, o simplemente estar con ellos sin pendientes, ponerme a jugar con ellos sin estar pensado en ese “Híjole, ya tengo que tomar la llamada tal”...

Por ejemplo, en las últimas semanas, con el texto sobre el Convento de San Jerónimo, los fines de semana –te lo juro, Mora– me pasé de las siete de la mañana a las siete de la noche leyendo y escribiendo, ¡y no acabo!, porque ya me dicen: “Rectora, presenta este libro”, o “¿Y si das una plática de tal o una conferencia de tal?”, o “¿Y si vienes a ser testigo de la...?”. Ya. Quiero tener un espacio para mí. Voy a cumplir mis setenta, estoy bien, estoy sana, tengo ilusión, todavía tengo la cabeza puesta, y el corazón, y las entrañas. ¡Quiero disfrutar la vida! Decimos una y otra vez lo corta que es la vida, bueno, pues entonces quiero vivir mis últimos años sabiendo que ya cumplí y teniendo la tranquilidad de que

mi proyecto de vida se queda en buenas manos... A ver, si no estuviera alguien, si no estuviera Rafael u otra persona que me diera la tranquilidad de que el Claustro se queda en buenas manos y cobijada la parte nuclear de su vocación institucional, no me iría, pero tengo el privilegio de que sí está y de que el muchacho tiene las cartas credenciales para tomar el relevo. Rafael ha trabajado aquí diez años, tiene la edad ahorita que yo tenía cuando tomé la rectoría, entró al Claustro a trabajar a la edad que yo tenía cuando entré al Claustro. Son buenos tiempos para él. Y para mí, ¡ya son tiempos de pura gozadera!

¿Qué cambió de tu forma de ver el mundo una vez que nacieron Rafael y Leonora?

Uf, ¿sabes qué?, te voy a contar algo: desde niña yo quería ser mamá. Sí, de eso no tenía yo la menor duda. Tenía la ilusión de ser mamá... Cuando supe que estaba embarazada, fue primero por una intuición. Me dije: “Algo está pasando en mi cuerpo, yo sé que estoy embarazada”. Me embaracé bastante

rápido, fíjate; nos casamos en octubre, ¡y en diciembre ya estaba yo embarazada!

¿Qué cambió en mi vida? El sentido de la responsabilidad, el sentido del mundo, el hecho de que de pronto sería responsable de una vida, responsable de hacerla crecer al punto de que pudiera tomar sus propias decisiones y demás. Luego, es un tipo de amor sin condiciones, o sea, supe que son mi vida, que son lo más importante, que son lo inconmensurable, que son... En fin, que lo son *todo*.

Cuando los niños eran chiquitos, me aterraba que les pasara algo a ellos o me pasara a mí, no sabes... Yo no quería viajar sin ellos, por ejemplo. De pronto, cuando Tovarich me decía: “¡Vámonos de viaje!”, o incluso cuando me proponía que nos fuéramos de viaje los cuatro, yo le decía que no. La primera vez que los dejé fue con mi hermano, mi cuñada y los primitos, para que estuvieran resguardados, cuidados y demás, cuando nos fuimos con el embajador Jorge Castañeda a una ceremonia en Venecia a la que nos había invitado; los dejé en Roma —en ese momento Pepe era embajador de México ante la FAO— y luego nos fuimos a Venecia. Bueno, en pleno trayecto a Venecia, no me dejaban la ansiedad, la aprensión. Pensaba: “Y si a mí me pasa algo, ¿los niños se quedarán solos?”. A ver, no, no se iban a quedar solos, estaba Rafael, se quedarían con su papá, pero me hice como la que se cree absolutamente la mamá de los pollitos, la gallina única que mientras esté con sus pollitos nunca les pasará nada.

Entonces, cambió la dimensión del amor, cambió el sentido de responsabilidad, y cambió también la perspectiva del mundo: de pronto empiezo a darme cuenta de que hay cosas del mundo que uno tolera pero que nos resultan intolerables para los hijos; y que conforme van pasando el tiempo y la historia aumentan los niveles de violencia, y entran el temor, la angustia... Va por ahí.

¿Y sentiste lo mismo cuando nacieron tus nietos?

Fíjate que sí, ¡pero duplicado, multiplicado!, porque cuando nacieron fue como ver nacer el amor de mi amor, pero dándome cuenta de que ya mi responsabilidad era otra: consentirlos, apapacharlos, ser mejor ejemplo, ser mejor consejo. Sí, me vi

liberada de aquella primera responsabilidad para asumir otra responsabilidad, pero con un amor multiplicado.

Pero el amor es igual de intenso, ¿no?

Y tal vez más, porque es el amor de tu amor, el amor de tus hijos. Porque es la vida de tus hijos y en esa nueva vida ves la felicidad de tus hijos y tu propia felicidad. ¿O no?

¿Y la misma angustia?

Ay, bueno... Ahorita, con las cosas como están, sí, la angustia también se multiplica, la preocupación cobra mayor intensidad. Por la violencia, por ejemplo. Cuando de pronto mi nieta dice que alguien la agrede en la escuela, pues yo trato de hacerle ver la necesidad de aplacar las cosas: “Mira, tienes que aprender a defenderte, a hablar”, le digo... No sé, hacerle ver que con trancazos no, sino todo con palabras, todo todo todo lo posible con palabras. Es la forma de la coherencia...



Si tuvieras que escoger sólo una cosa que enseñarles a tus hijos y a tus nietos, ¿qué sería?

La verdad. Que no mientan, que no mientan, que no mientan. A mí en lo personal me pone loca la mentira, porque se desdibuja la realidad, el piso se vuelve pantanoso. Cuando uno no sabe qué creer y qué no, nada tiene sentido. O sea, si la mentira está ahí, habitando la realidad, entonces para el ser humano todo se vale, pero lo digo en sentido negativo, pues se traspasan límites que no deberían ser traspuestos porque el acto mismo y la consecuencia es un perjuicio, un daño, un mal.

Desde chiquitos, a mis hijos les decía: “Les aguanto todo, que tengo flojera, que no lo quiero hacer, que no lo sé hacer, todo eso, bien, pero si me los agarro en una mentira...”, ¿cómo te explico, Mora? Y bueno, pregúntales a mis nietos qué es Aba: ¿mentir?, no. La verdad, la verdad, la verdad.

Ésa es tu enseñanza a los hijos y a los nietos...

Sí, no mentir, porque a partir de ahí estructuras todas tus relaciones: tu relación contigo mismo, con los otros, con el mundo y con lo que te trasciende. Si tú dices la verdad, entonces se juntan la bondad, la belleza y el sentido de la vida. La columna de la vida es la verdad. Si no hay verdad, puedes hacer cualquier cosa indeseable.

Hasta este momento he venido haciéndote preguntas sobre aspectos muy concretos de tu vida profesional y algunos en relación con tu vida personal y familiar. Me gustaría ahora preguntarte sobre algunos de tus gustos, sobre tus apreciaciones estéticas e intelectuales, incluso algo de tu vida espiritual, de tus otras preocupaciones, de tus convicciones y principios. Voy con el arte. ¿Tienes un libro o autor al que vuelves una y otra y otra y otra vez en busca de consejo, y cuál o quién es?

Sí... Yo creo que es Edmond Jabès. Hay una publicación suya que me gusta especialmente, *Del desierto al libro*. Es una entrevista, o quizá sería mejor decir que es un diálogo entre Jabès y otro escritor,



también judío, llamado Marcel Cohen. Hablan de su biografía, su relación con la historia del pueblo judío y su errancia—justamente por el desierto en Egipto—, y lo que es la escritura tanto para los judíos—sus Sagradas Escrituras— como para ellos mismos como escritores. Y ahí, en ese diálogo, encuentro pequeñas frases que son como un oráculo, ¿sabes?, que de pronto me hablan, me dicen algo. Y son como un consuelo. Me pasa que en la relectura de alguna frase la interpreto desde lo que estoy viviendo en esos momentos.

También me encanta la poesía de María Zambrano. Me parece que su poesía es del tipo de propuestas como..., oh, como la de Jabès... Jabès, ¡es fantástico cómo vuelvo a él!

Cuando estás sola, ¿qué música oyes?

Clásica.

Siempre, ¿verdad?

Prácticamente. Tengo mis gustos en varios géneros, no creas, que van desde la *Sonata para piano en si menor* de Franz Liszt hasta..., qué sé yo, la guapachosa más sonada del cuadrante [risas]. De todo. Pero cuando me voy a sentar expresamente a oír música, es clásica.

Yo sé que conoces muchos países e imagino que has estado en todos o muchos de sus museos, pero si pudieras quedarte con una sola obra de arte, una sola, ¿con cuál te quedarías?

Uf, esto sí es difícil de responder... Hay muchos cuadros que me encantan, claro, y algunos hasta me hacen llorar, como *El entierro de Atala* de Girodet. Pero a ver..., creo que me quedaría con un cuadro de Rembrandt que está en París, en el Louvre. No es muy grande, se puede decir que chiquitito en comparación con sus grandes formatos. Se llama *El filósofo en meditación*. Pintó del lado izquierdo la ventana de lo que parece una pequeña estancia, y bajo esa ventana hay una mesa con algunos libros, y ante esa mesa está sentado un venerable anciano de barba, justamente en meditación. A través



de esa ventana entra una hermosa luz dorada, o ambarina, cálida... Sus luces son muy contrastadas, con zonas que van haciéndose oscuras, de sombras. Muy Rembrandt. Casi al centro y hacia la derecha, pintó una escalera de caracol, que hace como un símbolo de infinito de luces y sombras. En la esquina inferior, bajo la escalera, se ve otra figura, discreta, también anciana, que atiza el fuego de una chimenea; en penumbras, la luz del fuego muy apenas ilumina su rostro y su mano con el atizador. Precioso el cuadro. Yo me he quedado mirándolo varias veces..., y sí, que me disculpen, pero ése me lo robaría [risas].

Con tu pregunta me pones en una gran tentación, Mora [risas]... No sólo con un cuadro me quedaría, sino con muchos muchos muchos. Me robaría *El jardín de las delicias* de El Bosco, que es fantástico. Me robaría *El entierro de Atala*. Me robaría *La belle ferronnière* de Leonardo. Me robaría *El viejo con su nieto* de Ghirlandaio. ¡Muchos más!

Te voy a contar algo. Durante la pandemia, cuando podía—la vida no me daba para tanto porque no dejaba de trabajar, y eso que estábamos en confinamiento—, hacía yo dos cosas: en la noche, en función de lo que hubiera vivido o leído u oído y demás, escogía un poema que tuviera que ver con eso vivido, de entre los poemas que me gustan. Entonces, terminé haciendo una breve antología de esos poemas, que llamé *Hiraeth*, voz galesa que quiere decir “el lugar a donde no vas a volver”, o sea, al que ya no puedes volver o el que nunca vas a conocer, y que es un sentimiento triste pero alegre a la vez. Y lo mismo hacía con cuadros, fotos de obras de arte, así que empecé a hacer mi pequeño museo virtual personal, con mis obras más queridas. Empecé con las pinturas del museo de los Uffizi en Florencia, que es una maravilla. Hay un cuadro, por ejemplo, en un museo en Palermo, que es una mujer con un velo azul: *La Virgen de la Anunciación*. Es de Antonello da Messina, y es una belleza. Da Messina me encanta... Entonces, fui haciendo también mi museo virtual, y a lo mejor esto es algo que terminaré haciendo en algún momento.

Ojalá que sí... Y bueno, ¿te sabes algún poema de memoria?

¡Noooo...! “En perseguirme, Mundo, ¿qué intere-
sas?”... [risas] Tengo muy mala memoria para la
poesía. Eso no se me da, o será que no me he apli-
cado. Aunque sí reconozco los que conozco.

¿Por qué te fascina tanto Ícaro?

Porque es la osadía, porque también es emblema
de sor Juana, porque es la metáfora de la frase
socrática respecto al saber. O sea, Ícaro es el que
sabe que no sabe. ¿Te acuerdas de que Sócrates
dice que hay cuatro tipos de seres?: los que no
saben que no saben, los que no saben que saben,
los que saben que no saben, y ahí Sócrates dice
algo así: “Y los que saben que saben. Pero de los
que saben que saben no conozco a nadie”. Y es
verdad, no puedes saberlo todo todo todo, pero
sí puedes saber que no sabes. Entonces, Ícaro es

eso. Y sabiéndolo, por eso sor Juana lo toma como
emblema del desengaño, por ejemplo, en *Prime-
ro sueño*. Sabiéndolo—dice ella—, sabiendo que no
sabes, te atreves.

A ver, sabemos que nos vamos a morir, que to-
dos, sin excepción, nos vamos a morir, que el uni-
verso se está enfriando, que esta vida es inevitable-
mente perecedera. Y luego, las interrogantes. Pero
Ícaro, sabiendo eso, sabiendo que nos vamos a mo-
rir, sabiendo que estamos derrotados de antemano,
a pesar de eso, se atreve; sabiendo su destino, se
atreve. Y dice: “No me importa”. Es como la flauta
de Sócrates, ¿no? A punto de morir, Sócrates pide:
“Traíganme una flauta”. “¿Pero para qué?”, le dicen.
“Porque me quiero aprender la piecicita aquella”,
les responde. “¿Pero para qué?”, le vuelven a decir,
“si te vas a morir”. “¡Por eso!”, les responde, “me
quiero morir sabiendo que me aprendí la piece-
cita de flauta tal”. Igual para todos: si nos vamos
a morir, ¿para qué hacer esto o lo otro o aquello?
Cuando uno se empieza a preguntar *para qué*, uno
le da el sentido. Por eso me fascina Ícaro, porque
es atrevido, porque sabe que se le van a derretir las
alas, y no le importa; porque sabe que se va a caer,
y no le importa; porque sabe que se va a romper
tod...do el esqueleto, y no le importa. Él le da el
sentido al vuelo.

***Y una y otra y otra y otra vez volvemos a sor Jua-
na, por obvias razones, pero quiero preguntarte:
¿qué ha cambiado de tus ideas y lecturas sobre
sor Juana cuando eras joven a ahora que puedes
ver a sor Juana desde una perspectiva de una
mujer que ha cumplido ya con su vida de traba-
jo? Ya sé que vas a hacer otras cosas, no te estoy
diciendo viejita, jubilada...***

Así me dicen ahora mis nietos [risas], “¡Hola, Jubi!”
[risas].

***Por eso lo digo... [risas] Pero entonces, ¿algo ha
cambiado? Obviamente, todos hemos cambiado
con el tiempo. Yo no sabía nada de sor Juana ni
entendía nada de sor Juana sino hasta que entré
a trabajar aquí, y te empecé a escuchar sobre ella,
a leerla, a conocer los estudios sobre su vida y***



obra, y algo se me ha pegado. Pero ¿qué ha cambiado para ti?

He descubierto..., a ver, lo hemos hablado varias veces... Sor Juana tiene como estructura la defensa de la libertad. Y el amor: el amor a Dios, el amor al mundo, el amor al semejante y a sí mismo, el amor al saber. Para ella, Dios es el saber. Y saber es no esperar, no esperanzarse, sino hacer, atreverse. Y ahí volvemos a Ícaro. Hay una idea de sor Juana que se percibe en toda su obra, algo que a mí especialmente me conmueve: si se pierde la esperanza, también se pierde el miedo. Entonces, el eje de sor Juana, que es lo que yo descubro en mis lecturas de ella, es la defensa de la libertad: la libertad respecto de los demás, respecto del mundo, respecto del poder, respecto de sí misma. Pero la libertad respecto del saber entendida en el sentido de que a mayor saber, mayor ser. Algo semejante se encuentra en Baltasar Gracián, por ejemplo.

Ah, y ahora estoy tratando de descubrir, quiero saber si sor Juana leyó a Spinoza. Baruch Spinoza hace una reflexión sobre la esperanza como algo negativo, porque la esperanza es dejar pasivamente al futuro la decisión, la acción, ¿no?, el “Yo espero”, y nada más. Y sor Juana, en el momento en que dice: “Si pierdo la esperanza, pierdo el miedo”, significa que está dispuesta a volar a pesar del riesgo. Es Faetón, como Ícaro, en *Primero sueño*, ¿recuer-

das? Es la libertad extrema, es la libertad en donde ella pierde la esperanza para abrir todas las posibilidades de su voluntad, o del deseo, ¿no?... Entonces, eso, estoy empezando a darle una reinterpretación a la libertad desde esa actitud de la especificidad de su vida; no desde la generalización de la noción de libertad, que es lo que ella justamente plantea en aquello de que las mujeres no tienen alma racional como los hombres, sino en el momento en que ella habla de la esperanza y habla de sus miedos, de su vida. Es ese tránsito de lo general a lo particular *en ella* algo que he ido descubriendo, y creo que voy a dar con la certeza de que sor Juana sí leyó a Spinoza. He buscado y he buscado y he buscado, pero también tengo que ponerme a buscar para saber si llegaron a la Nueva España libros de Spinoza, porque si no llegaron, pues no hay forma.

Y a propósito de los miedos, tú que has vivido la vida política de México desde cerca, ¿crees que estamos en un peor momento? No hablo ni de figuras ni de partidos, sino del país. ¿Cómo lo ves?

Yo creo que en México—y en el mundo—nos estamos acercando a un punto en donde la política ha dejado de tener un sentido de corresponsabilidad y de bien común; en donde la idea del ciudadano como individuo aislado, o sea, que no necesita del otro o de los otros, y aun que no quiere ser nece-

sitado por los otros, es lo que está privando. No hemos logrado insistir en que la política es justamente igual que la religión: en el sentido etimológico del término, lo que es común es lo que nos *religa* al otro. En el encuentro de rectoras, les decía que en la palabra *comunidad*, como en la palabra *comunicación*, está la raíz latina *commūnis*, que significa “el que cumple su cometido o deber” en *cooperación con otros*. Bueno, pues eso es lo que se ha perdido de la política.

Si tú ves lo que está pasando en Estados Unidos, lo que está pasando en Rusia, lo que está pasando en Venezuela, oyes a Trump, y te preguntas: “¿Qué es esto?”; oyes a Putin, y te preguntas: “¿Qué es esto?”; oyes a Maduro, y te preguntas: “¿Qué es esto?”. Cada uno con sus especificidades, si quieres, pero es lo mismo que está pasando en México. O sea, lo que se está perdiendo es el sentido primero y último de la política. En Grecia—volvemos a Grecia y a las etimologías—, le decían *idiota* al que no se preocupaba por los asuntos de interés común de su comunidad. El *idiōtēs* era aquel que no se interesaba por el destino de la *polis*. Y otra cosa: para Platón, la justicia es que cada quien haga lo que le corresponde, y lo que le corresponde es lo que le corresponde *respecto de su comunidad*, no respecto sólo de sí mismo. Aquí no hay la cuestión de “Yo me salvo, y háganle como puedan”. No nos equivoquemos: nadie se salva si el otro no se salva, nadie se salva si los otros no se salvan. Eso es lo que se ha perdido. Cada quien jala agua para su propio molino, para su propia ideología, para su propio beneficio, para sus propios recursos, dineros, intereses: ¡egoísmo! Así, no nos vamos a salvar, nadie se va a salvar. No se quiere entender que la suerte del otro es la suerte de uno mismo.

Entonces, yo creo que el mundo se está acercando a un punto, si no es que ya estamos, en donde nos hemos aprovechado del planeta y estamos provocando el riesgo de la sobrevivencia no sólo de la humanidad sino también de las demás especies, del planeta mismo. Si hay una próxima bomba atómica, chao. Si seguimos con la emisión de contaminantes, chao. Si seguimos provocando el horror de la escasez de agua y la contaminación de los mares, chao. La próxima guerra va a ser por el

agua. No nos equivoquemos: si no hay aire y si no hay agua, el planeta no va a sobrevivir. El problema de los políticos es que no se están interesando más que por las decisiones del momento; y muchos de ellos, ni eso. Hemos perdido la idea de la duración del tiempo y de la responsabilidad del futuro, aquí y allá y allá y allá. O sea, tenemos que volver a entender la idea de que el tiempo es duración, que no sólo es aquí y ahora, sino que también tenemos que gobernar para el futuro.

¿Y hay esperanza?

Spinoziana como soy, ojalá que no. Te voy a decir por qué: porque si uno se aferra a la esperanza...

...se aferra al miedo...

...se aferra al miedo, sí, y se aferra a la irresponsabilidad, al ya pasará en el futuro, al ya lo harán otros. No no no, no hay esperanza, tenemos que actuar hoy, no mañana. “Esperemos que todo esto se solucione después”: no, no y no, sino: “Qué hay que hacer hoy para que esto se solucione”. Hoy, vamos a hacerlo *hoy*.

Tú le has apostado a la educación verdaderamente humanista justo en un momento como el actual, en que se habla de la inteligencia artificial y cuando incluso en las grandes universidades estadounidenses—bueno, y en otros países—se vetan libros clásicos para no ofender susceptibilidades. Mi pregunta es doble: ¿cuál crees que es el futuro de la educación en México?, ¿por qué seguir apostando por una educación humanista?

Hay que partir de qué entendemos por *humanismo*. El humanismo tiene que pensarse como la certeza, la convicción de que el ser humano tiene que ser el sentido primero y último de todo lo que hacemos todos los seres humanos, lo cual no quiere decir que vaya en perjuicio o menoscabo de las demás formas de vida. Entonces, la educación no debe estar peleada con la inteligencia artificial, sino tiene que ser una extensión de la inteligencia humana. Como el teléfono o la rueda, o lo que tú

quieras, que es una herramienta para potenciar nuestras capacidades. Pero quien pregunta, quien interroga a la inteligencia artificial somos nosotros, y esto hay que tenerlo muy claro.

Entonces, la inteligencia artificial tiene que ser una herramienta exponencial de lo que el ser humano es para facilitar las cosas, para ahorrar tiempo, para encontrar respuestas más rápidas, para pensar dinámicas distintas dentro de la realidad, para dar respuestas..., respuestas que también tienen que ser críticas, porque ¿quién alimenta la información que alimenta la inteligencia artificial?, ¡nosotros! Cuando pensamos: “A ver, ¿quién hace Wikipedia?”. Nosotros. Pero nosotros estamos cargando las respuestas de la inteligencia artificial según nuestros propios intereses, así que nosotros estamos siendo un producto también de esas grandes empresas que la crearon y que la están produciendo, o sea, las estamos alimentando todo el tiempo. A ver, las preguntas que tú haces empiezan a generar un algoritmo que hace que esas plataformas te conozcan más a ti que tú a ti misma. ¿Por qué? Porque dice: “Ah, es que Mora se interesó por la poesía, Mora está interesada en la relación de Spinoza con sor Juana, Mora está interesada en los zapatitos de ballet”, ¿no? Entonces, van conforman-

do un perfil que se retroalimenta, de modo que la información que te acerca está referida a esos gustos, a esos intereses, e incluso a esas búsquedas que tienes que hacer por otras razones que no son las de tu interés pero que así es como las interpreta el algoritmo, diseñado justamente con ese sesgo. El resultado es que te van arrinconando a una forma de ser, a una perspectiva restringida y predeterminada, o sea, ya no te plantean la mirada abierta al mundo, sino te la van cerrando, y cerrando, y cerrando, hasta encasillarte. Y te ponen: “Ah, yo creo que te podría interesar en la red que tengas Facebook, TikTok, LinkedIn”, “Te puede interesar el perfil de estas y estas y estas personas”. En fin.

Además, hacen pensar menos...

Eso es educación: pensar. Lo que nos queda es enseñar a preguntar, justamente lo que está en la filosofía institucional del Claustro. Toda universidad es o tendría que ser el espacio de la interrogación, pero no la interrogación del tipo “¿Cómo hago para que funcione?”. Hay distintas clases de preguntas. Las preguntas funcionales de la realidad empiezan con cómo y por qué, por ejemplo, “¿Por qué funciona esto así?”. En el momento en que tú preguntas



“¿Para qué?”, cuando ahí en tu ser preguntas con ese *para qué* que tiene que darle sentido a aquello por lo que tú preguntas, vamos avanzando en el camino de pensar. Si tú te preguntas: “¿Por qué el cerebro tiene tantos millones de neuronas?”, “¿Cómo funciona la memoria?”, bien, puedes encontrar respuestas más o menos concretas dependiendo del grado de conocimiento que se haya alcanzado en un momento dado sobre el cerebro y sus funciones. Pero si tú preguntas: “¿Para qué?”, ahí te obligas, forzosamente, a incidir con lo que tú eres en la realidad. Entonces, la educación tiene que convertirse en un ejercicio permanente de interrogación.

Volvamos a Ícaro. Ícaro es el preguntón. Ícaro es el que no termina de preguntar, de interrogar. Ícaro es el que sigue—hacia arriba, hacia abajo, al lado, en cualquier dirección—, y llega, y quiere más, y sigue, y llega, y quiere más, y más, y más. Acuérdate de Nicolás de Cusa, que decía: “No hay centro, ¿cuál es el centro?, ¿cuál es el centro de una esfera?, ¿en qué parte de una esfera está el centro?”. Una esfera, además, que se va agrandando, se va agrandando...

Entonces, ¿hacia dónde debe tender la educación? Yo creo que hacia varias vertientes. Veamos dos.

Una: *forzar* a los niños, a las niñas, a las jóvenes, a los jóvenes, *a interrogar*. “¿Cómo tengo que preguntar para que la IA me dote de respuestas mucho más amplias de las que yo puedo obtener por otros medios porque mi tiempo es limitado, para entender más cosas?”, por ejemplo. Luego, el reconocimiento de distintos tipos de preguntas. Por ejemplo, “¿Cómo funciona el teléfono? ¿Y la computadora? ¿Y la calculadora?”. O, si pinto: “¿Cómo se mezclan los colores?”; y luego viene, fíjate: “¿Para qué quieres pintar?”. Entonces, forzarlos, forzar la conciencia. Y toda universidad tiene que ser el espacio donde tú obligas a tu conciencia a preguntar.

Dos: la idea de que el otro o la otra, que los otros son constitutivos de lo que somos, que *todos somos responsables*. Alguien contaba, hace ya varios años, que en Japón había una escuela, desde kínder hasta preparatoria, en donde se impartían cuatro materias: matemáticas y pensamiento lógico, idiomas, lectura y comprensión de lectura y cultura

relacionada con civismo..., bueno, no es civismo sino vínculos, cultura general en el sentido de “Tú entiendes que mi forma de ser es diferente de lo que dice la historia de la forma de ser de un japonés o de un árabe o de un africano”...

Civismo en el sentido de tolerancia.

Exacto. Entonces: pensamiento lógico para saber preguntar; idiomas para entender culturas, porque la puerta hacia el otro es la palabra...

¿Te vas a volver a enamorar, rectora?

¡Qué giro tan drástico has dado, Mora! [risas]

Yo vivo enamorada. Yo soy una mujer que... A ver, te lo voy a decir así: yo relaciono el amor con el asombro. A mí todo lo bueno me asombra, me asombran los colores, me asombra lo que pasa afuera, me asombra que esté lloviendo en la mañana. Soy una mujer que ama la vida y para mí el amor tiene múltiples dimensiones. Entonces, el amor a una pareja creo que ya no, pero el amor por mis nietos, por mis hijos, por mis amigos, por lo que hago, por la pintura, por la literatura, por la lectura... Vivo enamorada, porque para mí el amor está vinculado al asombro, a esa interjección que de pronto me quita el aliento, ese ¡woow! al ver el cuadro, al ver la lluvia, al ver el atardecer, al ver el gatito. Y entonces, para mí, el amor es la vida...

Sí, Mora, yo vivo enamorada, vivo asombrada, ¡y vivo agradecida! Eso me hace ser una mujer muy feliz.

¿Te da miedo morir?

Me da miedo el momento, o sea, me da miedo el sufrimiento en ese momento. Quisiera no sufrir demasiado. Y me gustaría ser consciente del momento en que esté muriendo.

¿Por qué?

Pues como dijo Goethe al morir, según cuenta la leyenda: “¡Luz!, ¡más luz!”, o sea, en el sentido de lo

que escribió Yourcenar en *Memorias de Adriano*: “entrar en la muerte con los ojos abiertos”...

¿No te gustaría quedarte dormida y amanecer muerta, por ejemplo?, esa muerte tan tranquila que...

Sí, cómo no, estaría muy padre...

Es la muerte que soñamos muchos...

Claro. Estaría muy padre... Mira, no sé, a lo mejor preferiría que cuando esté ahí pueda decir: “Chin, se me acabaron las canicas”, “Chin, se acabó el veinte”, ya sabes, cuando se te acaba el juego... Nosotros jugábamos canicas de niños; en las partidas te van quitando las canicas si vas perdiendo, y cuando te dan el chiras pelas si ya te queda la última canica... Ese instante de la última canica, ay... Pero es el último momento en que puedes hacer un recuento y decir: “Valió la pena... El dolor, sí, todo sí, pero valió la pena”. Y como soy una atea irredenta, decir: “Esto es lo que hay, y esto es lo que agradezco. Podría no haber estado aquí, pero me tocó estar, y qué maravilla, para qué quiero más”.

Podrías no haber sido tan feliz, ¿no?

Es posible, pero creo que ha sido por mi conducta respecto a todo lo que me ha pasado en la vida; creo que es una cuestión de educación, de genética, de personalidad, en fin, de todas las condiciones que me han hecho ser quien soy. De haber tenido una vida más difícil, no sé si diría esto que digo, pero lo cierto es que estamos aquí, tú estás aquí, yo estoy aquí, estamos los que estamos aquí, y eso es ya un privilegio y una responsabilidad...

¿Te da miedo la soledad?

El abandono; la soledad, no. La soledad la disfruto. La soledad en cuanto que tienes diálogo, o monólogo contigo mismo; diálogo porque incluso en la soledad estás todo el tiempo dialogando con lo demás, con tus libros, con la vida de los otros, con lo que te dijeron. El abandono, en cambio, es estar o quedar fuera del mundo.

¿Y hay alguna cosa que no hayas hecho y que te hubiera gustado hacer pero que ya no vayas a hacer o que sí vayas a hacer? ¿Volar en paracaídas...?

Eso, me encantaría echarme en un paracaídas, pero le tengo tal aprensión al vacío que nunca me he atrevido, ¡ni me atreveré! [risas]

Aplica la de Ícaro.

¡Exacto! [risas] Fíjate que hace algunos años vi el reportaje de una mujer de ochenta y cinco años que dijo: “Ya, si me voy a matar, valdrá la pena tener la experiencia”, ¡y se tiró en un paracaídas! [risas]

Si tuvieras que enumerar tus cualidades y tus defectos, ¿podrías?

Uf... A ver, defectos... Hay muchas cosas, por ejemplo, esta imposibilidad que a veces tengo para terminar de leer a las demás personas y soy de pronto muy impulsiva con ellas, y mira que ya me he mesurado... De pronto puedo ser un volcán en erupción, pero pronto pasa, y ya. Porque la pasión finalmente tiene sus aristas. Ya desde la etimología de la palabra, la pasión vuelve pasiva a la persona ante lo que siente.

¿La pasión te vuelve pasiva ante lo que sientes?

Claro, ¡a ti no? Yo creo que a todos, no sé. A ver, *pasión* viene del sustantivo latino *passio*, y éste, del verbo *patio*: padecer, sufrir, tomado a su vez del sustantivo griego *páthos*: estado de ánimo, emoción. ¿Ves la secuencia? Luego, la pasión es opuesto o contrario a la acción, o sea, es un estado de inacción, pasivo: te sometes a lo que sientes. Pero he aprendido a atemperar eso [risas].

A veces soy demasiado interrogona. A veces soy controladora, quiero mantener todo y a todos así y así y así. Por ejemplo, a mis hijos de pronto quiero controlarlos... Lo que me pasa es que cuando siento que ante ciertas cosas no puedo hacer todo lo que yo quiero o no se hacen de la manera en que

yo quiero, tiendo a querer hacerme cargo de todo y controlar la realidad, e incluso a querer que los demás hagan las cosas como y cuando yo creo que deben hacerse... Pero entonces arreglo cajones [risas], pongo en orden mi espacio personal, y ya, me calmo. Se trata tal vez de esa sensación de que a través del control puedes hacer todo o algo, y creértela. El ejercicio de dejar ir rectoría, por ejemplo, fue un examen de conciencia de casi dos años, de preguntarme: “A ver, ¿qué diste?, ¿cómo lo diste?, ¿qué quieres contener todavía?”. Entonces, a partir de ahí, dejar ir, dejar ir, dejar ir... De pronto, ya, que se vaya, que se vaya, que se vaya, ya se fue.

Es que aquí fue dejar ir tu vida, en cierta forma, porque todos sabemos que sí, la familia es lo más importante en tu vida, etcétera, pero realmente tú te dedicaste en cuerpo y alma a levantar el Claustro.

Para dejar ir tiene que ser uno muy autocrítico. Te voy a contar cuándo decidí irme, y eso tiene que ver con momentos de epifanía, el primero de ellos, de hace muchos, muchos años.

Cuando mis hijos eran chiquitos y estábamos viviendo en París, a mí me entró una depresión de campeonato: que porque mi país, que porque las críticas, que porque ya nunca más íbamos a poder volver a México... Ya sabes, el miedo, la política, el qué dirán... Me acuerdo perfecto de que un medio día en que estaba yo en mi cuarto y veía jugar a mis hijos, tuve de pronto una sensación de indiferencia, ¡y me aterró! Ahí fue que me dije: “Tengo que buscar ayuda”. Pero también, de pronto, para mí, una persona que creía que todo se podía decir, ese “necesito buscar ayuda” fue un terremoto en mi conciencia... Y sí, busqué ayuda.

Algo semejante me pasó después de la pandemia de covid. Fue verdaderamente devastador —tú lo sabes—, tanta cosa, saber que hubo gente cercana que murió, que tantos y tantos y tantos fueron afectados. Yo creo que esa pandemia nos cimbró a todos, o a casi todos... Entonces, cuando termina el confinamiento obligatorio, cuando la pandemia ya estaba más o menos contenida y podíamos ya salir a nuestros lugares de estudio o de trabajo, una



mañana me digo: “Hay que ir al Claustro...”, y me pesó, Mora, ¡no tenía ganas de venir! Cuando para mí venir aquí era asombro, era gozo, era entusiasmo, se me quitaron de pronto las ganas de hacerlo. Claro, estaba cargada de la lejanía por la soledad impuesta, de los miedos, de las muertes de gente querida, etcétera, pero ese día fue como un foco rojo que se me prendió y empecé a preguntarme: “¿Por qué, y por qué, y por qué? ¿Qué es lo que te está pasando? ¿Ya te cansaste? A ver, vete al espejo, mírate a los ojitos, y pregúntate si de verdad ya te cansaste”. No sabes... Y a partir de ahí empecé un ejercicio, no cotidiano, pero sí de constante deconstrucción de mí en el Claustro. Fue hacer un análisis objetivo: “Bueno, ya hiciste esto y esto y esto, lo hiciste así y así y así, y todavía hiciste esto otro, y otro más, ¡ya cumpliste!, ¿qué más quieres?”. En otro momento, ante mi propia resistencia, volví a la carga: “A ver, mi reina, estás a punto de llegar al séptimo piso, cada vez más cerca de los ochenta. Seamos honestas y reconoce que no tienes ya la fuerza que tenías aunque sigas siendo una mujer vigorosa”. En fin, aunque sigo interesada por las co-



sas, de eso no hay duda, reconozco que ya no tengo la fuerza ni el ímpetu que tenía a mis cuarenta, a mis cincuenta, incluso a mis sesenta años.

Y luego, no terminaba para mí el aprendizaje de irse a tiempo. Un día, un amigo me dice: “¡Cómo que te vas!, ¿pero por qué te vas?”. Y yo: “Porque es el último jalón de mi vida, porque siento que ya di lo mejor que pude dar. Podría seguir dando, pero ya estaría yo forzando la máquina, y no quiero forzar la máquina”. Entonces me dijo: “Tienes razón, hay que saber irse cuando quieren que te quedes”... Y esa frase, Mora, con la manera en que me la dijo mi amigo, fue otra epifanía, el campanazo que me puso a pensar en cuál sería el tiempo, el momento de dejar ir.

Pero todavía me llegó otra epifanía, y fue en la reunión de rectoras en septiembre de 2023. Ya habíamos trabajado lo programado y tal, cuando Silvia Giorguli Saucedo—la presidenta de El Colegio de México—preguntó: “¿Y dónde hacemos la próxima actividad?”. Dooooiiiing, el campanazo, y me dije: “En el Claustro, y que ésta sea mi última actividad”. Lo propuse, y las rectoras aceptaron. Así

que desde ese momento me concentré en ir construyendo, durante todo el año por transcurrir, la estructura para adecuarme internamente.

No fue una decisión fácil, porque, a ver, uno se siente, yo me sentía indispensable. No dejaba de preguntarme todavía, quizá no sin cierto sentimiento como de orgullo malherido o algo así: “¿Cómo va a vivir el Claustro sin *moi*, si de verdad he hecho más que bien mi tarea?!”. Pero ya había yo hecho un ejercicio de deconstrucción, un análisis objetivo, un examen de conciencia, ya se me habían revelado esas epifanías, así que logré reunir valor, afianzarme a mí misma en mi decisión. Esa vocecilla interna se me dejó oír: “No solamente va a sobrevivir sin ti, sino que va a crecer, va a mejorar. Si de verdad diste lo mejor de ti, si hiciste lo que estuvo en tus manos, si hiciste bien tu tarea, puedes irte satisfecha, tranquilamente, y todo va a estar bien”... Es como con los hijos: aprender a dejarlos ir cuando les llega su momento de hacer su vida por sí mismos.

Así que Teresa García Gasca—¡otra ex rectora!, ella de la Universidad Autónoma de Querétaro—sacó su agendita, y dijo: “Si el año pasado fue 8 y 9 de septiembre, el año que entra podría ser 12 y 13 de septiembre”. Me dije: “Ya, el viernes 13 de septiembre de 2024 es mi viernes último de actividad como rectora oficial del Claustro”.

Un año entero fue de prepararme mental, psicológica y emocionalmente para soltar soltar soltar, ceder, y ya. Los primeros días fueron difícilitos, claro, porque de pronto decía: “¿Dónde estoy?”... Ah, y te voy a contar otra cosa que me ayudó a tomar la decisión: ser consciente de que era como cumplir un doble compromiso; saber, confirmar que tenía a alguien a quien formé para heredar, para tomar, para decidir respecto a mi trabajo de toda la vida. Eso, Mora, eso me dio enorme tranquilidad, porque da tranquilidad saber que quien quede en el lugar de uno no sólo va a continuar el trabajo sino que también lo va a mejorar.

Pero además hiciste el trabajo no sólo con Rafael, sino también con todos nosotros, ¿o no? Cómo empezó Guille, cómo empezó Braulio... Crecimos juntos, pero en el Claustro tú nos guiaste. Entonces,

no sólo es Rafael, sino también este equipo que aquí está.

Lo cual agradezco. Y me impresiona, Mora, porque los primeros días fueron de verdad no sólo de desconcierto sino además de un gran asombro... Me impresiona que Rafael, ya desde el primer día en que se sentó en la Rectoría, con una seguridad en sí mismo y una serenidad tan natural dijo esto, hizo esto, así aquello, así lo otro, punto. Al terminar esa primera semana, le escribí: “¿Sabes qué?, estoy muy contenta, estoy muy contenta porque me estoy dando cuenta de que no me equivoqué, de que tienes la camiseta puesta, el corazón puesto, el coco, la voluntad, todo puesto para continuar; porque ante estos riesgos, los retos que te han puesto en una semana, has sabido reaccionar”...

Sí, Mora, ya está hecho. Quiero pintar, quiero leer. Quiero sacar adelante tres proyectitos, voy a insistir en varias cosas que dejé de hacer o que dejé a medias. Por ejemplo, el Museo Nacional de la Indumentaria, quiero sacar ese proyecto. Y el proyecto de alfabetización a través del servicio social que, a través de la ANUIES, voy a proponer para que los rectores adscritos lo tomen justamente como una propuesta de la Asociación, pues el Claustro

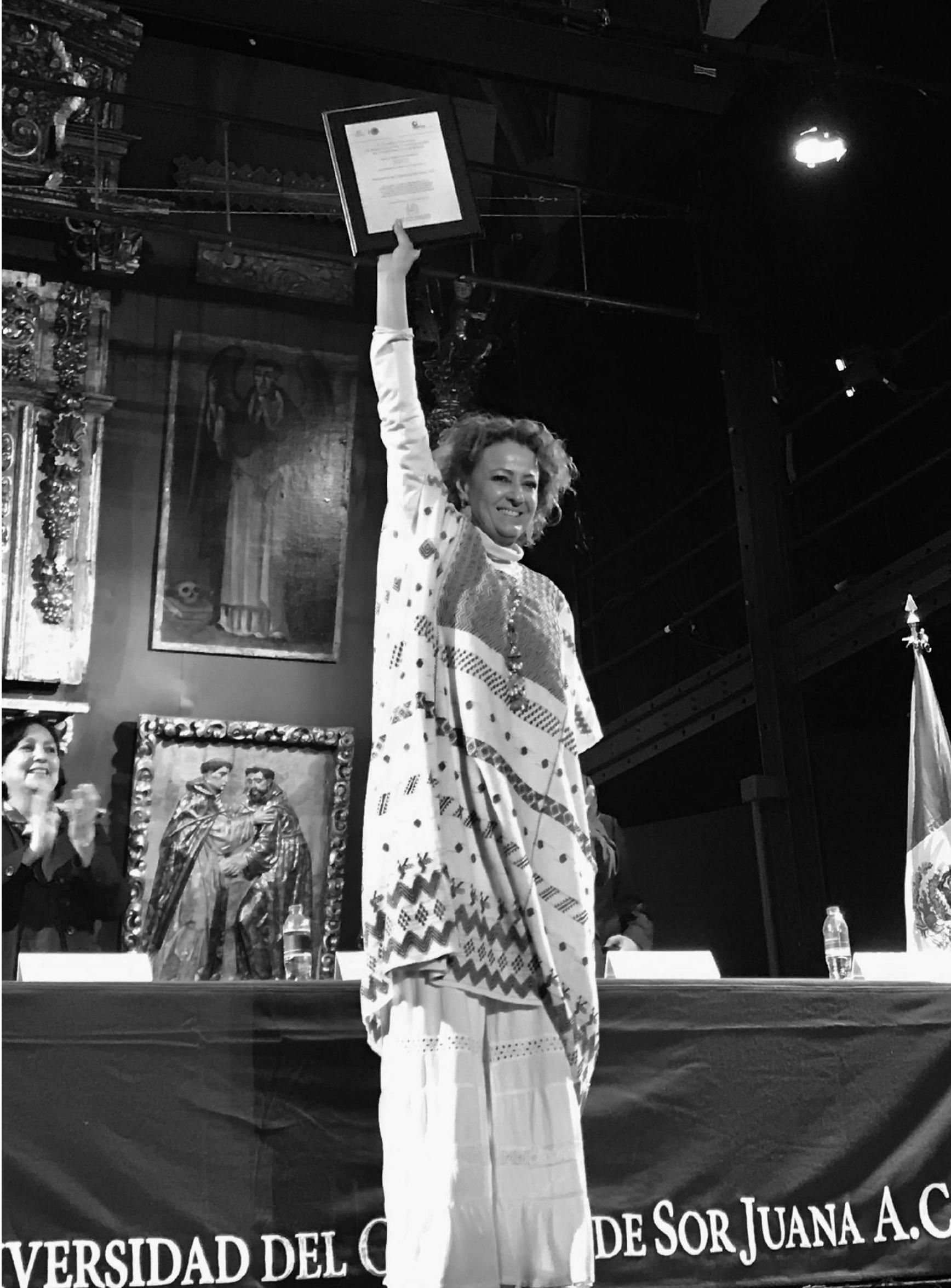
solo no puede. Y seguir con la Fundación Rafael Tovar y de Teresa, para lograr que el arte y la cultura tengan cabida en la educación de los niños, porque si no es desde ahí, con los niños, no tiene caso... Tenemos que educar a los niños en el arte, en la cultura, en la mirada, en la sensibilidad, en el trabajo en equipo, en el gozo del trabajo en equipo.

Y luego, claro, además de que quiero estar con mis nietos y viajar con ellos, quiero ir a ver a mi hermana Paulina sin sentir culpa. Fíjate, el verano me fui con ella porque cumplió sus sesenta y cinco, y bueno, festejamos por adelantado mis setenta. Nos fuimos de viaje por tres semanas, me estaba tomando una semana más, pero no sabes el sentimiento de culpa que empecé a sentir... No no no, a ver, *el deber ser*... Ya estoy cansada, Mora, ya me quiero divertir más y tranquilamente.

Te vas feliz, rectora...

¡Me voy feliz, me voy muy feliz! Y tengo que volver a decirlo: estoy agradecida y estoy tranquila. Te digo, esa semana primera fue como la prueba de fuego, fue como el remojón. Así como ya se están desarrollando las cosas, me siento felizmente tranquila. ●





UNIVERSIDAD DEL C... DE SOR JUANA A.C.



Del amor incondicional y del sentido de pertenencia

RAFAEL TOVAR Y LÓPEZ-PORTILLO

Hablar de mi madre es hablar de todo lo que me importa. Es hablar de la historia de mi familia y de la mía propia; es hablar de la manera en que fui criado y educado, y de cómo ella influyó en mí para que pudiera encontrar mi vocación y contribuir a mi felicidad. Para mí, mi madre es pasado, presente y futuro; es uno de los pilares fundamentales de mi existencia, es el sentido de permanencia y de pertenencia; es la consejera que siempre querrá mi bien, y también es el amor incondicional.

Recuerdo a mi madre, siendo yo niño, contándome historias de sus padres y de sus abuelos, y también de otros antepasados, personajes muertos hacía ya siglos pero que en el imaginario de un pequeño de cuatro o cinco años era tiempo disuelto, tiempo que no tenía cabida ni comprensión. Me contaba de Alonso, el primer López Portillo que llegó a México en la primera mitad del siglo XVI y que fue uno de los conquistadores de la Nueva Vizcaya. Me contaba de Silvestre, del mismo apellido, que tenía minas en San Luis Potosí y organizaba una vez al año una fiesta enorme para todo el pueblo de Real de Catorce. Me platicaba de la Hacienda La Rojeña y de cómo ahí, según la leyenda familiar, se inventó la Margarita, el famoso coctel al que se le puso ese nombre en honor de mi quinta abuela. También me contaba de cómo la familia perdió

la hacienda y de la enseñanza que nos ha acompañado desde entonces: el cuidado que debemos tener para proteger a los nuestros. Constantemente me hablaba de su tatarabuelo Jesús, que además de abogado y gobernador de Jalisco fue prefecto imperial durante el breve gobierno de Maximiliano. Recuerdo que me hablaba de su bisabuelo José y de su incursión en la política como gobernador de Jalisco, como su padre, pero que, sobre todo, era escritor. Fue mi madre quien puso en mis manos las obras de José López-Portillo y Rojas, y también las de su abuelo, José López-Portillo y Weber, quien escribió sobre la conquista de México y acompañó al presidente Madero durante la Marcha de la Lealtad. Las obras de ambos han estado presentes a lo largo de mi vida. Así, con las historias de vida que mi madre me fue contando sobre nuestros viejos, se iban abriendo puertas a otros intereses, a otros episodios, a otros tiempos y a otros personajes. Me fui interesando entonces por la historia de México. Pero ella también alimentaba mis intereses sobre la historia de Francia, país donde vivimos hasta mis casi siete años. Allá, me llevaba al Louvre a ver las coronas de Luis XV y Carlomagno; y a Los Inválidos, a ver la tumba de Napoleón, y a Fontainebleau, a ver su espada.

Pero así como mi mamá promovía con su ejemplo y de palabra que tuviéramos mi hermana y yo interés en los libros, en la historia y en las artes, también nos contaba de cómo era ella de niña, de las cosas que le gustaba hacer, de los juegos con sus hermanos, de las travesuras que hacía y hasta de los castigos que le ponían en el Colegio Alemán cuando la cachaban. Nos contaba de la casa de la colonia Del Valle, en la calle de Luz Saviñón, y de la del Pedregal, en la calle de Colegio, en la que mi abuelo quiso poner un enorme Quetzalcóatl en la barda, que puso y que hoy todavía existe. ¡Cómo nos hacía reír a Leonora y a mí cuando nos platicaba de que con un juego de magia una vez convirtió lodo en chocolate!, postre que sus compañeritos se llevaron a la boca para comerlo e inmediatamente escupieron. Y nos tenía a las carcajadas cuando nos contaba que una vez, teniendo cinco o seis años, le sacó el aire de un puñetazo a un compañerito del *kindergarten* que le jalaba las trenzas.

Algo que nos contaba lo tengo presente de manera especial: que cuando mi abuelo se convirtió en presidente de México, mi abuela les dijo a mi mamá y a sus hermanos: “A partir de hoy, todos les dirán que son los más inteligentes, los más simpáticos y los más guapos. No lo crean por ningún motivo”.

Y todas esas historias y anécdotas las vuelvo a escuchar ahora que tengo casi cuarenta y cinco años y que mi madre, ya empezando sus setenta, les cuenta a mis sobrinos de doce y diez años. Y todos seguimos disfrutándolas, y aún me sacan una sonrisa, y hasta una gran carcajada algunas; y otras continúan formándome, con las distintas lecturas que da la edad. Todas y cada una, estoy seguro, las cuenta porque tienen una lección, una moraleja: no se dejen de nadie, defiéndanse, desconfíen de los hipócritas y de la zalamería; crean en la magia, en la imaginación; la risa sincera es lo único que salva la dignidad humana... y tantísimas otras enseñanzas de vida que ella nos da día con día.

La recuerdo también correteándonos a mi hermana y a mí, pequeños, para “tlaquearnos” y darnos besos, o para jugar al avioncito, que consistía en ella echarse en el piso, subírnos nosotros en sus pies, y balancearnos hasta que ya no podíamos más del mareo. Y nos inventaba unas búsquedas del tesoro maravillosas, dándonos ingeniosas pistas que nos tenían todo el día entretenidos, riéndonos y pensando en cómo resolver esas pistas. Nos llevaba a los jardines de Luxemburgo a caminar, y al bosque de Boloña a andar en bicicleta; y si nos portábamos bien, nos llevaba a una heladería junto a un parque, ¡lo he olvidado ahorita, pero luego he de acordarme del nombre!, un lindo parque que Leonora y yo bautizamos como “El Parque de los Helados” y en donde, de manera invariable, ella pedía de chocolate y yo de mango, porque el mango me recordaba a México y a las comidas en casa de mi bisabuela Refugio. Una vez, con una paciencia que sólo una madre puede tener, me esperaba mientras en una zapatería, de compras, le iba yo diciendo qué zapatos eran para cada persona de nuestra familia y las razones. Así, los zapatos negros formales eran para mi abuelo José; los

morados, para mi abuela Carmen; los azules, para mi abuela Isabel; los de borlas, para mi papá. Para mí, escogí unos zapatos horribles de charol negro, “porque así los usa mi abuelo”. Sobra decir que mi abuelo jamás usó unos zapatos como aquéllos, sino que los prefería de estilo elegante y los traía siempre impecablemente boleados.

Ya de regreso en México en 1987, mi madre quiso dar clases en el Tomás Moro, el colegio en el que nos inscribieron a Leonora y a mí, como una forma de involucrarse con la comunidad escolar y de saber de primera mano en qué tipo de institución nos estaban educando. La preocupación de mi mamá por nuestro bienestar la llevó incluso a ser vocal de mi grupo y del de mi hermana.

Cuando en 1991 mi madre comenzó a trabajar en el Claustro, lejos de convertirse en algo que como hijo me afectara, yo le preguntaba con interés y curiosidad lo que hacía “en el convento”, pues la veía feliz. Feliz la vi, de hecho, durante los treinta y tres años que lideró la institución. Y con esa sonrisa, con esa mirada de asombro, con esa felicidad la veo cada vez que regresa al Claustro. Estoy seguro de que a esa felicidad se suma la enorme satisfacción consigo misma por haber cumplido su vocación, por haber cumplido con la institución y por haber cumplido con cada una de las personas que han formado parte desde sus inicios y de quienes hoy formamos parte de este maravilloso, increíble espacio que fue hogar de sor Juana.

Fue preguntándole sobre el Claustro que mi madre, por cierto, comenzó a contarme de sor Juana Inés de la Cruz y de su relevancia en la historia y en la literatura. Me fue hablando también del rescate del inmueble y de la fundación de la Universidad. Así que desde mis once años comencé a enamorarme de sor Juana y su obra y de este lugar que llegó a ser lo que es gracias a mi madre y en donde, cuando ya tuve edad para hacerlo, durante más de una década trabajamos juntos. A lo largo de estos años pudimos reforzar aún más nuestro vínculo. Viajamos mucho, hablamos aún más y fuimos afinando proyectos que llegaron a buen puerto. En el proceso, también puedo decir, construimos una relación de complicidad, de respeto y de confianza absoluta.



Como dije al inicio de estas páginas, mi madre me significa todo lo que me importa, que son tantas cosas, siendo el amor incondicional la primera de ellas. Mi madre me ha acompañado siempre a lo largo del camino. Estuvo a mi lado en cada una de mis graduaciones—desde el kínder hasta el doctorado—y me ha acompañado en mis cumpleaños, en las navidades y en los días felices, pero también estuvo conmigo cuando cerré los ojos de mi papá y nos acompañamos cuando murieron mis abuelos y tantas otras personas que quisimos. Hemos estado juntos, como familia, en las buenas y en las malas, y me ha dado consejos cada vez que se los pido, que es muy seguido.

Ahora que mi madre cumple setenta años, sólo puedo dar las gracias. Dar las gracias por tenerla a ella como madre, como consejera, como amiga y como confidente. Pero, sobre todo, darle gracias a ella porque a lo largo de mi vida ha sido piso, columna y techo, dándome siempre estabilidad, apoyo y contención. Y siempre: amor incondicional. ●

En San Jerónimo, a 7 de abril de 2025



Semblanza de una lectora amorosa*

LEONORA TOVAR Y LÓPEZ-PORTILLO

“Ojalá me quieras más si me entiendes más”. Ésta es la dedicatoria que mi abuelo le escribió a mi mamá en *Don Q* (el libro que escribió dirigiéndose a sí mismo cuando era joven), y que encontré en una carta que mi mamá había escrito para su papá cuando estaba haciendo el libro *Memoria y voluntad*. Esa carta estaba, por alguna razón que supera mi lógica, dentro de una compilación de poemas que mi mamá hizo hace un par de años y que llamó *Hiraeth*. En un momento regresaremos a esa carta, pues gracias a ella todo lo que había estado intentando descubrir de mi mamá fue tomando sentido.

¿Por qué digo esto? Porque por horas estuvimos platicando sobre libros, lo que significan para ella, cómo han marcado su vida, y por las infinitas preguntas que le hice para estructurar un texto, éste (aunque semblanza fue lo que se me pidió), que estuviera a su altura, la de esa persona a quien yo más admiro. Ella se ha dedicado, como muchas veces la he escuchado decir, “a ser una buena huésped”, es decir, a hacer de este mundo un mejor lugar que el que encontró.

Hoy me corresponde hacer una semblanza, entonces, pero un bosquejo de su rostro que transmita en mayor medida su personalidad nacida de la relación con los libros y no propiamente su quehacer.

Nos reunimos para ello, y hablamos sobre muchas cosas, le hice varias preguntas, pero ya es costumbre para mí que en cada plática con ella confirme que no sé nada y termino con más preguntas que respuestas.

Resulta difícil nombrar todos los libros que le han dado un significado especial a su vida si hablamos de una persona tan apasionada de la lectura como lo es ella. El tiempo y las circunstancias de cada uno nos llevan a ese momento de nuestras vidas en que leemos un libro y nos permiten darle aquel análisis en el que nos reconocemos.

He pensado que hay tantas interpretaciones de un libro como hay lectores. Una vez que el autor escribe el último renglón de un libro, éste se convierte en propiedad del lector, en un espejo de su propia vida que le permite encontrar sentido, incluso a veces sin buscarlo. Cada lectura termina formando parte de nosotros mismos de manera irrevocable.

“Dime con quién andas y te diré quién eres” es un dicho tan conocido que también aplica a los libros, algo así como dime qué lees y te diré quién eres. Estamos hechos de palabras, de párrafos, de páginas, de personajes con los que

nos encariñamos y que extrañamos al terminar el libro donde habitan. Incluso el concepto más básico del amor salió de la mente de un autor que supo plasmar en palabras aquello que sentimos y que, sin embargo, no sabíamos formular.

Yo sé que para mi mamá su personaje favorito de *El principito* es el zorro, porque de niña, al igual que el libro *Corazón* de Edmondo de Amicis, le ayudó a descubrir el concepto de amistad y de incondicionalidad que hoy es una de las características que como madre y abuela la definen. A veces pienso que Antígona es una de sus inspiraciones.

Desde luego, ella se reconoce en muchos de los poemas de sor Juana, y junto con los *Diálogos* de Platón, son ejes que cimientan su vida, como la coherencia, la curiosidad, el honor, la sinceridad y la certeza de que todo conocimiento puede ser transmitido y que lo “correcto” no necesariamente es aquello que está normalizado por la mayoría. Esa responsabilidad también la aprendió del emperador Adriano en la novela de Marguerite Yourcenar.

Justamente por eso, y por experiencia propia, sé que mi madre es tan valiente como D’Artagnan y que se enfrentaría a un dragón, pero lo convertiría en su amigo.

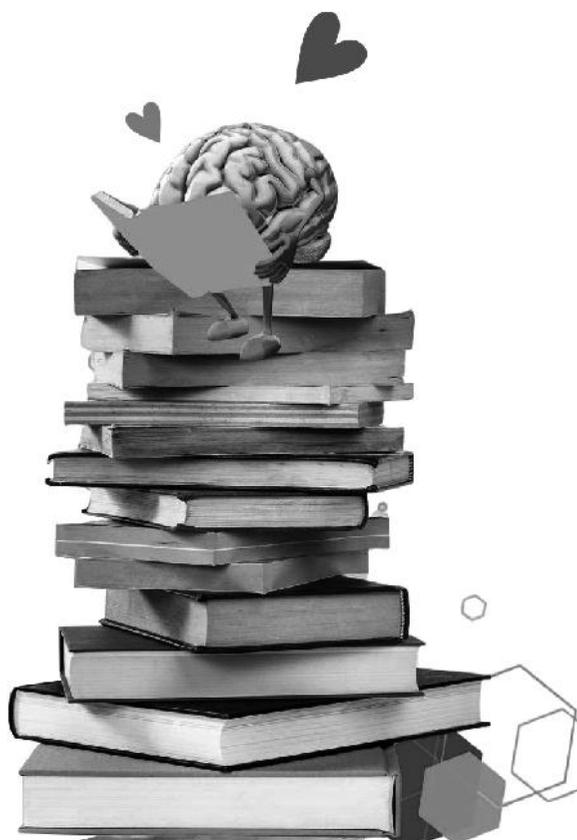
María Zambrano le enseñó el amor por la palabra y el recuerdo de su padre. Leyendo a Shakespeare, aprendió la importancia de la conducta y las consecuencias de las propias decisiones. Los libros han marcado tanto su vida, que a través de ellos inició relaciones que la han enriquecido. Su amistad con Octavio Paz, por ejemplo, inició a partir de que en su primera plática descubrieron que estaban leyendo el mismo libro.

Sé del amor que mi mamá le tiene a la palabra, a los libros. Lo primero que ella ve al despertarse son los sonetos a una rosa que le regaló Fernando del Paso en París hace cuarenta años y que conserva en su librero-buró.

Durante nuestras pláticas para integrar esta semblanza, me platicó que Eduardo Nicol inspiró la filosofía institucional del Claustro, sobre todo su idea de que el otro es constitutivo de lo que somos. Cuando le pregunté que si ella fuera un libro cuál

sería, me contestó que preferiría ser un cuaderno de hojas en blanco, pues piensa que somos siendo, que no somos algo definitivo ni estático. Por eso, finalmente concluyó que preferiría ser un caleidoscopio, que va transformándose y adaptándose a cualquier circunstancia, que cambia según el movimiento y la luz, y que está hecho de pedacitos de su vida, de sus queres, de su vocación y de tantas otras cosas que sigue siendo ella a partir de su interminable curiosidad y de los libros que se han convertido en parte de su ser.

Al final de la carta que ella escribió en 1981 y de la cual les hablé al principio, mi mamá le dice a su papá que tiene el deseo infinito de que sus hijos la admiren tanto como ella a él. Hoy puedo decirle que ese deseo no sólo se ha cumplido, sino que la admiración va a la par del amor infinito que le tenemos. ●



* De Vv. aa., *Carmen Beatriz López-Portillo Romano / Homenaje al Bibliófilo "José Luis Martínez" FIL 2024*, Guadalajara, Feria Internacional del Libro de Guadalajara-Universidad de Guadalajara-Sistema Universitario de Bibliotecas de la Universidad de Guadalajara, 2024. Con el título original de "Semblanza de Carmen López-Portillo", este texto ha sido editado para el presente número de *Inundación Castálida*.

Para que te acompañen en este viaje

CARTA DE RAFAEL TOVAR Y DE TERESA

28. julio 1997

Yiugi:

Te dejo para que te acompañen en este viaje, y seguramente en muchos otros que faltan por hacer unos discos, que más que objetos son música. Música que ya desde hace mucho es tuya.

- De Beethoven, claro, las sinfonías con los conciertos para piano. Por supuesto no olvidé la Fantasia Coral.
- Paganini, los dos conciertos para violín, el segundo es el de la Campanella ¿te acuerdas?
- Con Orff, Camina Burara, me acuerdo de ti en Bellas Artes, contando con el coro y tu papá y yo en un pálido salón. No sabía que platicarle.
- Rachmaninoff, 2º conc. para piano, ni hablar, siempre ha sido de tus favoritos.
- El sexteto de Brahms, sus dos primeros movimientos son de los más recientes que se te fue para adentro.
- La segunda de Mahler ¡Qué difícil escoger! Te gustan casi todas sus sinfonías. Pero ésta es única & Recuerdas Saint Saëns, Jessye Norman y Ozawa?

(2)

- El Requiem de Mozart, Faure y Brahms. ¿Para qué tratar de explicar por qué te gustan? Desfrútalos y llorátelos a gusto.
- Las Sinfonías de Brahms: no podían faltar igual que el Arenaldo en Italia de Berlioz (acuérdate, el 2º movimiento no hace más de un año lo des cubrimos).
- Dvorak, el concierto de chelo. ¿No te vienen a la memoria Pastropovich y Yoyo-má ¡Qué noches maravillosas!
- Saint Saens, la tercera sinfonía, la del órgano, con su movimiento lento, claro el lento que te fascina.
- Prokofiev, el tercero de piano. otro movimiento lento con el que veías valor una gaviota y en el mismo disco Tchaikovsky, el primero de piano: sin comentarios.
- Puccini, Turandot (highlight con la Morton) la que acabamos de air
- Wagner, oberturas y preludios
- Con el movimiento lento del quinteto de Dvorak dices que se te corta la voz ¡esperate, esperate, esperate!

(3)

- Chopin, aunque sé que te acuerdas de niña y a tu santa madre, no puede resistir la tentación de incluirlo. Escar Pogorelich ¿te acuerdas de él con su capa como fantasma en guerra-juato?
 - Tchaikovsky, la cuarta, quinta y sexta.
 - Sibelius, segunda sinfonía con su maravilloso final que dura y dale y no se resuelve el tema hasta que por fin.
-
- El quinteto de clarinete de Mozart, sé que te llega como pocas obras. Igual que el trío de Schubert (el de Barry Hyndon) ¡Caray cuántos años!
 - De vez, uno de todos, raperos, tenores y bajos; otro de coros, des de hace tanto los oyes y el de Pavarotti trae también de todo desde Caruso hasta el track 7, del disco 1. (un canto de navidad que si no te lo recuerdo, no lo tendrías presente, pero espérate a que lo oigas igual que el de la Callos (Me faró senza Euridice, ni modo no encañe' Costa Diva).

(4)

- Strauss, Don Juan, Muerte y Transfiguración, etc, etc, nunca te sobra aires y menos con Salli.
- Otro de Galway, el flautista, no trae Field, pero sí muchos otros cosas.

Vuelvo a pensar a Beethoven (te espero por aires en lo quecidamente) el concierto de violín, el triple y la Romanza. Con eso te digo todo.

Para que decir más Faltaron algunos pero no sobró, creo, ninguno. Han pasado muchos años y muchas cosas. Y todo, nuestros vidas, la de otros, cada cosa y cada pensamiento se agatarán y la música, esta música, seguirá.

Te la doy con mi amor, a veces delirioso, otras no tanto y a veces, lo sé, enloquecedor, aunque cada vez más sereno y más profundo.

Te yo

Rafael



Mi hermana Carmen, nuestra Yiyí

PAULINA LÓPEZ-PORTILLO ROMANO

El amor es una gracia. Va más allá del parentesco, del mérito; no tiene razones ni edad, ni termina. Es puro, inocente, desinteresado. A través de él nos descubrimos porque toca nuestra esencia. Se vuelve espejo porque nos lleva a ser lo que somos, a reflejar lo más bello en nosotros. Nos saca lo mejor, nos eleva, nos abre a la vida para agradecerla, para apreciar el valor de lo que nos rodea, para asombrarnos de nuestro poder interno y de nuestra fuerza. Nos da valentía, certeza y confianza para seguir adelante y sabiduría para proteger lo importante. Tiene el don de la congruencia y la capacidad de rescatar todo aquello que creíamos perdido.

El amor crea belleza y hace de la convivencia un arte. Nos ayuda a desplegar nuestro potencial y a sentirnos bien en nuestra piel. Disfrutamos cada gesto en la mutua compañía, cada instante; incluso valoramos cada desperfecto, cubrimos los errores, nos cuidamos las espaldas. El amor nos cobija al volvernos refugio inmediato, y siempre lo reconocemos como el comfortable hogar aun-

que estemos lejos. Ahí, en ese espacio sin tiempo, podemos envejecer y guardar nuestros secretos, y sintiéndonos seguras, nos atrevemos a ser sin culpas, sin máscaras ni preocupación, sin miedo a ser juzgadas. Sin cuidar las palabras o las formas, a tocar fondo y perdonarnos.

En el amor nos ofrendamos en la palabra tanto como en el silencio, a veces sólo el estar es suficiente para comunicarnos. El amor crea un lenguaje en común lleno de historias vividas, de locuras compartidas ligadas incluso al subconsciente, pues es intuitivo, se entreteje de miradas ocultas, lágrimas y sonrisas íntimas, sueños entreverados y valores compartidos de siempre.

El amor nos ayuda a ir a través de los embates de la vida con la cabeza en alto y el pecho henchido. Nos hace liviana la vida, nos saca carcajadas en los momentos menos apropiados, nos hace felizmente simplonas o profundamente sabias. Tanto, que despliega nuestras alas para ver el mundo en perspectiva, haciéndonos más grandes que nuestros problemas y maravillosamente agradecidas.

El amor amalgama los destinos aunque los caminos sean distintos; crea complicidad porque nos responsabiliza, nos compromete a estar a su altura, a ser congruentes, a no ser indiferentes, a escuchar profundamente, a no posponer lo importante por lo urgente, a estar atento y pronto a la llamada cuando nos necesitan. Y lo hace por la vocación misma que confiere, pues dignifica y libera en el cuidado mutuo.

Ése es el amor que nos hemos tenido y tenemos mi hermana Yiyí y yo. Y aunque el amor se estrena día con día, en nuestro caso tiene memoria, porque hemos sido testigos de nuestras vidas desde siempre.

Todo empezó con un “Shhh, shhh” de mi mamá cuando, llevada a casa desde el hospital, trataba yo de dormir. Estuve un tiempo en incubadora por nacer ochomesina. Mi mamá sufrió una embolia al darme a luz y tuvo que quedarse en cama varios meses. Mi adorada abuela materna—que llamábamos Abui—ayudó con mi crianza. Así es que cuando yo dormía y mi hermana entraba a la habitación a saludarme, recibía invariablemente un “Shhh, shhh” de mi mamá. A tal grado fue eso así, que mi hermano mayor, Pepito, creyó que mi hermana Carmen Beatriz se llamaba Shi-shi. Y así es, entonces, como se le quedó el nombre de Yiyí.

Pero Yiyí es un nombre que, lejos de silenciar, ha resonado en los momentos más preciados de mi vida y en las situaciones más desafiantes. Es un nombre lleno de complicidad amorosa, de lealtad, que refleja la bondad de mi hermana, su generosidad, su nobleza y su incondicionalidad. Porque incondicional ha sido el amor entre las dos.

Nacimos en la colonia Del Valle, en una casa amplia y dentro de un hogar cálido que nos proporcionó el espacio y las condiciones para crecer en todos sentidos. Yo, la menor de los tres hermanos. Ella, mi ejemplo, mi compañera de juego y hasta mi verdugo de vez en vez, como cuando me metía en una maleta o se nos ocurría jugar a Simbad el marino. Yiyí y Pepito navegaban en un sofá y yo me volvía ballena arrastrándome por el piso al tratar de nadar... y éramos felices. Ésa es la verdad: desafiábamos los peligros e invariablemente

las historias se desenvolvían cargadas de recompensas. Y la más importante fue volvernó cómplices desde entonces.

De Yiyí aprendí a ser creativa al jugar todo tipo de juegos, en donde la inventiva enriquecía el asombro ante el descubrimiento del entorno, como lo era el hacer figuras de plastilina para crear todo tipo de animales dentro de la construcción precaria de nuestro museo de historia natural. También me enseñó a ser tierna al cuidar el sueño de las muñecas, o ingeniosa para encontrar escondites, independiente al jugar a la Barbie y al Ken, o poner en escena cuentos fantásticos para cada martes hacerle una función de teatro a mi papá.

El columpio del jardín lo acaparaba yo después de las comidas, con la excusa de ser la chiquita para que mi papá me meciera. Adoraba esos momentos. Sin embargo, ese mismo columpio se volvía con mis hermanos cuerda floja, o vehículo para saltar pantanos y lava volcánica aprovechando su vaivén. Así aprendí a ser valiente. Claro que también ayudó que Yiyí me enseñara a pelear al pelearme con ella. Fue provechoso copiar sus tácticas de ataque y defensa.

Nos divertíamos mucho. A través de tantos juegos aprendí a usar mi inventiva, a explorar mis capacidades y compartirlas. Recuerdo admirar cómo dibujaba Yiyí en los cuadernos de hojas tamaño carta. Marcaba con tonos más fuertes las siluetas de las figuras dándoles vida. Aprendí a escribir mirando su letra, a explorar mi imaginación para adornar los pastelitos que hacíamos juntas y regalábamos. Cómo nos fascinaba hacer experimentos con pócimas mágicas para dárselas a los osos de peluche que nos confeccionó mi mamá... Nos disfrazábamos juntas de príncipes y princesas y viajábamos a los confines del mundo, tierras, mares, reinos y montañas. Ella no tenía miedo ni a la oscuridad ni a los ladrones, así es que en varias ocasiones saltaba yo a su cama para refugiarme de los fantasmas que solían aparecérseme cotidianamente.

El sentimiento de solidaridad surgió desde muy niñas. Recuerdo tomarnos de la mano de una cama a la otra cuando una noche, enfermas, nos colocaron mi Abui y mi mamá unas sábanas húmedas como tienda de campaña para que con el vaporizador soltáramos mocos y quejidos. Se nos hizo una aventura imposible de desperdiciar. Así es que quedamos en no dormirnos, y entre risas y babosadas, nos apretábamos las manos para asegurar que el sueño no nos venciera, que la voluntad tenía que trabajarse y que mutuamente estábamos una para la otra ahí, a mitad de la noche, para despabilarnos. Esa aventura se ha repetido en varias ocasiones durante nuestras vidas. Nuestra solidaridad se ha puesto a prueba frente a los retos más difíciles que se nos han presentado, pero invariablemente el amor ha prevalecido para sacudir nuestro letargo, activar nuestra voluntad y recordar aquellas noches para seguir adelante sabiéndonos presentes, solidarias y unidas.

Agradezco a la vida el haberme conferido ser testigo de Carmen, ser su hermana, su amiga, su admiradora y su porra. Ahora, ya viejas, seguimos siendo esas niñas, como si el tiempo no hubiera pasado, como si todas nuestras historias entreveradas, afanes y sueños se guardaran en cada latido, en cada apretón de manos... ●

La rectoría del Claustro

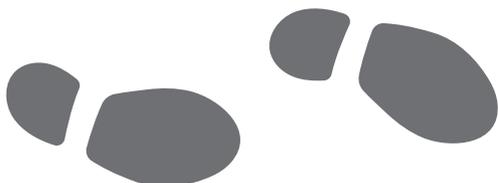
¡Qué privilegio tan alto el de ser
rector de una universidad!

JUAN MANUEL SILVA CAMARENA

Querida Carmen Beatriz: considero que tú y yo podemos emplazarnos gustosamente en un peculiar pasaje de recuerdos. Primero, con la mirada puesta en tiempos en los que aún no nos conocíamos, sin recuerdos en común propiamente dichos; luego, en momentos que compartimos muy entusiasta e intensamente en la construcción día tras día de la Universidad del Claustro de Sor Juana; y, finalmente, en épocas en las que tuvimos pocas ocasiones para reunirnos y conversar sobre nuestras vidas y actividades profesionales.

1940-1945

El 12 de septiembre de 1940, la Cámara de Diputados declaró presidente electo a Manuel Ávila Camacho. Yo creo que mi padre, Heladio Silva Chávez, de familia conservadora en Morelia, Michoacán, no votó por Ávila Camacho. Mis progenitores, María del Refugio y Heladio, decidieron venir a vivir a Ciudad de México, después de que mi padre fue cesado de su puesto de inspector federal de alcoh-





les, y muy probablemente se debió a que votó por el candidato opuesto para ocupar la presidencia. Ya habían nacido mi hermano Ramón, en 1939, y mi hermana María Guadalupe, en 1941, de modo que aquí nacimos mi hermana María Cristina, en 1943, y yo, Juan Manuel, en 1945.

Yo me pasé mucho tiempo tocando en mi guitarra música de boleros románticos, tangos, rock y jazz, dependiendo de la gente que me rodeaba. No gané ni gran fama ni fortuna, pero tuve una adolescencia grata y estable. No teníamos en casa televisión ni refrigerador, solamente radio, pero había dos librerías llenas, que un medio hermano mío, sacerdote misionero, solía revisar en las muy raras ocasiones en las que podía visitarnos. Desde

que tengo recuerdos, me veo jugando con otros niños, que se comportaban de acuerdo con una dicha infantil natural, mientras que yo, sin ser infeliz, me “distraía” con la idea, con la sensación de que, a diferencia de ellos, a mí me habían puesto en el mundo sin ningún plano y sin darme instrucciones de comportamiento, y por eso tenía que andar averiguando todo, qué se debía decir, qué se debía hacer. Y en esa investigación se me iban el tiempo y la energía que podría gastar simplemente en jugar despreocupadamente y portarme como los demás. Con más años, seguí averiguando lo que no me enseñaba nadie, y descubrí que en algunos libros había ideas que yo nunca había pensado, y de ese modo aumentaba cada vez más la cantidad

de cosas que debía saber. La dificultad que hallaba para entender lo que leía no me desanimaba, porque siempre se quedaba algo en mi cabeza que iluminaba un poco lo que yo quería saber. Por suerte, había una librería a unos cuantos pasos de mi casa, de la editorial Iztaccíhuatl, en la calle de Miguel E. Schulz; en un aparador se mostraba siempre algún libro de Freud, y después de haber comprado el primero, *Psicopatología de la vida cotidiana*, quise comprarlos todos. Eso lo logré sólo muchos años después, en verdad muchos, cuando pude comprar por fin sus obras completas.

1945 y 1955

Tú, Carmen Beatriz, y yo nacimos casi a la mitad del siglo XX. Yo en 1945 y tú en 1955. Ambos tuvimos padres muy patriotas que nos enseñaron, cada uno a su manera, a amar a México fervorosamente, con respeto profundo al himno nacional y a la bandera de nuestra nación. Nuestras vidas, claro está, se realizarían en lugares y circunstancias muy diferentes, pero con ese amor en común.

1966-1968

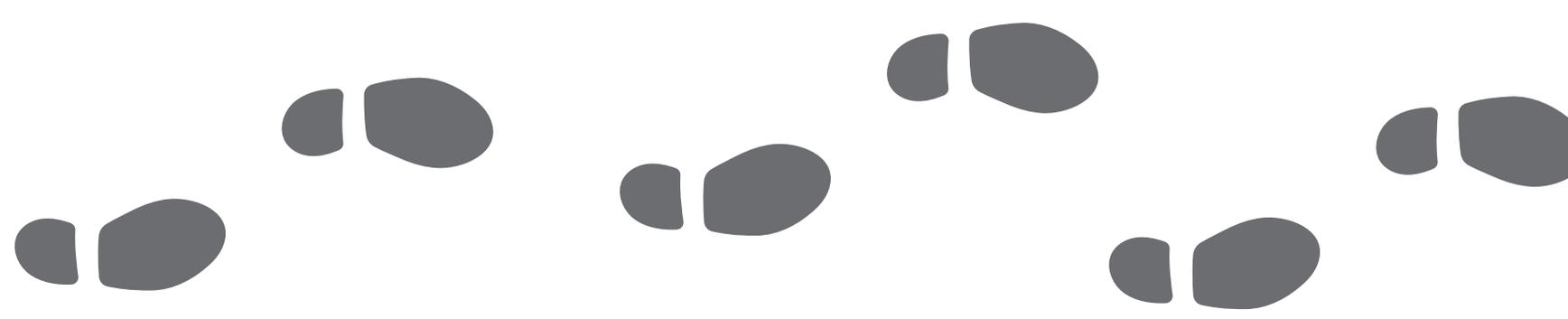
Yo estudié en la Escuela Nacional Preparatoria no. 4 (1966-1968), muy contento con mis clases del tercer año: de latín y griego, entre las obligatorias; historia de México, entre las optativas. En un periódico estudiantil de la prepa publiqué mi primer artículo, que trató sobre el misterioso *llamado* vocacional, que a mí, como a muchos compañeros de entonces, nos costaba trabajo entender: ¿de qué modo se producía?, ¿por qué razón correspondía de modo particular a cada uno de los seres humanos? Tú, Carmen, quizá en los setenta, estudiaste en el Colegio Alemán Alexander von Humboldt, respecto al cual solía decirse que no era para todos, y no por las colegiaturas, sino por la disciplina. Pero

la disciplina se adaptó a tu carácter, o viceversa. Pienso que, en todo caso, tu carácter empalma bien con la disciplina.

1968

Con motivo del asesinato de Martin Luther King Jr. en un día de abril de 1968, yo y un alumno mío de guitarra participamos en un festival en su honor, donde tocamos improvisaciones de jazz en el auditorio de la prepa.

Ese mismo año me puse en gran peligro al integrarme al movimiento estudiantil; pinté mantas y fui a asambleas y mítines, aunque siempre me opuse al asalto a tienditas y puestos callejeros, y aún más a la quema de camiones. La Marcha del Silencio encabezada por el rector Javier Barros Sierra, de la UNAM, ha sido para mí una vivencia inolvidable. En otras marchas fue muy emocionante ir por las calles gritando “¡Únete, pueblo!” y ver en el rostro de las personas que nos miraban su admiración y su apoyo. Acudí a la concentración del 2 de octubre en Tlatelolco, el aterrador día de la masacre de estudiantes y otras personas, que hasta la fecha no he podido olvidar. Un insoportable dolor de muela me salvó la vida, pues me hizo retirarme del mitin para buscar de emergencia un dentista; por fortuna, encontré pronto una clínica dental, de triste y descuidado aspecto, donde me dejaron sentado un buen rato para que hiciera su efecto la anestesia y fuera posible la extracción. No sé cuánto tiempo estuve ahí. Cuando apenas empezaba a recuperarme, entró alguien gritando que estaban matando a los estudiantes. Salí de prisa para encontrarme con mis compañeros, pero me fue imposible volver a la Plaza de las Tres Culturas porque un torrente de gente me hizo retroceder, contra mi voluntad, aunque en pocos segundos despertó en mí un instinto de supervivencia que me obligó a unirme a los que huían del lugar.



1969

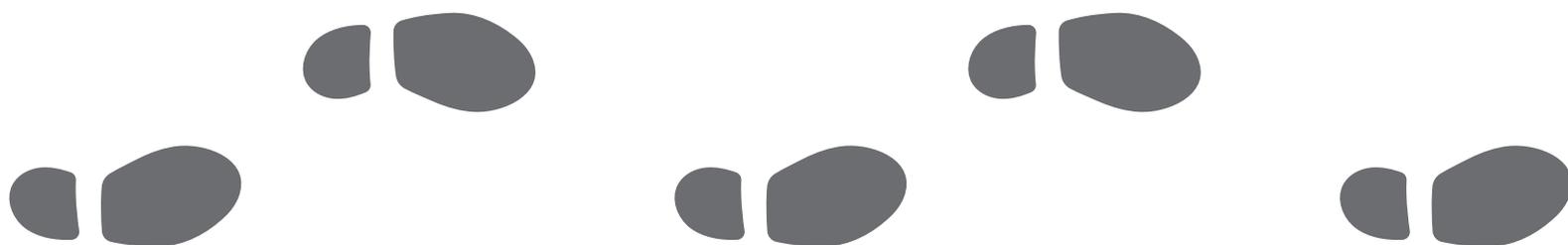
Debido a mis lecturas tempranas de Freud había considerado como segunda opción—la primera era la de filosofía—estudiar psicología, carrera a la que me inscribí. Sin embargo, un día apareció sobre una mesa de mi casa un libro que estaba leyendo mi hermano Ramón, lector empedernido, y me puse a leer las primeras páginas. Era la importante obra del pensador alemán Arthur Schopenhauer titulada *El mundo como voluntad y representación*. A través de esa lectura me sucedió algo inexplicable. Después de haber avanzado varias páginas, cuatro o cinco, me di cuenta de que no entendía nada de lo que estaba leyendo pero que al mismo tiempo se iba formando en mi interior la convicción incuestionable de que *eso era precisamente lo que yo quería estudiar*. Y a partir de esa vivencia de extraño origen, mi sueño por realizar fue el de ingresar tarde o temprano a la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, de la cual yo ya tenía noticia de su existencia. Un día memorable, me llegó un telegrama de la UNAM en el que me comunicaban que había sido aceptado en Filosofía y Letras y me pedían que fuera a realizar la inscripción correspondiente. ¡Por fin, en Filosofía y Letras! Así comenzaron mis muy felices años del aprendizaje de la filosofía, que formalmente terminaron en 1984, aunque ya estaba bien enterado de que esa tarea nunca se acaba. Mis profesores eran de clase internacional, y nadie hubiera podido pedir algo mejor: Eduardo Nicol, Adolfo Sánchez Vázquez, Luis Villoro, Ramón Xirau... En la licenciatura me fue bien; mejor aún, en la maestría; en el doctorado mi promedio fue de diez. Gracias al magisterio excepcional de Eduardo Nicol, aprendí filosofía y la gran responsabilidad ética de enseñarla, y además tuve el privilegio de atestiguar una investigación filosófica de gran vuelo y advertí la inexorable necesidad de pensar por cuenta propia:

el profesor Nicol no quería tener alumnos que repitieran por siempre lo que él había dicho. Se definió a sí mismo como explorador de los caminos del pensamiento, porque su intención nunca fue la de sólo andar por caminos ya descubiertos.

1971

“Matrimonio y mortaja del cielo bajan”. Este refrán indica que normalmente en las situaciones en las que uno se casa y en las que uno muere no juegan un papel decisivo ni nuestra voluntad ni nuestros deseos. Pero siempre pasa eso. En nuestra vida pasan cosas, nosotros tomamos decisiones al respecto, y también el azar puede participar, para bien o para mal. Resumo de esta manera la psicología de las situaciones vitales de acuerdo con Nicol, que explica así los factores de la acción. Yo he descubierto que a todos nos pasan cosas y que, por lo mismo, queremos saber qué les pasa a los demás. Sobre todo, nos las arreglamos para averiguar lo que les sucede a las personas que nos importan. Un poeta dijo que el que habla quiere hablar con Dios un día. Yo sostengo que hablamos para poder decir lo que nos pasa. Apenas nos encontramos con alguien, e inmediatamente le preguntamos ¿Cómo estás? ¿Cómo te va? ¿Qué te ha pasado?

En 1971 me casé con Rosario Grimaldi Sierra, una compañera de los estudios de filosofía, dotada de talento para escribir y con muy buenos conocimientos del inglés, el alemán y el francés. Estudió arte en París y vivió un tiempo en Alemania y Austria. El día mismo de nuestra boda abordamos por la tarde un avión de Air France y nos fuimos a París, a sabiendas de que eso significaba quedarnos (voluntariamente) sin regalos de boda, lo cual nada significaba frente a la emoción de comenzar una nueva vida juntos en esa maravillosa ciudad europea, donde la pasamos muy bien. Una amiga francesa de Rosario me consiguió el teléfono de Gabriel



Marcel, ¡y el día en que hablamos con él por teléfono nos recibió en la sala, llena de librerías, de su modesto departamento, que estaba cerca de la estación Odéon del metro parisino! La conversación de esa jornada la publicó la *Revista de la Universidad de México* uno o dos años después, pero a partir de ella tuve la fortuna de ponerme en contacto con el pensador y dramaturgo francés, que pronto adopté como mi segundo maestro de filosofía. Jean-Paul Sartre ilustraba sus ideas filosóficas mediante sus escritos de teatro y sus novelas, mientras que Marcel exploraba la compleja naturaleza humana en la experiencia dramática y después escribía sobre la reflexión filosófica que había sido generada por lo revelado en esa experiencia.

Tiempo después regresamos a México, para que nuestra hija Marianna naciera en nuestro país y Rosario tuviera la compañía de su madre durante el parto y la cuarentena del postparto. Por mi parte, tuve la oportunidad de redescubrir y admirar más a mi maestro Eduardo Nicol. Después de varios años, en 1984, Rosario y yo nos divorciamos. Nos pasó, Carmen, lo que posteriormente me enteré que también vivieron tú y Rafael: experimentar el hecho inimaginable de que nos fue más lamentable dividir discos y libros que otros bienes.

1973

Mi magisterio empezó el 1 de junio de 1973, como ayudante de profesor en el curso de Ontología Contemporánea del maestro Juan Garzón Bates, en Filosofía y Letras, e ingresé por concurso de oposición al Colegio de Ciencias y Humanidades. Enseguida pasamos una temporada, grata pero efímera, en la Escuela de Filosofía de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en Morelia.

Imagínate, comía corundas que daba gusto, pero renuncié en protesta porque el director cacique corrió a una profesora que se había negado a utilizar para su clase un libro que él quería imponerle. De regreso a Filosofía y Letras de la UNAM, el profesor Nicol me nombró profesor ayudante de su curso de Metafísica, y más adelante me llamó por teléfono a casa para preguntarme si aceptaba el puesto de secretario del Seminario de Metafísica, que fundó en 1946, el primero de la Facultad, con la autorización del entonces rector, a quien le había comentado en una charla personal algo que el destacado médico entendería muy bien: que una facultad sin seminarios era como un hospital sin quirófanos.

1976

En ese año tu padre comenzó su periodo como presidente de México, cuando a ti te habían celebrado apenas tu cumpleaños 21. Tu querida madre, Carmen Romano, y tus queridos hermanos, José Ramón y Paulina, y tú vivieron por ese hecho una muy particular experiencia vital, entre ustedes mismos, sus amigos y sus conocidos. Algo importante cambió, para ustedes y para México, porque de pronto tuvimos un presidente que citaba a Hegel y otros pensadores en sus discursos políticos. El autor de *Génesis y teoría general del Estado moderno* poseía una mejor idea del Estado que otros que se habían dedicado a la política en nuestro país, y aun en otros. No me sorprendió mucho que un día me contaras que don José sabía de memoria la *Apología de Sócrates*. En 1992, el entonces director de la Biblioteca Nacional de México, José G. Moreno de Alba, coordinó la edición de un libro con este título: *Casas-biblioteca de mexicanos (Bibliotecas*



privadas). Bueno, pues me consta que ninguna de las que se incluyeron en esa publicación, algunas ciertamente grandes y bellas, era como la de tu padre. Siempre cuentan más los libros estudiados, bien leídos, que los acumulados.

1974-1978

Carmen Beatriz, elegiste estudiar leyes en la Universidad Autónoma Metropolitana, lo cual hiciste de 1974 a 1978. Fuiste el mejor promedio de tu generación, acompañada del brillante compañero tuyo Rafael Tovar y de Teresa, con quien luego te casaste, y ambos pudieron traer al mundo un par de hijos verdaderamente excepcionales, Rafael y Leonora. Con padres ilustrados y con el paso del tiempo, él estudió filosofía y ella, leyes.

En 1977 por fin presenté mi examen profesional de la licenciatura en Filosofía, con la tesis *Esquemas fundamentales de la filosofía sobre el ser humano*. Me otorgaron mención honorífica, y uno de los sinodales afirmó que no era de licenciatura sino una tesis de doctorado.

1981

En ese año presenté el examen de la maestría en Filosofía en Filosofía y Letras, con la tesis *Hacia una metafísica del inconsciente*. También me otorgaron la mención honorífica.

1982-1984

Cuando pasaron algunos años más, volví a explorar ideas fundamentales del psicoanálisis. Cursé la maestría en Psicoanálisis en el Centro de Investigaciones y Estudios Psicoanalíticos, de la entonces

Fundación Mexicana de Asistencia Psicoterapéutica, dirigida por Néstor Braunstein y Frida Saal.

1983-1987

Tú y Rafael vivieron en Francia mucho tiempo. Me parece que fue desde 1983 hasta 1987. En París cursaron estudios. Tú, la maestría en Historia de América Latina; él, un doctorado. La Sorbona es un lugar tan sagrado para muchos filósofos, aunque no haya sido tan venerada como en su tiempo lo fue el espacio donde Platón fundó la Academia de Atenas, en Grecia, y donde Aristóteles exponía su pensamiento peripatético.

1988

Una o varias razones te movieron a estudiar leyes. Don José, tu muy admirado padre, en alguna ocasión escribió o dictó estas palabras: “Soy un hombre educado en el derecho. Sé de los valores que el derecho persigue y de los objetivos que la sociedad espera de la norma”. Y si modificamos únicamente el género, se podría decir que tú fuiste una mujer educada en el derecho y en el amor por la justicia. Él dijo que la universidad le dio “la oportunidad de dar cátedra”; primero enseñó derecho y luego teoría política. Tú tuviste la oportunidad de ser, años después, rectora de la Universidad del Claustro de Sor Juana. Con orgullo manifiesto, tu padre aseguró que fue catedrático universitario y entendió la esencia misma de la universidad: la posibilidad dialéctica de la unidad en la diversidad, cuya condición de ejercicio es la libertad en la enseñanza, en la investigación y en la difusión. “Me correspondió el honor de ser maestro universitario, fui educado en la libertad y para la libertad”. Tu padre



igualmente hubiera podido ser rector de una universidad, pero su misión abarcaba algo de mayor amplitud: la educación de una nación entera. A nosotros, Carmen Beatriz, en diferentes circunstancias y momentos nos correspondió el honor de ocupar la rectoría de la Universidad del Claustro de Sor Juana, una institución con igual vocación de libertad y verdad.

Traigo a cuento estas ideas tomadas de la página 145 del libro *Memoria y voluntad*, de 1982, cuya dedicatoria, bien lo sabes, fue firmada para tres personas vinculadas de modo perdurable mediante estrechos lazos filiales: Carmen Beatriz, Paulina y José Ramón.

Yo pienso que los estudios del derecho y la justicia tienen en común: tratan de evitar las arbitrariedades de las personas en algunos de sus actos, y tal vez por eso sentiste una especial atracción por la filosofía. El pensamiento filosófico puede en verdad evitar la iniquidad, la sinrazón, la injusticia, el abuso, el antojo, el capricho..., pero logra desterrar, descalificar o desautorizar cualquier arbitrariedad en el nivel del pensamiento, que es otra clase de acción humana. Muchos años después de esa época pudiste crear la carrera de Derechos Humanos y Gestión de Paz, que muy probablemente trajiste en tu pensamiento, madurándola, durante décadas.

1985

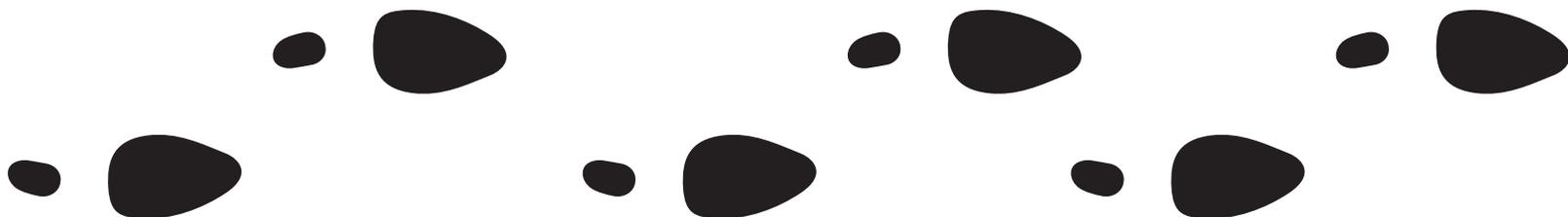
La nueva directora de la Facultad, Juliana González Valenzuela, me ayudó a salir de Filosofía y Letras de la UNAM al informarme que en la Universidad Iberoamericana había un concurso abierto para una plaza de profesor de tiempo completo. No me gustaba la idea de integrarme a la UIA, pero la dura necesidad me obligó a participar, a pesar de que temía que fuera sólo un “retrato hablado” (uno en que, sin que sea fácilmente advertido por los concursantes, se les exigen ciertos requisitos que en realidad corresponden exactamente al perfil de

una persona concreta, de carne y hueso). Me inscribí al concurso con sólo un día de anticipación y me dieron las instrucciones. Al día siguiente debía presentarme a dar una clase, sobre un tema de filosofía medieval que habían fijado de antemano, frente a un auditorio formado por destacados profesores y alumnos del Departamento de Filosofía. Resulté vencedor y así pude conseguir la plaza, aunque el director de ese departamento me confesó después que había votado en mi contra para apoyar a los profesores que ya trabajaban en la institución. ¿Un buen caso de imparcialidad? La mayoría de los participantes llenaban el pizarrón con palabras en español y latín; y yo lo hice con términos en latín y griego. Pude quedarme como profesor por mis propios méritos académicos, sin duda.

Durante seis años trabajé muy bien en la UIA, en particular, con el nuevo director del Departamento de Filosofía, Antonio Ibargüengoitia, hombre fino, educado, genuinamente interesado en la filosofía en México; y lo mismo puedo decir de mis compañeros profesores. Para empezar, me asignaron un cubículo –junto al de dos profesores de prestigio bien ganado, Miguel Mansur Kuri y Héctor González Uribe–, pequeño pero agradable, aunque faltaba oxígeno porque no tenía ni una sola ventana. Me engolosiné por el amplio catálogo de revistas extranjeras que me mostraron para que escogiera en las que deseaba que me inscribieran –con mis propios recursos podía hacerlo sólo a una o dos–. Estaba encantado, además, con el espléndidamente amplio acervo de la biblioteca. Tenía buenos colegas y buenos alumnos, publicaba frecuentemente en la *Revista de Filosofía*, dirigida desde mucho tiempo atrás por el sacerdote José R. Sanabria, persona culta y de muy buen trato. Todo bien.

1991

Yo creo que cuando me negué a firmar mi salida de la UIA, argumentando que en vez de tratarnos



como a obreros de una fábrica las autoridades académicas debían estar bien enteradas de la responsabilidad ética de sus profesores, en un momento dado las autoridades comenzaron a idear una manera sencilla de excluirme de la terna que el rector debía examinar para escoger al nuevo director del Departamento de Filosofía. De la noche a la mañana, a un miembro de la terna le dieron una beca para estudiar en una universidad extranjera, y problema resuelto: la terna dejó de existir. Pero todo bien... salvo que algunas personas se esforzaban por conseguir que mi sombra dejara de impedir su iluminación. Y lamentablemente el choque ideológico carecía de solución pacífica. En una ocasión, una autoridad importante de la UIA me dijo, de buena manera, respecto a un escrito mío en el que mencionaba la vocación de verdad, que había algo más apasionante que esa búsqueda: la tarea de formar hombres en la verdad. Y yo expresé enseguida que había cierto peligro en no mantener la diferencia entre filosofía y religión.

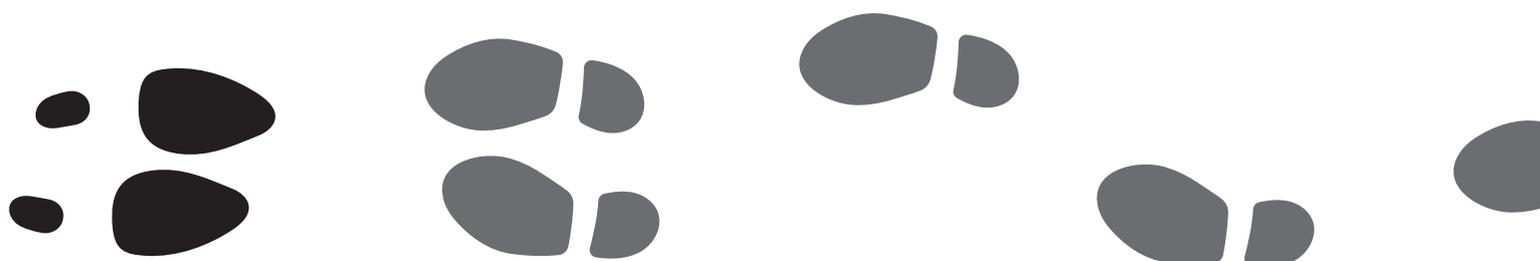
Una buena alumna mía, psicóloga, inteligente, de origen vasco, estudió la maestría en Filosofía, y al terminarla consiguió una plaza de profesora en la Universidad Pedagógica Nacional. Me solicitó un seminario sobre filosofía de la educación para un grupo de profesores de la UPN, del cual ella misma formaría parte. Sin dar importancia al cuestionable título de “filosofía de la educación”, emprendí el trabajo (19 de febrero a 8 de abril de 1991), y poco a poco abordé el tema de la situación actual de la universidad. Pensaba que si todo seguía igual inexorablemente vendría el fin de esa institución fundamental para la existencia humana. Quise prevenir que podríamos contemplar el fin de la universidad por cuanto institución, de lo que venía existiendo auténticamente bajo ese nombre en varias partes del mundo. Existirían edificios y otras construcciones para centros universitarios –advertía–, pero sin que pudiéramos darnos cuenta de que el ser de la universidad se iría ausentado

paulatinamente de esos lugares. A mi juicio, pronto podríamos constatar que muchas universidades privadas y públicas serían objeto de secuestro debido a intereses políticos, de grupos religiosos de buena fe, y hasta de mala fe, y de negociantes y empresarios cuyo agudizado afán de lucro les permitiría descubrir pronto ese filón, esa ganga estupenda.

En ese mismo año, en la UIA también me solicitaron que impartiera un curso de filosofía para un diplomado que al mismo tiempo pudiera valer como propedéutico para los estudiantes cuyo proyecto fuera realizar el doctorado en Filosofía ahí. Entre los alumnos estaban tú, Carmen Beatriz, y tu hermana Paulina.

Durante las primeras clases advertí que tú, Carmen, permanecías muy atenta a mis palabras y asimilabas de buena gana lo que yo iba exponiendo, mientras que Paulina recibía mis exposiciones a través de una especie de barrera crítica, que no necesariamente es algo negativo. En el transcurso de los años de mi experiencia docente me fui dando cuenta de que si una alumna o un alumno ignora todo o mucho respecto a la filosofía suele permanecer con interés, sin que le pueda faltar el sentido crítico, mientras que con quien ya tiene conocimientos filosóficos, sin importar la manera en que los haya aprendido e independientemente de lo acertado o errado de la enseñanza y el aprendizaje, puede generarse una colisión de escuelas de pensamiento, aunque generalmente de impacto moderado.

La actitud de Paulina, por otro lado amable y considerada, no tuvo que ver con la reacción común frente al efecto escandalizador que a veces provocaban mis afirmaciones, sobre todo si iban contra ideas “filosóficas” populares pero erróneas. En realidad, no fue entre sus ideas y las mías, sino entre las de Eduardo Nicol y José Ortega y Gasset. Un pensador español, de Gijón, José Gaos, que vino a México, más que comunicar ideas suyas puso es-



pecial empeño en promover las de Ortega y Gasset. Pero también en México otro filósofo, de Barcelona, Eduardo Nicol, nos enseñó que la verdad no suele acompañar necesariamente a las ideas de pensadores con mucho prestigio—sin que España fuera la excepción—, y más bien se vincula a filósofos que llevan a cabo el esfuerzo, más difícil, de hacer que su pensamiento corresponda con la realidad. Nicol se empeñó en difundir la convicción de que el culto a la personalidad de varios filósofos españoles debía sustituirse por un auténtico amor a la verdad.

La señora Margarita López Portillo, tu tía, llevaba años ocupándose de la tarea encomiable de reunir un grupo de personas que desearan y pudieran colaborar en la recuperación del edificio del siglo XVII novohispano que fue el convento de monjas jerónimas donde ingresó Juana de Asbaje Ramírez de Santillana cuando abandonó la opción de casarse, sin carecer, por supuesto, de un genuino sentido religioso. El edificio estaba prácticamente en ruinas, después de una larga historia y una serie de personas que lo ocuparon con intereses de diversa índole, como se muestra en el libro que publicaste con el título de *El Claustro*.

Tu tía Margarita tuvo la buena idea de crear en ese edificio un centro de estudios universitarios, lo cual llevó a cabo con la ayuda de su hija María del Pilar. En ese año de 1991 te pidió que te hicieras cargo de la Universidad del Claustro de Sor Juana manteniendo su función anhelada de un espacio ideal para la educación y el conocimiento.

Ya sé, Carmen Beatriz, que te estoy contando cosas que sabes mejor que yo, pero al describir estos aspectos, entrelazando tus circunstancias y las

mías, solamente me limito a imaginar la cantidad enorme de consideraciones que habrás hecho para resolver las dudas, las interrogaciones, los miedos y otra variedad de pensamientos y estados de ánimo que, como un torbellino o un huracán de ideas y reflexiones, a un mismo tiempo aparecían y desaparecían en tu mente y tu corazón durante los días en que tomabas la decisión de aceptar o no la petición de tu tía Margarita.

En 1965, el filósofo francés Paul Ricoeur publicó un libro que presentaba una investigación filosófica en torno al psicoanálisis: *De l'interprétation / Essai sur Freud*, que en 1970 se publicó en su traducción al español con el título *Freud: una interpretación de la cultura*. Cuando fui coordinador administrativo de los estudiantes de filosofía del Sistema de Universidad Abierta en la Facultad de Filosofía y Letras (1981), se me solicitó una guía de estudio sobre filosofía y psicoanálisis, pues además en mi curso sobre metafísica ya tenía varios alumnos que eran psicoanalistas y deseaban saber filosofía. Era algo recíproco: los filósofos también se estaban interesando en el psicoanálisis. El propio Freud dijo que quería estudiar filosofía. Habría que ofrecer, entonces, conocimientos psicoanalíticos para filósofos, y viceversa. Pensé, así, en la posibilidad de crear un instituto de investigaciones en filosofía y psicoanálisis que pudiera satisfacer la necesidad de unos y otros.

1992

En ese año te comuniqué la idea de abrir en el Claustro un diplomado en filosofía y psicoanálisis. Reuniríamos para ello a excelentes profesores de



filosofía y psicoanalistas destacados. Aceptaste con entusiasmo mi iniciativa, y Lidia Camacho, responsable de Extensión Universitaria, jugó un papel importante en la realización del proyecto, que se desarrolló con éxito en 1992 y parte de 1993. Elaboré un programa de textos filosóficos y psicoanalíticos indispensables, respecto a los cuales los profesores podían ofrecer su propia interpretación, y yo mismo me encargué de dictar una conferencia inicial en cada uno de los módulos: metafísica y psicoanálisis, lógica y psicoanálisis, ética y psicoanálisis, teoría del conocimiento y psicoanálisis, etcétera.

En una ocasión, a mi hija Marianna –quien, cuando era pequeña, me llamaba *ma-pa*– la asesoré para que diera una clase sobre el mito de la caverna de Platón en su escuela primaria, la Montessori. Poco después, muy a menudo platicábamos acerca de la preparatoria que podría escoger cuando terminara su secundaria, que hacía en la escuela que lleva el nombre de Jean Piaget. Pero un día llegó a comer –siempre comíamos juntos–, y me dijo que ya se había inscrito en una escuela: el Conservatorio Nacional de Música, para estudiar dirección de orquesta. Había hecho estudios en el Instituto Artene, de César Tort, y ahí le tomó gran afecto a la música. Luego, después de un año de estudio del alemán en el Instituto Goethe, se fue a Tubinga, donde en ese momento vivía su madre.

Por eso planeaba yo irme a Europa a vivir y trabajar, para estar cerca de mi adorada hija, y eso podía hacerlo si conseguía un empleo en la Facultad de Letras de la Universidad de Toulouse, en el sur de Francia, capital de la región de Occitania, al norte de los Pirineos. Por cierto, ahí un grupo de pensadores encabezado por el filósofo e hispanista

Alain Guy, autor de *Los filósofos españoles de ayer y de hoy* (1966) –en el que incluyó a mi maestro Eduardo Nicol–, se interesó en la filosofía española y también en los pensadores latinoamericanos, y de los que yo a mi vez me ocupé cuidadosamente en un seminario que dirigí a alumnos extranjeros en la Universidad de las Américas.

Pero entonces tú, Carmen Beatriz, me hiciste que modificara mis planes: me propusiste que me quedara en México como rector del Claustro, donde podríamos construir una universidad auténtica. Esa idea tuya fue para mí tan... desbarajustante, digamos, como si a un marinero repentinamente le preguntan si quiere ser el capitán del barco. No sabía qué decir, ¿te acuerdas? La emoción me secuestraba las palabras. Al preguntarle súbitamente a un filósofo si acepta hacerse cargo del rumbo de una universidad, de un templo del saber, ¿qué podría decir?... Es lo mejor que le puede pasar, ¿no? ¡Y me pasó! El 8 de octubre de 1992 me convertí en el rector de la Universidad del Claustro de Sor Juana. Al asumir tan insospechado cargo, leí un discurso titulado *Una nueva forma de ser*, frente a profesores, alumnos y autoridades académicas. Estaban presentes, por supuesto, Margarita López Portillo, presidenta del Claustro; tú, Carmen Beatriz, como directora general del Claustro, y el maestro José Antonio Dacal, director del Centro Universitario de Ciencias Humanas. En ese discurso traté de explicar que la vida universitaria y sus enseñanzas ejercían un cambio en nosotros, una transformación profunda, porque nos iba produciendo una nueva forma de ser, una manera distinta de pensar y una manera diferente de pararnos ante al mundo. En ese momento tuve una conmoción mayor

que la que se apoderó de mí un día de 1969, cuando parecía que mi corazón iba a explotar por latir cada vez más fuerte en la medida en que me iba acercando a un amplio salón abarrotado por más de cien alumnos y donde recibiría mi primera clase de filosofía en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Un verdadero acontecimiento en mi existencia.

1998

Pasaron los años sin darme cuenta, hasta que el 15 de septiembre de 1998 tuve la necesidad de despedirme de la Universidad del Claustro de Sor Juana. Lo hice mediante unas cuantas líneas:

Debido a problemas de salud, me siento incapaz de cumplir cabalmente con la alta responsabilidad de orientar y promover lo mejor para nuestra comunidad universitaria, y muy a mi pesar he decidido abandonar lo que viví, gracias a los alumnos, profesores y empleados, y en particular a la grata convivencia cotidiana con Carmen Beatriz López-Portillo Romano, en peculiar armonía del trabajo universitario, con ideas diferentes pero concertación perfecta, lo que viví—decía—como un paraíso académico en la Universidad del Claustro de Sor Juana, sin poder imaginar siquiera si habrá un lugar, otro frente, donde pueda ejercer mi vocación filosófica para seguir siendo útil a mi país.

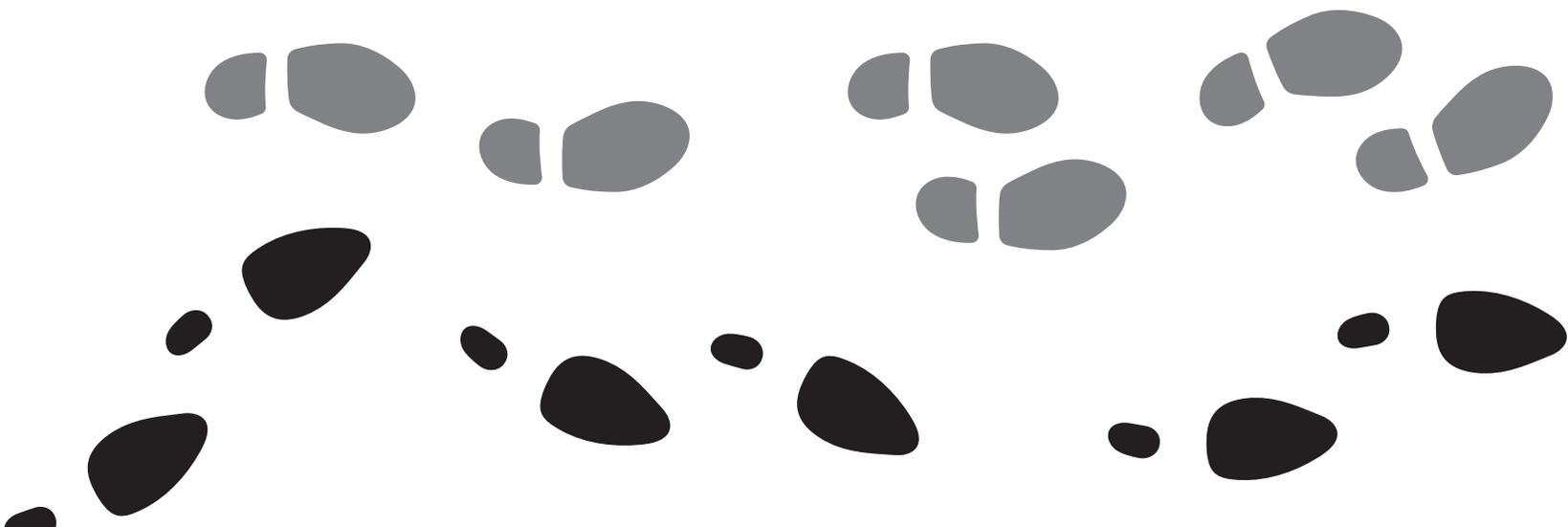
Al día siguiente, el 16 de septiembre de 1998, la Universidad del Claustro de Sor Juana tuvo en la rectoría a una persona de todos conocida: Carmen

Beatriz López-Portillo Romano, quien con el lema de esta casa de estudios superiores en su espíritu, *Saber para valorar, valorar para elegir*, se decidió a continuar la caminata emprendida desde 1991 para guiar e impulsar a nuestra valiosa y siempre entusiasta comunidad a realizar pasos de mayor alcance y más arrojo, para bien de todos.

1999

Yo seguí pensando de qué manera podría paliar mi vulnerable salud y cómo podría encargarme de un quehacer en el que fuera útil mi vocación filosófica. Hay quien es médico, o abogado, y ya no ejerce pasado un tiempo. Pero no se puede ser filósofo sin responder siempre al llamado vocacional que determina la forma de vida, el modo de ser. Podía aún pensar y enseñar a pensar, proteger la búsqueda de la verdad y defender la libertad y la justicia.

Un alumno mío, estudiante de la carrera de Filosofía y adicto a mi curso de metafísica, contador y urbanista él, ejerciendo entonces como director de la Facultad de Contaduría y Administración—y con el tiempo también buen amigo—, Arturo Díaz Alonso, que veneraba a la UNAM, me invitó a trabajar con él en la Facultad. Pero al mirar en mi cara un gesto de escepticismo ante su propuesta, supongo que pensó en la necesidad de aclarar lo que acababa de decirme, y añadió: “Maestro, usted no va a enseñar contabilidad ni administración. Quiero transformar la Facultad mediante la ética y el humanismo”. Y fue entonces cuando otro aspecto de mi rostro le habrá indicado que en verdad podría interesarme.



Pensar en la opción de reincorporarme a la UNAM, pero ahora en Contaduría y Administración y no en Filosofía y Letras, trajo a mi mente unas sabias palabras de san Juan de la Cruz que leí citadas en *La vocación humana* de Eduardo Nicol (1953): “Más emplea su cuidado / quien se quiere aventajar / en lo que está por ganar / que en lo que tiene ganado”. Hay, sin duda, profesores que hacen bien su trabajo en la enseñanza de la filosofía y se mueven como peces en el agua entre los antagonismos irreconciliables de las escuelas de pensamiento, pero debe haber pocas personas que quieran mejorar moralmente el trabajo de la administración para bien, no tanto de empresarios y empleadores, sino a favor de la vida de millones de trabajadores en México. Desde la coordinación de la formación de investigadores, primero, y luego gracias a la elección y reelección de la presidencia de la Academia de Investigación y Ética, fundé y dirigí un seminario permanente de filosofía, y me la pasé muy bien con los seminaristas, realizando investigaciones en torno a la naturaleza humana y la administración y la supuesta ética de los negocios. Me obsesioné con la posibilidad de corregir la confusión actual entre el papel del dinero como medio para vivir y el que le ha otorgado el capitalismo actual: como fin único de la existencia.

2025

Querida Carmen Beatriz: fue muy bueno que me propusieras hacerme cargo de la rectoría de la Universidad del Claustro de Sor Juana. Un año antes de mi solemne investidura de rector me solicita-

ron, como ya conté, un seminario de filosofía de la educación en la Universidad Pedagógica Nacional, y sin aceptar que pueda existir algo a lo que se le llame “filosofía de la educación”, pude comunicar a los maestros que asistieron la necesidad de que en la universidad se abandone lo más pronto posible la costumbre archiconocida de transmitir ideas elaboradas por otros, poco o apenas cuestionadas por nosotros mismos, aprendidas y enseñadas de modo rutinario, sin ningún intento de recuperar la extraordinaria y muy valiosa capacidad de formular interrogaciones verdaderas, no retóricas, que en todo caso son las que representan el único camino de la libertad de ser y de pensar, ajenas por siempre a cualquier inteligencia artificial. La universidad llega a su fin y pierde su auténtico propósito cuando en sus aulas sólo tiene lugar una distribución de ideas—comprada o no, bien pagada o gratuita—sobre lo de acá y acullá. Como lo platicamos tantas veces, los estudiantes pueden irse de la institución con muchas ideas en la cabeza, pero sin haber quedado capacitados para responder a los problemas nuevos que se les presentarán en su práctica profesional y en su vida personal.

Tu invitación, querida Carmen Beatriz, me entusiasmó y conmovió mi ánimo porque quise interpretarla como la privilegiada oportunidad de poder construir una genuina universidad de nuestros días, realmente humanista en el mundo de hoy, tan familiarizada con el griego y el latín como con las lenguas modernas, y al mismo tiempo cumplir la tarea obligada de transformar la casa de sor Juana del siglo XVII en el conservatorio internacional del siglo XXI—y los siglos por venir—, que contenga y



preserve su precioso legado literario y filosófico. Tú, de modo indiscutible, has cumplido respecto a ese compromiso un papel de primer orden, muy digno, en verdad, de aplausos.

¿Yo solo habría podido hacer lo que hicimos? ¿Tú sola lo hubieras podido hacer? ¿A mí me habría hecho falta tu amorosa devoción por sor Juana? ¿A ti te habría faltado lo que pude aprender en mi recorrido –ya largo– por los caminos del pensamiento filosófico? Yo debo felicitarte a ti, y tú puedes felicitarme a mí. Lo que pudimos hacer juntos, con la ayuda de muchas personas valiosas, está a la vista. Y lo que has hecho tú sola, también con el auxilio de mujeres y hombres de gran valor, igualmente está a la vista, muy a la vista en el inmueble mismo y en las páginas de tus informes, plenas de buenas noticias, información útil y proyectos maravillosos para los días venideros del Claustro. Varios hechos y acciones permitieron los buenos resultados y auguran otros más.

¿Por qué razón tendríamos que abstenernos de afirmar que muchas instituciones universitarias del mundo han sido construidas porque sus fundadores pudieron apoyarse en lo que lograron conseguir a través de prolongados lapsos de tiempo y esfuerzo y con apoyos financieros de reinos y gobiernos, de fortunas privadas y fundaciones de diversa naturaleza? La Universidad del Claustro de Sor Juana, por el contrario, desde el año de 1975 para avanzar en el rescate y la restauración del inmueble y del año de 1979 con la fundación de la Universidad misma, y hasta nuestros días de 2025, sólo pudo contar con un decreto presidencial para establecerse en el ex Convento de San Jerónimo, y tuvo que partir de lo logrado por tu tía Margarita y las personas que la apoyaron, así como de lo que ella invirtió para echar a andar el Centro Universitario de Ciencias Humanas.

La Universidad del Claustro de Sor Juana nació propiamente al desplegarse la energía de mucha fuerza de voluntad, trabajo, esfuerzo, creatividad y dedicación de tantas personas para llegar a ser lo que es ahora, y únicamente bajo el trabajo fecundo de dos rectorados en treinta y tres años de existencia, el mío y el tuyo. Eso es un éxito, ¿no es cierto?

Para decirlo con una frase hecha, *el inexorable paso del tiempo* ha producido de nuevo cambios importantes en la Universidad del Claustro de Sor Juana, y el más significativo, sin duda alguna, ha sido tu decisión de dejar la rectoría después de treinta y cuatro años en los que atendiste a la institución con el amor desinteresado con que se atiende a un pequeño recién nacido, con mil y un cuidados, muchos días de atención y buena cantidad de desveladas para que todo saliera bien. Y todo salió bien.

El 17 de septiembre de 2024 la Universidad del Claustro de Sor Juana se iluminó con la investidura solemne del tercer rector de esta casa de estudios superiores, con la correspondiente toma de protesta y el discurso inaugural de Rafael Tovar y López-Portillo. Y él, en lugar de prometer cosas para los siguientes meses y años, nos comunicó a todos la abundancia y la diversidad de cosas que ya ha hecho junto contigo en el Claustro en los últimos años. Y pienso que tú y yo, Carmen Beatriz, festejamos con igual entusiasmo la llegada de quien sabe honrar tanto la magnificencia de la rectoría como la excelencia de esta institución.

En la *República*, Platón expone las razones por las cuales el que debe gobernar es el filósofo: porque él está capacitado para ver las cosas tal y como son en sí mismas. Y si fuera necesario explicar la causa principal por la que conviene que el rector de una universidad sea un filósofo, basta con definir a la universidad como casa de las interrogaciones, y entonces se vuelve evidente que el pensador es quien ha aprendido a plantear las preguntas esenciales, que, en el caso de la Universidad del Claustro de Sor Juana en particular, son las relacionadas con la comunidad de maestros y alumnos, con el sentido último del saber y de los conocimientos y con el compromiso de esta casa con México y su porvenir.

Muy querida Carmen Beatriz, no está de más recordar que el privilegio de ser rector de una universidad implica, sin duda alguna, un trabajo de muy alta responsabilidad. Nosotros hicimos *lo que pudimos*, y podemos confiar en que la rectoría de Rafael podrá desarrollarse dentro del círculo del antiguo pero siempre vigente *deber de hacer lo que se puede*. Y eso está bien. ●

Las manos rectoras de Carmen Beatriz López-Portillo Romano

SARA POOT HERRERA



A Carmen Beatriz López-Portillo Romano no la conocí en una reunión social (luego tendríamos muchas, siempre con gente muy querida). Tampoco en una reunión de trabajo (de éstas tendríamos muchas, muchísimas, muchisisísimas más, y las seguimos teniendo, más que las “sociales”, aunque –eso sí– combinar unas con otras indudablemente ha sido de lo más lindo y productivo, con proyectos siempre siempre). Tampoco la conocí en una entrevista (nunca nos hemos entrevistado, ni ella a mí, ni yo a ella). ¿Cómo nos conocimos? Primero, por una llamada de larga distancia (de Ciudad de México a Santa Bárbara, California). ¿Me está llamando Carmen Beatriz López-Portillo Romano? OMG! Me invitaba a hacerme cargo de la edición de un libro dedicado a sor Juana Inés de la Cruz. Hablamos, quedamos en vernos, lo que fue en El Colegio de México. Así fue. Elena Urrutia y yo la esperamos en el comedor del Colmex. Cuando llegó, todas las miradas enfocaron su persona. ¡Cómo no!, ¡qué fina, discreta y natural elegancia!

Tiempo después, nos pusimos de acuerdo para otra cita. Sería en la Universidad del Claustro de Sor Juana. Fecha, jueves 24 de marzo de 1994. Esa misma mañana, Carmen Beatriz me llamó y me cambió el lugar del encuentro, y éste fue en el Centro de Estudios de Historia de México, ahora Carso, allí en Chimalistac. Desayunamos con el doctor Manuel Ramos Medina. Ellos hablaron de lo que acababa de suceder el día anterior: el asesinato del candidato a la presidencia de México. En su diálogo (entre Manuel y Carmen Beatriz) me di cuenta de la capacidad de análisis político de ambos. Del proyecto de nuestro libro casi no hablamos. Ya éste se había echado a andar contando con la confianza de Carmen Beatriz López-Portillo Romano, confianza de su parte con la que siempre hemos contado. Iniciamos el proyecto del libro *Sor Juana y su mundo* (el primer volumen así llamado, puesto que hay un segundo volumen del mismo nombre, coordinado por ella misma).

Corrió el tiempo. Se nos dio “nuestro lugar” en la conmemoración de 1995 en la Universidad del Claustro de Sor Juana, cuando Octavio Paz leyó su oración fúnebre:



Juana Inés de la Cruz, cuando contemplo
las puras luminarias allá arriba,
no palabras, estrellas de letreo,
tu discurso son cláusulas de fuego.

Aquel lunes 17 de abril de 1995, Paz fue figura principal en la Universidad del Claustro de Sor Juana. ¡Y cómo no! Su presencia fue y sigue siendo de lo más significativa (no solamente) para el contexto de la vida y la obra de sor Juana Inés de la Cruz, y Carmen Beatriz López-Portillo Romano lo sabía, lo supo desde siempre. En esa tarde-noche, además del entonces rector, Juan Manuel Silva, estuvieron presentes Rafael Tovar y de Teresa, solidario siempre, y la madre de Carmen Beatriz, la señora Carmen Romano. ¡Una aparición! No sabía (yo) si era madre o hermana de Carmen Beatriz quien, como embajadora que era (y lo ha sido desde



siempre), dio la bienvenida a todos, a todo el público que llenaba la Universidad del Claustro de Sor Juana, donde no cabía ya un alfiler. Eso sí, flotaban las palabras de la poesía, “Lámina sirva el cielo al retrato [...] sílabas las estrellas compongan”.

Después de aquel abril de 1995, en noviembre del mismo año celebramos el (primer) congreso internacional Sor Juana y su Mundo. Entre los invitados especiales, junto con la presencia del padre de Carmen Beatriz, el licenciado José López Portillo y Pacheco (a todos se nos trató de manera especial, y así sigue siendo), estaba el escritor Fernando del Paso, quien presentó con Manuel Ramos Medina el libro *Sor Juana y su mundo*, y aquí vuelvo a los inicios de nuestra amistad con Yiyí, puesto que el proyecto de ese libro fue el primer punto importante en nuestra relación académica y de amistad. Veamos:

Un día (hablo de 1994), sonó el teléfono de mi oficina en la Universidad de California, Santa Bárbara (cuando teníamos el privilegio de tener teléfono en nuestras oficinas en la universidad). Bueno, suena el teléfono. Era la maestra Carmen Beatriz López-Portillo Romano, directora general de la Universidad del Claustro de Sor Juana, a quien medio de lejos había yo visto en 1991, año del congreso internacional dedicado a sor Juana en El Colegio de México. Elena Urrutia y yo, organizadoras del congreso, fuimos a ver a Margarita López Portillo, quien rescató y restauró el ex Convento de San Jerónimo (importante esta mención), para solicitarle realizar allí una velada musical, que estaría a cargo de la primera actriz Ofelia Medina. Y lo estuvo, con una de sus versiones maravillosas de su *Sor Juana hoy*.

Entusiasta, doña Margarita aceptó nuestra propuesta, y recuerdo que la noche de la *performance* nos habló de sor Juana y sus malestares –uno de ellos, dolor de muela, de mandíbula; reuma, tal vez–, como si doña Margarita misma una noche antes hubiera visto a la célebre monja novohispana. El amor y la admiración por sor Juana (lo supe esa noche de noviembre de 1991) tiene varios signos profundos y cada uno es personal y respetuoso.

En esa visita (previa a nuestro congreso) a la Universidad del Claustro de Sor Juana, vi a una mujer joven, a una niña y a un niño. Eran Carmen Beatriz (sobrina de doña Margarita) y sus hijos, Leonora y Rafael, quienes pasaron una buena parte de su infancia en el Claustro (el Claustrito) entre gatos y piedras, muros y patios. Una universidad en ciernes, un pasado espectacular y una figura en el centro: sor Juana Inés de la Cruz, el personaje más extraordinario del virreinato de la Nueva España (¿solamente?).

Allí queda mi recuerdo de 1991 con aquella imagen de una joven madre y sus dos hijos: ella, abogada, maestra, futura directora general y luego rectora de la Universidad del Claustro de Sor Juana, cargos que se ganó a pulso por su trabajo, forjado éste desde un sólido concepto de universidad hasta la realización de sus programas, consistentes y en renovación constante. Visión académica y cultural que ha hecho de la institución una univer-

sidad que trasciende dentro y fuera de México y que al mismo tiempo es casa abierta en su contexto inmediato. La dirección-rectoría extiende su responsabilidad hacia el cuidado y el mejoramiento del Centro Histórico de la Ciudad de México. Es una aparición súbita en Izazaga y sus calles aledañas la de ese edificio (ahora de color rojo), cuidado también por el vecindario del Callejón de San Jerónimo... y de sor Juana.

Aquellos niños que acompañaban a su mamá al Claustro han crecido, en la vida y en lo académico: el mayor es el doctor Rafael Tovar y López-Portillo, rector de la institución desde la segunda mitad de 2024; la menor es la abogada Leonora Tovar y López-Portillo, a su vez madre de dos hijos y especialista en gastronomía, como se prueba en su cafetería de la colonia Roma en Ciudad de México y en su libro *Por un dulce de nuez / Interpretación de las recetas del Convento de San Jerónimo* (2022). Los integrantes de la familia son “abejas” guardianas de la Universidad del Claustro de Sor Juana, de excelencia académica, una universidad entre la tradición y la vanguardia: sigue la usanza de los años, va a la vanguardia de las vanguardias y acompaña a éstas en sus propuestas actuales, intelectuales y rigurosas.

Nuestro contacto—entre la entonces directora general y futura rectora y la siempre profesora—(y vuelvo al año de 1994) fue por medio de la querida e inolvidable Elena Urrutia, con quien (repito) se organizó el congreso internacional de 1991 dedicado a sor Juana Inés de la Cruz, del que resultó el libro *Y diversa de mí misma entre vuestras plumas ando / Homenaje internacional a Sor Juana Inés de la Cruz* (1993). Uno de los regalos de Elena Urrutia, fundadora del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer de El Colegio de México, fue precisamente Carmen Beatriz, nuestra muy querida Yiyí. En mi “repertorio de la memoria” están los enlaces, las posibilidades de nuevas relaciones y amistades afincadas en las de toda la vida. Y menciono varios de ellos, pues—a partir de sor Juana, su genialidad, su conciencia de género y su proclamación por la libertad del ser humano—son compromisos enlazados en la cadena maravillosa de la amistad, redes echadas al mar, botellas con

mensajes al infinito donde en sus nubes hay seres que nos sonrían.

Cuando pensamos en y hablamos de Carmen Beatriz López-Portillo Romano, la vemos como una persona que, en vez de dedicarse al *dolce far niente*, a (sólo) “pasarla bien” y entre pasarelas—lo podría hacer, por supuesto—, se ha dedicado desde siempre a trabajar, sin perder nunca el gozo por la vida. Recibió una buena universidad en la que ella misma estuvo desde sus inicios y la volvió excelente; encontró rincones de quimeras y los rescató convirtiéndolos en memorias que reúnen pasados y presentes y auguran futuros promisorios a partir de la educación. Cuántas veces hemos entrado con ella a los espacios mágicos de San Jerónimo, a girar el torno del convento, ahora puerta mayor de una universidad con estudios que van de la cocina a los foros internacionales de investigación, así como de propuestas concretas por los derechos de la mujer.

Cada vez que entramos en el Claustro tenemos la sensación de estar en varios tiempos, con la confianza de proponer, con el gusto de escuchar, con la seguridad de que vamos a aprender. Para nosotros—y este *nosotros* es nuestra asociación UC-Mexicanistas, de la que Carmen Beatriz López-Portillo Romano es integrante—ha sido un regalo poder participar felizmente en “tantísimas” actividades, de abril a noviembre y de enero a diciembre de cada año, desde que conocimos a su directora general y luego rectora—que lo fue desde 1998—, ahora ex rectora a la que Moramay Herrera Kuri, nuestra querida MoraMayita, como directora de la revista *Inundación Castálida* rinde homenaje y me invita a escribir unas líneas.

Por cierto, en la Universidad del Claustro de Sor Juana se conservan títulos y versos de la obra de su poeta: *Prolija Memoria e Inundación Castálida* son dos de sus revistas. El Divino Narciso es su auditorio y teatro. Un espacio “sagrado” es la vitrina en el coro bajo del ex Templo de San Jerónimo, donde reposan los restos atribuidos a la Fénix de México. Cada signo cultural, cada ceremonia, cada instante que reúne ecos de varios tiempos, se deben a “la mano rectora” de Carmen Beatriz López-Portillo Romano, del personal académico y administrativo de la institución que ha dirigido, testimonio ahora



del trabajo de personas que sin horarios casi habitan allí. Un ejemplo: Luis Torres Acosta, su director de Difusión Cultural. Cómo decirle no a sor Juana, a la rectora. Y, desde hace unos meses, a su joven nuevo rector. Si el Convento de San Jerónimo era una familia de monjas, la Universidad del Claustro de Sor Juana ahora es otra vibrante familia, de la que nos sentimos parte.

Y hablando de acciones y palabras, hemos escuchado a su hoy ex rectora hablar de distintos temas: filosofía, ciencias, literatura y otras artes, artesanías, oficios, gastronomía y muchas de nuestras costumbres mexicanas. Dentro y fuera de la Universidad. La hemos escuchado (entre “mil lugares”) en Ciudad de México, Los Ángeles, Santa Bárbara, Almagro, Uxmal, Mérida. En una ocasión, al viajar ella precisamente a Mérida invitada por el Ayuntamiento, le escribí estos renglones, que titulo como sigue:

Un pequeño pliego, un paréntesis

El sábado 10 de junio de 2017, el festival Noche Blanca de la Ciudad Blanca mexicana tuvo como invitada especial a Carmen Beatriz López-Portillo

Romano. A punto de viajar ella a Mérida, le mandé un correo. No supe si lo recibió y lo leyó. En él le digo (y aquí va el pliego de unas líneas de hace casi ocho años):

Querida rectora de la Universidad del Claustro de Sor Juana (va para ti este “billetito”):

Veo que en el programa hay un extraordinario pasaje virreinal, Voces de Sor Juana. De antemano, felicitaciones a la Dirección de Cultura del Ayuntamiento de Mérida por su iniciativa y por extender el encuentro aquel de UC-Mexicanistas que, después de Uxmal con Juan García Ponce, llamamos “Las tres Elenas”, cuando—con acorde de notas recién halladas—Russell Montañez y tú se encontraron en la esquina de la Universidad de Yucatán, y luego se concertaron en la Filey. De las letras a Juan García Ponce y las dedicadas a Elena Urrutia, Elena Garro y Elena Poniatowska de aquel fin de semana de septiembre en Uxmal y en Mérida, ahora en junio vuelves a Mérida para escuchar y hablar también en este programa de música barroca dedicado a sor Juana. De las letras a la música, de la poesía a la canción.

La cultura extendida es una metáfora que hoy brilla en las voces poéticas y musicales en este Olimpo que de su fuente mitológica—*Inundación castálida*—derrama alegría.

Noche blanca en Ciudad Blanca (“muchacha, tú ríes”, pensando en *Blanco* de Octavio Paz). A propósito de “blanco”, de “blanca”. ¿Te acuerdas? Sor Juana habla de una pared blanca cuando, entre burlas y veras, dice: “la buena cara de una mujer pobre es una pared blanca donde no hay necio que no quiera echar su borrón”. Y, barroca la poeta, no puede hablar de lo blanco sin aludir a lo negro:

—¡Ah, ah, ah,
que la Reina se nos va!
—¡Uh, uh, uh,
que non blanca como tú,
nin Paño que no sa buena,
que Eya dici: So molena
con las Sole que mirá!

Versos en “voces negras”, como cuando dice:

—Aunque Negro, blanco
somo, lela, lela,
que il alma rivota
blanca sá, no prieta.

Estos versos son respuesta festiva a uno de sus propios versos: “lágrimas negras de mi pluma triste”, retórica del llanto que esta noche blanca se transforma en fiesta. Los colores en sor Juana son diversos como ella misma, quien tuvo conciencia de los otros, de las otras, de lo otro. De allí que, criolla y americana, se conciba también “mestiza”.

Desde San Jerónimo y contigo—muy querida Yiyí—, ella nos envía una jácara, una jácara en una jácara. Esas que usamos en las casitas blancas de paja, en una ciudad blanca, “branca” en portugués, que no bronca. Esta noche blanca en Ciudad Blanca nos recuerda que la noche era el tiempo, el momento de la escritura de nuestra Décima Musa: “Nocturna, mas no funesta, / de noche mi pluma escribe”. Su pluma en voces de ustedes tres (Celia la del prado; Teresilla, tan muchacha; tú, rectora/

virreina) y en cuerdas al viento de una gran cámara dirigida magistralmente en una noche blanca que es de todos. Con las Voces de Sor Juana, a lo lejos se escucha el legendario caracol maya, que nos trae la quimera de hallar el caracol de la poeta, pieza perdida hasta el momento. Si una noche blanca lo hallamos, habremos vivido plenamente “el mundo iluminado” para despertar mañana con el “rayito de sol”.

Eso fue hace casi ocho años. Lo que brevemente escribí a la rectora de ese entonces sigue siendo lo mismo que le digo ahora, cuando ha dejado la rectoría de la Universidad del Claustro de Sor Juana en quien conoce el lugar como la palma de la mano, de la suya propia y la de su madre, y la mano heredera es el apretón más profundo entre las generaciones.

Abogada, maestra, filósofa, oradora, Yiyí pinta, escribe, es hermana, es cuñada, es madre, es tía (un día, en Santa Bárbara, me visitó Tatiana, su sobrina artista y fina como su familia); es abuela de Leonora y de Gerardo; es amiga, es colega, es cuata, es cómplice. Cuando, como lectora profesional (y de herencia que practica todos los días), en diciembre de 2024 recibió el Homenaje al Bibliófilo José Luis Martínez de la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, enseguida de pronunciar su discurso, emotivo y agradecido, levantó hasta lo alto y con una mano el diploma. Contenta, feliz, sonriente, firme, segura. Con ese reconocimiento, Carmen Beatriz López-Portillo Romano cerró 2024, año en que se alejó de la rectoría, para seguir caminando sobre otra de las líneas rectas de la vida con la mano horizontal que abre nuevas formas de vivir. Cuando empecé a escribir este texto, reflexioné que de 1994 a 2024 habían pasado ya treinta años de nuestra amistad—treinta más uno, vamos contando en 2025—, que comenzó el día que nos conocimos. La amistad es un regalo de la vida: celebro conocer a Yiyí, doble “y” de conjunciones de afectos, de cariño, de sumas y multiplicaciones.

Abril es el mes de su nacimiento; 2025, el año de su renacimiento. La abrazamos, la felicitamos, la admiramos, le agradecemos, la queremos. ●

Instantánea de un recuerdo

MARISOL SCHULZ MANAUT



La verdad, no recuerdo bien en este momento cuándo conocí a Carmen Beatriz. Pienso que fue hace por lo menos veinticinco años, cuando en la Universidad del Claustro de Sor Juana se organizaban encuentros de escritores hispanoamericanos y yo, que en esa época era la directora editorial de Alfaguara, acompañé a algunos de los autores de la editorial invitados. En aquella época realmente hablamos poco.

Posteriormente, y eso sí sé que fue hace más de veinte años, emprendimos juntas una aventura editorial: la creación de la colección de literatura erótica “Primero Sueño”, publicada en coedición por Alfaguara y el Claustro. Incluyó textos de autoras emblemáticas de nuestras letras, como Margo Glantz, Sylvia Molloy y Luisa Valenzuela. Y fue ahí que comenzó una amistad que no sólo subsiste hoy, sino que se ha ido fortaleciendo al paso del tiempo.

En aquel momento coincidimos—como enseguida en tantas otras cosas—en entender la literatura como un espacio de libertad, sin fronteras, que podía llevar a donde uno quisiera llegar y donde cabían todas las voces, todas las formas de exploración, incluido el deseo, y que para su difusión eran válidas estrategias, por decir, poco convencionales, e incluso vanguardistas, como cuando se presentó en el Claustro *La travesía* de Luisa Valenzuela, para lo cual se convocó, por sugerencia de la propia autora, a una dominatriz de la vida real, que llevó consigo toda la parafernalia de su trabajo e hizo una *performance* inolvidable. Recuerdo también cuando Jesusa Rodríguez encarnó a la Décima Musa en una presentación, por demás transgresora, en la que puso en escena un fragmento de *Primero sueño*, y a la vez que lo ejecutaba iba despojándose del hábito.

Me interesa enfatizar que desde un principio, al concebir ese proyecto, Carmen y yo compartimos la idea de que como editoras teníamos la posibilidad de jugar no sólo con la selección de los textos para ese catálogo, que eran obras de autoras aclamadas, de gran importancia literaria, sino también con la manera de hacer llegar al público esas obras. La experiencia fue enriquecedora en muchos sentidos.

En fechas no tan recientes—o tan recientes como se antoje—, la complicidad con Carmen se ha extendido a la colaboración entre la Universidad del Claustro de Sor Juana y la Feria Internacional del Libro de Guadalajara, muy particularmente con la alianza que tenemos para el Premio de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz, un reconocimiento al trabajo literario de las mujeres en el mundo hispano que se entrega año con año, desde 1993, a la autora de una novela publicada originalmente en español.

Quiero finalizar diciendo que de Carmen he admirado siempre su temple, su elegancia, su saber hacer, pero sobre todo su elocuencia, su entendimiento del mundo, la manera como ella combina dos características sumamente extraordinarias: la de un ser humano fuerte y a la vez sensible. Todo ello ha estado al servicio de la Universidad del Claustro de Sor Juana, por lo que no es gratuito que hoy se encuentre entre los mejores recintos académicos de nuestro país.

No quisiera que este breve pero sentido texto suene a despedida, Carmen, sino a gratitud por una amistad que, estoy segura, perdurará por el resto de nuestras vidas. ●



Y, sabia es...

ANTONIO CORDERO

Yo no sé por qué a personas absolutamente parciales nos piden testimonios para revistas de prestigio. Lo tomo como un intento de pluralidad de los promoventes de esta castálida iniciativa. Y lo agradezco.

Empecé a intimar con la rectora cuando todavía no lo era pero ya había llegado, para fortuna del Claustro de Sor Juana, a sus largos pasillos, empezando como directora general. Las batallas iniciales las dimos juntos: deshacernos de sujetos nocivos que mucho contradecían el noble sentido de la institución para la que trabajaban. En esos primeros esfuerzos de comedia, sainete y prosa, se vislumbraban ya el temperamento y la inteligencia que se necesitarían para sacar adelante una empresa tan difícil. No conocía todavía, ni se había manifestado aún, su Pasión (así, con mayúscula), ingrediente indispensable para conducir a estado sobresaliente toda cosa. Y es que sin pasión los proyectos pueden resultar, pero se quedan en la justa medianía de los medianos. Ella, Carmen Beatriz, está dotada para lo extraordinario, y el Claustro era la oportunidad de demostrarlo.



Siguiendo con el nepotismo que a su familia rondaba, decidió sublimarlo honrándolo, y tomó la batuta del esfuerzo titánico que representó el rescate del edificio por su tía Margarita y la continuación de la institución educativa que estructuró su prima Pilar. Vaya mujeres... Un ciclo lleno de logros pero agotado terminaba, y otro glorioso estaba por comenzar. Carmen Beatriz se encomendó a los espíritus que habitan entre los gruesos muros, y pronto la acogieron aquellos seres, con el visto bueno, desde luego, del principal, el de doña Juana, que, entiendo, sigue dirigiendo los destinos del lugar. De inmediato se puso a trabajar: el nombre, las carreras, más cursos, menos pérdidas, renovación de personal, remodelación de espacios. Rescató lo que andaba bien y desechó lo que no andaba. Posicionó la gastronomía nacional donde nuestra cultura lo exige en cumplimiento de los mandatos que la monja dejó en succulentos recetarios como testamento y para delicia del pueblo que egresa de la Universidad del Claustro de Sor Juana como reconocidos chefs. En fin, los resultados posteriores son patentes y nada me pagaron por este escrito (en todo caso, fue muy poco) para yo prestar mi pluma a difundirlos. Tampoco me propongo aburrirlos, porque son muchos, pero sí tendré que decir, como seguramente otros dirán, que las metas están cruzadas y los ideales están acercados hasta el punto prudente para que sigan siendo. Tampoco me anima hacer el relato de los hechos logrados por la persona, sino una apología –lo advertí– de la persona.

La conozco desde siempre aunque no siempre la conocí. Fue realmente hasta que la empecé a tratar de cerca, cuando eran años difíciles, sobre todo para alguien marcado por los estigmas de la política, que alejan a muchos del ambiente adverso. Decidió alistarse en el ejército de su patria y donde más se necesita: en la educación. Tarea difícilísima en un país donde no siempre ayudan los que deben ayudar y estorba quien pretende impulsar. Aunque, justo es decirlo, también encontró los apoyos que procuró para construir la institución que es hoy, y la supo defender con coraje y talento cuando altas influencias con bajas intenciones sorfiloteas pretendieron aprovechar sus logros para beneficio propio y de otros. Es una mujer realizada en la tormenta; atraviesa sus luchas con entusiasmo y defiende sus convicciones con fe, porque eso son, creencias que sostener; no importa el campo de batalla sino el valor a proteger. Así, he visto a la licenciada en Derecho egresada de universidad pública, la Universidad Autónoma Metropolitana, desde que tengo recuerdos, como oradora y ponente; otorgando reconocimientos a personajes destacados como Octavio Paz, Carlos Fuentes, el ingeniero Slim, a muchos otros que no son de renombre pero que supo distinguir por su valor humano, porque lo merecen. A la vez, he apreciado a la maestra por la Sorbona de París estructurando planes de estudio, en labores



de gestora, en los laboratorios, escogiendo el tono de la pintura para las paredes, limpiando el prado, protegiendo a los gatos—útiles y destacados habitantes del ex Convento de San Jerónimo—. Pero también la he observado donde se batalla de otra manera: en el ámbito de lo familiar; en la madre, la hija, la hermana, la abuela que se manifiestan en el ser que más se necesita: como leona dando afilados zarpazos, de enfermera meciendo cariñosamente la cuna, cocinando quemadas quesadillas, jugando torpemente al fútbol. Son los empeños en su casa. Es la adoración de sus nietos, la mamá gallina de sus hijos, amiga de sus amigos; la tía favorita de su sobrino preferido.

Desde luego, si se pretende conocerla más a profundidad, habrá que averiguar qué hace cuando no tiene nada que hacer. Nuestra homenajeadada tiene complejas pasiones que heredó de sus padres: la familia, la pintura y la música. De libros entiende poco, por eso recibió en 2024 en la FIL de Guadalajara y por su trayectoria el Homenaje al Bibliófilo José Luis Martínez, o sea, premio a la bibliófila del año. Como diría el padre Calleja de sor Juana: “su quitapesares es su librería, donde se entra a consolar con cuatro mil amigos”, cuestión que Carmen Beatriz siente porque considera su biblioteca un santuario. Yiyí o Gigí, como le decimos algunos pocos cercanos, está consciente de que quien escribe un libro deja parte del alma en él y de que quien lo lee y lo aprecia construye un vínculo emocional con el contenido y hasta con el objeto, lo que no le hace fácil desprenderse de él. Nuestra literata ha dado a la prensa varios “borrones” que engrosan ya los libreros con los que algún día un niño que no conocerá reconocerá a su Tata de la pintura del recibidor de la que tanto le han contado.

Sus bajas pasiones: los frijoles, dos copas de tequila y hasta tres, cuatro malas palabrotas que no aprendió en la Sorbona y el humor negro. Ríe a carcajadas y lee dulcemente en público, como contando un cuento, aunque éstas no son pasiones sino capacidades, perfeccionadas cuando se libera uno de los convencionalismos sociales, lo primero, y cuando uno intenta conservarlos, lo segundo.

Y bueno, ¿qué más? Respecto a su s...enta aniversario, decir que no tengo prohibido el tema y mucho menos le importa, porque guapa ha sido y será, pero si la prudencia asoma, más contenta mejor tenerla porque su vanidad tendrá. Si se trata de relacionar el presente con la intención de esta publicación, puedo agregar que la señora se desprende del cargo que ocupó con gran dignidad y feliz porque sabe irse “cuando todavía quieren que te quedes”. Y, sabia es, porque quiere; porque necesita tiempo para desarrollar los dones con que las musas la bendijeron, para estar más cerca de los nietos que nunca la tuvieron lejos. Y porque sabe que quien viene en su lugar lo hará igualmente bien, pero como águila que es, desea verlo en pleno vuelo. ●



A mi cóatl, porque “*poder*” es *poder* *todo sobre sí*: un homenaje, entre recuerdos y afectos¹

LUCÍA RAPHAEL

La felicidad no se encuentra en lo que tenemos,
sino en lo que somos capaces de compartir con los demás.

Memorias de Adriano, Marguerite Yourcenar

● **¿** Cómo se hace el homenaje a una mujer como Carmen? ¿Cómo hablar de manera justa, honesta y objetiva de una amiga tan entrañable? Una que ha sido un poco mi mentora, un mucho mi cómplice, *mi chief* (como todavía se me sale decirle aunque hace más de veinte años que trabajé con ella), y, sobre todo y ante todo, *mi cóatl*.

Escribió Marguerite Yourcenar en el prólogo a *Orlando* de Virginia Woolf: “Para escribir la biografía de una persona, hay que escribir al menos ocho o nueve biografías, porque en cada un[a] de nosotr[a]s se ciernen al menos tres mil yoes”. Bueno, eso mismo me está pasando en mi deseo de hacer un homenaje a Yiyí, porque Carmen es un caleidoscopio de vidas y de riqueza vivida en esas vidas. En este texto no pretendo abarcar todas esas vidas y riquezas, no sería posible. Mi intento es modesto: atrapar en girones, en pequeñas muestras, lo que percibo y pienso de mi cóatl Yiyí. Primero, por

¹ Destacada en cursiva en el título, una idea desarrollada por Michel de Montaigne en sus *Ensayos*.



las muchas vidas que ha vivido en una sola; por la riqueza de espacios e historias que la han habitado y que la habitan; por las pasiones y las cosas que la hacen sentirse orgullosa, por las que la hacen dialogar consigo misma; por su manera de hacer y de pensar la vida, la educación, la universidad, el Claustro, sor Juana, la filosofía, el derecho, la política... En fin, sus múltiples *casquets* (como dicen en Francia), sus múltiples roles como mujer, abuela, madre, hija, esposa, rectora, amiga... Segundo y último, pero no menos importante para mí, por las muchas formas y los muchos formatos en los que he tenido el placer, el privilegio, el regalo de la vida de ser amigas en ya treinta años de conocernos.

I. Las muchas vidas que ha vivido en una sola

Carmen es orgullosa hija de su historia, parte de la riqueza que le da sentido a su persona y a su personaje. Lleva en sí misma, en su ADN, una época que se integra a la historia de México, una percepción y una concepción de la vida que ella honra y la marca, tanto para bien como para mal. Y asume cada parte con orgullo, con honestidad y con los pies bien plantados sobre la tierra. Es hija de un abogado que hizo su propio nombre antes de hacer política, un hombre culto y un pensador, y eso es lo que más la marcó: todo su proceder es de cara a ese hombre, su formación como abogada, su ser esposa de “un otro” hombre de la cultura. Aunque hay que decir que su relación con las artes es más bien de cara a su madre, y esa relación es profunda, es complicada, como suelen serlo las relaciones con las madres; y también, una relación muy rica y entrañable. Idolatró e idolatra a su padre y a su madre, y aunque fue la segunda de tres hermanxs, siempre he pensado que tiene algo de primogénita, una que fue mirada por sus progenitores con esa forma de amor que la consolidó y la hizo “la mujer de poder” que es, una muy solidaria, mezcla de patricio romano, centauro del norte y escuincla traviesa, lo que también marca su relación con el mundo, con lxs suyxs y con sus proyectos. Hablo de una patricia educada en Cicerón, lo que la hace entender la vida y el poder como servicio al otro, a la otra, en su bagaje complejo y también indi-

visible. Mi cóatl es esa mujer justa que un día, al principio de mi trabajo con ella en el Claustro, al calarnos una “piedrita en el zapato” compartida, me recibió en su oficina, me sentó en la silla ante su escritorio, y me soltó a rajatabla: “Tú, Capuleto. Yo, Montesco”, mientras, fiel a ella misma, me señalaba y se señalaba en “gestos niñxs”, claros y casi bruscos. Pocas veces he sentido esa clase de risa liberadora, paliativa y amorosa. Yo trabajaba para ella, la situación me ponía en un momento ríspido, pero ella se sintió tan afectada como yo; nuestra “capuleteidad” y nuestra “montesqueidad” nos ponía en la misma línea, en la misma preocupación... y en el mismo afecto. Ese día, como muchas veces después, a través del tiempo compartido y gracias a su humor sabio, Carmen nos salvó de un “deber ser” asfixiante, de una rigidez que no venía de nosotras y de un miedo de la mirada de la otra, del otro, que no nos correspondían². Fiel a su amor por lo jurídico³, Carmen conoce tantos principios de derecho como libros hay en sus bibliotecas: “no hay penas trascendentes”, dice seguido para ambas, y también con este principio la cito en otros contextos, porque no hay nada más cierto. Nuestra amistad, nuestras vivencias, se han entretreído desde esta idea liberadora: somos quienes nos formaron y amamantaron, pero también somos lo que decidimos hacer con ello.

Carmen fue México en sus primeros tiempos jóvenes, y fue París acompañando a Rafael con sus hijos en su juventud adulta, lo cual también la formó, la liberó y le dio un nexo casi de ADN con la tierra gala: “se peinó” todos sus museos, caminó todas sus calles, se aprendió todos sus acentos y siguió leyendo a sus escritores para rescatarse de la historia y a través de la historia. Carmen ha sido, entre muchas otras cosas, una maestra con una vocación que se siente a kilómetros; es de esas docentes generosas que comparten el espacio y el conocimiento sin afán de jerarquías; es formadora de seres humanos, con toda la conciencia y toda la responsabilidad que esa conciencia significa. Ha

² Es a ella a la que cito cuando digo que “el humor nos salva”. De ella lo aprendí, junto con muchas más cosas.

³ Estudió en la Universidad Autónoma Metropolitana, y también eso “se le coló”, para bien, en su percepción de la ética y de la justicia.

formado en el aula, como académica que es, y también ha formado en salas, en casas, en el trabajo cotidiano, en el ejemplo. Y todo ello lo hace con generosidad y con imaginación; lo hace en colaboración, sin imponer, sin hacerse sentir como autoridad, con la seguridad de quien disfruta enseñar.

II. La riqueza de espacios e historias que la han habitado y que la habitan

Yiyí, como la llaman en su familia desde que, a pocos meses de haber nacido, su hermanito mayor, quien no podía pronunciar “Carmen”, la bautizó como “Yiyí”; “como el sonido de un tambor de guerra”... Yiyí, pues, fue y es hija de familia. Su liberación se cumplió (si eso es posible) al abrazar su herencia, al dar un sentido claro y específico al legado de su tía Margarita, al darle a un espacio singular el mejor de los sentidos: el de la educación. Me refiero a *ese espacio* que fue habitado por sor Juana, luego abandonado en la historia; un predio, una construcción que a lo largo de los siglos pasó por tantos usos, por tantas identidades, por tantos símbolos (como ser desde cuartel hasta bodega y basurero; como ser “el Smyrna”, un bar de ficheras, y al cual el Claustro le hizo un guiño con una fiesta de danzón celebrada como clausura de unas jornadas sobre la Ciudad de México en 1998). Luego, ruinas: ruinas de convento, ruinas en el Centro Histórico. A ese espacio rescatado Carmen le dio un centro de estudios, una vocación de pensamiento y cultura, inspirada en las universidades de la Edad Media. Lo pensó como el Espacio de la Palabra, el Espacio de las Preguntas, concibiéndolo en el tiempo como una universidad del siglo XXI con carreras urgentes y necesarias para las humanidades (hoy más urgentes que nunca para los humanos). Estoy convencida de que en la Universidad del Claustro de Sor Juana se cumplieron y se cumplen las batallas de Carmen, sus fracturas, su rompimiento con “la autoridad”, así como la edad adulta de las reconciliaciones y los perdones. En ese espacio se apropió de su pronombre y de su nombre, y se reconcilió con él. Ahí se permitió mantener el espíritu de niña, su ser juguetón y revoltoso (como aquella vez en que, mientras jugaba con el alumnado a

las guerritas con pistolas de agua, nos vaciábamos dos metralletas del mismo orden una contra la otra). En el Claustro iniciamos la tradición con la generación saliente de Gastronomía (que, entiendo, todavía continúa) de tomar *el espacio* de noche, caminar por sus azoteas y sótanos, verlo desde otras perspectivas: subiendo y bajando por los techos, por los escalones, por sus distintos volúmenes, para terminar de madrugada todos unidos en círculo, emulando aquellos círculos formados alrededor de una fogata. Para Yiyí, la cercanía con el alumnado ha sido parte prioritaria de su relación con el Claustro, lo cual le ha permitido atesorar decenas de experiencias entrañables (y otras no tanto) a lo largo de estos años.

Para mi cóatl, el pensamiento lo es todo. Hoy me emociona recordar las maneras que se inventaron para “aprender a pensar juntxs la Universidad”. Por ejemplo, la integración de seminarios semanales de filosofía durante las vacaciones y en los cuales lxs directorxs, guiados por el entonces rector Juan Manuel Silva, éramos invitadxs a reflexionar sobre ciertos temas desarrollados por intelectuales como Lévinas, Derrida, Habermas, Heidegger y muchos más. Nos iniciaron en el ejercicio de pensar la vida desde las alteridades y “la ética del otro”. La Universidad ha sido el territorio de los encuentros y los diálogos, de las palabras desdobladas o deconstruidas, de pensadorxs como Octavio Paz, Margo Glantz, Sara Poot, Fernando del Paso, todos lxs sorjuanistas y tantas personalidades que escriben las mil y una historias del Claustro en sus muros. Para el aniversario de sor Juana en 1995, recuerdo, Carmen me invitó por primera vez a asistir a las jornadas. Fueron impresionantes las reflexiones, las ponencias, las actividades artísticas... Esos espacios del Claustro son alucinantes... ¡Los gatos!, y, por supuesto, la propia sor Juana. El Claustro atrapa y teje sobre sus visitantes telarañas de ensueños felinos y monjas insurrectas (al menos una...). En este sentido, y pensando en la relación de Yiyí con el Claustro, creo que también lo hizo ella su espacio de libertad, de rebeldía, de escape y de confrontación consigo misma. También pienso que, ante todo, forma parte del *amor de su vida*: sus hijos, sus nietos, el Claustro.



III. Las pasiones y las cosas que la hacen sentirse orgullosa

Carmen no da paso sin guarache ni inicia un proyecto, de la envergadura que sea, si no implica “un tornado de fuego”. Su personalidad me hace pensar en esos fuegos que podemos ver, desgraciadamente, en los incendios que hoy atajan lugares como la ciudad de Los Ángeles: brillantes, intensos, que mientras bailan en rayos de luz concentrada no dejan a nadie indiferente. El fuego puede ser arrasador o cálido y hospitalario. Carmen es en sí un tornado de fuego (tanto para la creación y el compromiso como para la rabia y la indignación). Su relación con la vida está definida por esas pasiones, por esos proyectos, y por el orgullo y el amor que todo eso le genera: entre otras cosas, por las que la hacen dialogar consigo misma, a veces “hasta hacerse rechinar el cerebro”; por la manera como

se emociona fluyendo en el lienzo de un retrato recién iniciado; en los juegos con sus nietos, que le llenan la vida; las fotos que suele tomar de momentos de la naturaleza, que dejan sin habla a quien las ve; la lectura de Benjamin, de Arendt, de Castellanos; la contemplación de una espiral de Da Vinci en la planta baja de una escalera infinita. Creo que una de sus cualidades más sorprendentes y amables es que no pierde ni por un segundo su capacidad de asombro: escuchar a sus amados Beethoven y Chopin, conmovirse con una pieza de danza butoh por enésima vez, todo eso que la toca de maneras inimaginables. Tampoco, su capacidad empática: juega la niña entrañable que es, y toda ella reverbera emoción, fuerza, conexión, mientras se quita una basurita del ojo en un gesto rápido con empuños de goma.

Carmen se apasiona por esos cuarenta años de proceso de construcción del Claustro de la misma

manera en que se emociona por la defensa de la laicidad, de las mujeres, de lxs suyx; defensa frente a quien sea, frente a lo que sea, y responde desde la indignación, desde la solidaridad, desde la sororidad. Para quienes la conocemos bien no es una sorpresa verla subida en una batalla por la integridad de lxs otrxs, hasta ponerse en ocasiones en riesgo. Un día crea un programa de colaboración con los vecinos de Regina, la calle peatonal que colinda con el Claustro; otro día anda armando programas con sus amigas del International Women's Forum (IWF), siendo presidenta de éste o no; al día siguiente está tumbada en el piso con sus nietos haciendo dibujos, manualidades, o simplemente boca arriba en el pasto buscando formas a las nubes.

Las pasiones de Yiyí son muchas y profundas, de las cuales estoy intentando trazar unas cuantas líneas, pero ella en sí misma lo subraya, sin duda: su familia la sigue en la lectura, en los libros, en las bibliotecas, en la pintura, en los museos, en la promoción del arte, en la música clásica, en la risa, en los viajes, en los espacios históricos, en la arquitectura, en la memoria, en lxs filósofxs y la filosofía, en la buena comida y en la gastronomía, en los bosques, en las playas, en los atardeceres, en la luna, y hasta en el derecho, la justicia y la historia de México. ¡Ah, sí!, lxs amigxs: son definitivamente una de sus pasiones y sabe ser una gran amiga. (Si quiero que este texto no ocupe la revista entera, enlistar así es apenas justo y necesario.)

IV. Las muchas formas y los muchos formatos en los que he tenido el placer, el privilegio, el regalo de la vida de ser amigas

Siempre he considerado un regalo de la vida el habernos encontrado esa tarde del año 95 gracias a sor Juana, a doña Griselda Álvarez y a Rosario (una amiga de mi papá), en pleno homenaje a la Décima Musa, un acto que para nosotras dejó de ser político y se convirtió, al lado de la maestra Álvarez, en una tarde luminosa, entrañable, de esas cuya rareza hace que se queden habitándonos en nuestros afectos, dando lugar a nuevos encuentros entre las tres y creando nuevos recuerdos, cargados de una nostalgia única.

Carmen es *mi cóatl* y yo soy *su cóatl*: así nos llamamos la una a la otra porque nos adoptamos mutuamente bajo el principio de las almas gemelas, que no de serpientes, pues ambos son significados de la misma palabra: *cóatl* = “gemelxs” y “serpiente de dos cabezas”. Así, en principio, ella es *mi cuata* (“cuate” y “cuata” derivan de *cóatl*), es mi hermana del alma. En los tiempos del Claustro fue *mi chief*, mi mentora; ella me inició en la lectura de filósofxs continentales como Derrida. Pero también fue mi hombro para llorar, y mi confesora, y mi conciencia. Y yo también fui para ella su hombro para llorar, y su confidente, y a veces su Pepe Grillo. Tengo recuerdos vívidos que atesoro de aquellos momentos que pasamos juntas. Esa imagen del “cerebro rechinando” que he repetido varias veces fue y sigue siendo un ejercicio reiterado a lo largo del tiempo con ella, en la sala de su casa, en su oficina del Claustro (que huele a cedro antiguo), en el coche mientras nos desplazábamos de un lado a otro, mientras inventábamos y luego poníamos en práctica proyectos para el Claustro, para Difusión Cultural, que se hicieron realidades y de ahí nuevos espacios para compartir y volver a inventar. (Por ejemplo, con Mario Bellatin, cuando era director de Letras, incluimos en la Feria del Libro del Claustro el Encuentro Internacional de Escritores, que tuvo dos ediciones. Y tuvimos la Feria del Tamal, que todavía extraño.) Concepción, aterrizaje y concreción: la complicidad y la libertad con la que siempre trabajamos fue un regalo que agradezco. Lxs autorxs que nos visitaron hoy son todxs muy leídxs y conocidxs, cercanos ahora al Claustro, y fue una delicia escucharlxs dialogar. Las jornadas anuales también son espacios muy bien pensados, que existen desde que la Universidad es universidad. Con Carmen aprendí de los programas abigarrados y los días de cuarenta y ocho horas, lo cual también se lo agradezco. En esas actividades me tocó verla inaugurar, con esa presencia suya que todavía genera admiración en cualquier lugar en el que entra. Ella dice que era *nerd* en la escuela, lo que hoy sería “ñoña”, pero la verdad es que siempre me ha sorprendido la capacidad que tiene de concentrarse, lo estructurada que es, su nivel de disciplina y de autoexigencia. Para sus discursos



inaugurales, conferencias, participaciones en mesas redondas, Carmen dedica horas y tardes enteras armando sus textos, buscando sus citas, inundándose de referencias, porque lee mucho, siempre, de todo (o casi todo). No he leído un texto de ella, y he leído varios, en el que no se vierta de cabeza y de corazón, en el que no “rechine” su cerebro, en el que no trabaje y retrabaje su escritura, una y otra vez, hasta que toca parar porque la fecha de lectura llega. Estoy segura de que si no llegara, ella seguiría reescribiéndolos hasta el infinito.

Yo le debo a mi cóatl no sólo una amistad de tres décadas, no sólo mi primer trabajo con tanta responsabilidad, no sólo aprender el abc de la gestión cultural y artística mientras trabajaba con ella. Le debo su generosidad y acompañamiento como *chief* y como amiga. Le debo esa capacidad suya de hacerme sentir importante; sobre todo, la confianza infinita que depositó en mí para cada proyecto realizado en su espacio. Le debo cantidad de veces en los que esa mujer que podría haber sido egoísta, altanera o deshumanizada fue todo lo contrario: me ha dado lecciones de generosidad, de gentileza, de humanidad. Me regresó el piso muchas veces cuando quisieron quitármelo, y muchas veces ni cuenta se dio, y yo me sentí reivindicada, arropada y empujada a ser mejor. Así es Yiyí, la del nombre de sonido de tambor de un niño: no es consciente de la talla de su humanidad, del efecto que genera cuando entra en una pieza; de lo mucho que inspira a su equipo, a sus hijxs, a su entorno. Y cuando lo ve, lo entiende, sabe usarlo para apoyar a las personas que la rodean, a quienes lo necesitan. Esa inconsciencia suya hace de sus “gestos niñxs” los más sorprendentes, los más valorados, los más disfrutables. Ella es capaz de romper con una broma el momento más tenso, porque sabe “no tomarse en serio”, sabe cuándo hay que “no hacerlo”, y creo que la belleza de ese gesto se debe también a que sabe tomarse en serio a sí misma y lo que hace, y a quienes la rodean y lo que ellxs hacen. Sabe

tomarse en serio la injusticia, la deshumanización y el mundo, a veces con esperanza, a veces con impotencia, a veces con frustración. Mi cóatl tiene su lado “narciso”, como misma ella reconoce, y no pocas veces ha querido rescatar al mundo, segura de que logrará hacerlo..., pero pase lo que pase, logra mantenerse y hace lo que está en sus manos.

Y por último: Carmen sabe cuándo se equivoca y cuándo se equivocó pero no se dio cuenta en ese momento, y sabe reconocerlo, sabe disculparse, sabe restituir en la medida de lo posible lo roto, lo despostillado, lo herido. Y eso la hace más grande. Como decía más arriba, Yiyí no pasa indiferente ni para quienes la queremos ni para quienes no la quieren, y pienso que, en todo caso, el sentimiento que compartimos ambos polos por la rectora (que desde ahora simbólicamente lo será para siempre) es el de un gran respeto por su fuerza, pero también por su capacidad de ser vulnerable.

Carmen, Rafael y Nona: ustedes saben todo lo que lxs quiero. De hecho, la amistad de tus hijxs es también un regalo de la vida, mi entrañable Yiyí. “No hay penas trascendentes”, pero en “el don”, dirías tú, mi cóatl, en la amistad radican un espacio y un gesto de trascendencia que van más allá de unx mismx. Si la palabra *privilegio* tiene una connotación y un alcance de plena humanidad, es en lo que significa cuando se tiene la oportunidad de compartir un afecto sororo, profundo, lleno de admiración, de respeto y de complicidad, sin segundas intenciones, sin intereses, sin dobles caras ni medias tintas. Así de privilegiada me siento de ser tu cóatl, Yiyí, de ida y de vuelta, de haber pasado por tu espacio y haber sido recibida en la hospitalidad más derridiana, de habernos rescatado en el tiempo para seguir hoy aquí manteniendo la costumbre de nuestra “coatlidad” siempre en ciernes. ¡Que las diosas te sigan bendiciendo, Yiyí! ●

Ciudad de México, a 28 de noviembre de 2024

Amistad, pasión, devoción

ALMA SALEM

Generalmente es difícil escribir sobre alguien cuando hay tanto que decir; cuando, amén de la admiración y el respeto personal y profesional, hay una amistad. *Amistad*: esa palabra tan fácil de decir, y sin embargo, subestimada por cualquier descripción dada su profundidad.

A nivel profesional, Yiyí, es indiscutible el reconocimiento y el prestigio que has logrado en muchos ámbitos, entre ellos, el cultural y el académico. “Saber para valorar, valorar para elegir”: basta con conversar contigo, leer cualquiera de tus textos o escuchar alguna de tus entrevistas, para darse cuenta de cómo el saber se vuelve conocimiento y cómo el conocimiento se convierte en una enseñanza constante para el interlocutor. En tu rectoría del Claustro y en tu cátedra, tu visión y tu ejecución no sólo son producto de la inteligencia, de la voluntad, de la perseverancia, sino, más allá, también de asumir una posición, una posición vuelta pasión; el aprendizaje vuelto disciplina y la enseñanza vuelta devoción. Y ahí, siempre, tus cualidades personales: de honestidad, de respeto, de generosidad, de congruencia, entre otras muchas. *Pasión y devoción*: motor de tu rectoría, de

tu cátedra, de tu desempeño profesional, que es, de manera indisoluble, también tu ser individual.

Transformar el saber en conocimiento: suena fácil, también. Pero, en el fondo, es un don que sólo tienen aquellos que saben escuchar. El saber escuchar: qué importante, qué difícil y qué enriquecedor es. Escuchar no sólo lo audible, las palabras, la música; el que sabe escuchar escucha lo que lee, lo que ve, lo que siente, y absorbe cada suceso como conocimiento, como experiencia, como crecimiento. El que escucha tiene la capacidad de empatizar, de profundizar; no sólo de recibir, sino además de enriquecer.

Sin duda alguna, Yiyí, tienes ese don. Y para nosotros es un privilegio que nos escuches, transformando una plática en una conversación; una idea, en posibles alternativas; un problema, en probables soluciones. Siempre con empatía e interés, ingredientes fundamentales de la verdadera amistad. Qué fácil decir la palabra *amistad*; qué difícil llenarla y que la llenen verdaderamente.

Gracias, Yiyí, muchas gracias por tu amistad, por llenar esa palabra tan fácil de decir y tan difícil de alcanzar. Gracias por enriquecernos el camino a todos los que tenemos el gran privilegio de tenerte. ●



Orgullo de nuestra sangre

PILAR CORDERO GALINDO

Recuerdo verla pasar, segura de sí misma, con sus bebés en brazos –uno tan rorro como el otro– caminando por los jardines de Los Pinos. La recuerdo sonriente, de labios rojos y pelo abundante, como sigue siendo ahora. Bella y lejana para mí, era la nuestra una relación no cultivada quizá por la diferencia de edades, o más bien por discordancia de voluntades. No las nuestras. El caso es que yo fui a dar a vivir a Los Pinos durante “el sexenio” porque era parte del paquete familiar.

Tenía trece añitos, y era tímida aunque observadora. Era yo una niña libre que amaba jugar con los amigos de mi cuadra en la calle, todas las tardes de mi vida de aquel tiempo. Me tocaba descubrir, explorar, fallar. Pero las circunstancias nos llevaron, a ambas, a ese otro lugar de jardines y residencias en donde se sucedieron mi juventud temprana y su entrada a la adultez y a la responsabilidad, con la llegada al poder, a las decisiones, a las traiciones y a las tradiciones. Ella, la Yiyí, no salió ilesa, pero salvó su integridad. Eso, ¡sí!, no es poca cosa. En aquella época debimos de haber cruzado dos, tres palabras, y no más.

Fue debido a la enfermedad de su padre, mi tío Pepe, que muchos años después la vida nos hizo coincidir, o, mejor dicho, la sangre. Mi tío llegó a vivir a casa de mis abuelas, para entonces yo ya ca-

sada y con algunos de mis hijos. Así que con cierta frecuencia me la encontraba con mi tío, de visita, charlando de todo y discutiendo también, con una familiaridad y una confianza admirables.

Ella siempre ha sido cariñosa con mis hijos. De niños, les manifestaba un cariño que quizá sólo nosotros comprendemos: una especie de tortura china de cosquillas con juramentos de amor a base de mordidas y movimientos bruscos que a los niños aparentemente no les gustaba pero que en realidad les encantaba. Se daba el caso de que al siguiente día de que fuéramos a visitar a los abuelos –mi abuela Margarita, mi tía Alicia y mi tío Pepe–, los niños sin chistar me preguntaban “¿Va a ir Yiyí?”, porque, claro, era un gran plan para ellos saberse vistos y atendidos aunque fuera mediante mordidas en el cachete por una tía que entre risas se tiraba con ellos a la alfombra, se sentaba sobre ellos para inmovilizarlos, sujetándoles las manos para no dejarlos defenderse de sus cosquillas, y les preguntaba “¿Quién es la tía a la que más quieres?”, y, obviamente, los niños gritaban desesperados, pero sin dejar de reír, un sonoro “¡Yiyí!”, y entonces los liberaba de sus traviesas garras.

Ése es el amor que recuerdo de Yiyí. Una mujer fuerte, ruidosa, simpática, aunque a veces temida. Me explico: me intimidaban su poder, su seguridad, su inteligencia. Yo era menor y siempre tuve



a mi alrededor a grandes mujeres, y me sentía en desventaja, insegura, poco apta para darles alcance a todas ellas. Pero, ¡por Dios!, la sangre es la sangre, y Carmen y yo compartimos harta.

Con la madurez de ambas, la muerte de sus padres y de mis abuelas, y gracias a la sabiduría del Gran Cronos, la vida me brindó la oportunidad de experimentar el más bello rostro de Carmen: su enorme generosidad. Me ha dado lecciones de perdón, de bondad y de humildad. Me invitó a sus círculos de amistades y gracias a ella cuento hoy con un terceto de amigas entrañables.

Y bueno, para qué contar sus propios desafíos personales y familiares, si su vida ha sido más que

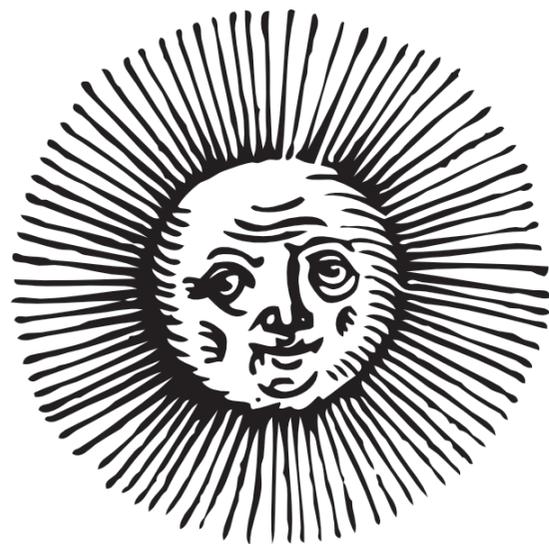
interesante y ya hay y habrá ríos de tinta que puedan contar mejor que yo sus hechos con pelos y señales.

Hoy, en el otoño de ambas, puedo decir sin temor a equivocarme que la Yiyicita es una de las mujeres más valiosas de este país, no sólo por su papel enorme dentro de nuestro Claustro, sino también por ser una mujer completa que honró a su padre y a su madre, que defiende a los suyos con garras y dientes, que ha conectado su inteligencia con su corazón y su voluntad con su instinto. Hizo del Claustro su casa y la casa de todos, y de sor Juana, la guía de su alma y de nuestras almas.

Entrañable Carmen: otro orgullo de nuestra sangre. ●

Canta, lengua¹

ALFONSO MIRANDA MÁRQUEZ



Nobles Mejicanos,
cuya stirpe antigua,
de las claras luces
del Sol se origina:
pues hoy es del año
el dichoso día
en que consagra
la mayor Reliquia,
¡venid adornados
de vuestras divisas,
y a la devoción
se una la alegría;
y en pompa festiva,
celebrad al gran Dios de las Semillas!

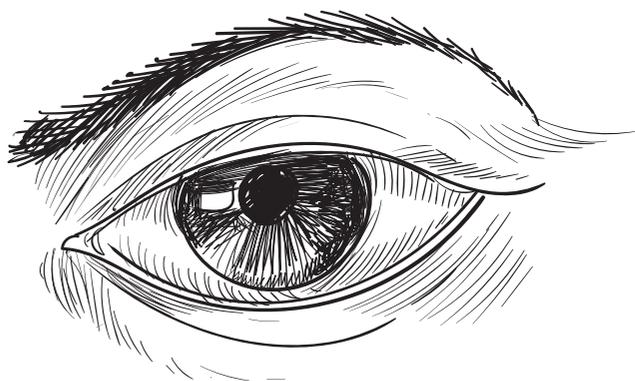
Canto de tocotín entonado por el personaje Música en la loa para el auto sacramental de *El divino Narciso* de Juana de Asuaje, sor Juana Inés de la Cruz, 1689.

¹ Verso criollo 2140 en voz unísona de los personajes Gracia y Naturaleza Humana en el auto sacramental de *El divino Narciso* de sor Juana Inés de la Cruz, publicado y representado en 1690, que a su vez traduce de forma casi literal el himno *Pange Lingua ... [Canta, lengua, del cuerpo glorioso]*, de santo Tomás de Aquino, para la Fiesta de Corpus Christi en que desde el siglo XIII se celebra la transustanciación.

Para Carmen Beatriz López-Portillo Romano, *la palabra es el instrumento, la acción, el ámbito que nos permite acercarnos al otro*. Congruencia entre la idea, la palabra y aquella acción decidida, vehemente, consciente, compasiva, veraz... pasional. Y es que no podría ser de otra manera, su linaje abreva en célebres generaciones y permea en fértiles derroteros...

Ciclos que construyen identidades. Voz límpida que en polifonía barroca orquesta coros de notas humanistas, filosóficas, juristas, artísticas, científicas, gastronómicas... astronómicas. Diálogo crítico rector cuya reflexión en voz de la directriz de nuestro Claustro de Sor Juana apunta a la reconciliación entre quien piensa, siente o tiene de una manera diferente. Péndulo entre el “yo” y la “otredad”, entre nuestros pasados y nuestros presentes. A decir de Carmen Beatriz, *si alguien critica, en realidad lo que tenemos que entender es que esa crítica viene de esa persona y su cúmulo de experiencias, y hay que recibirla de manera enriquecedora, una mirada que esa persona tiene sobre el ser y el quehacer de uno*.

Del *Óyeme con los ojos sorjuanino* al *resulta fundamental darnos tiempo para escuchar*. Y sí, *esta sociedad ha dejado de escuchar y pensamos que la crítica es agresión*. Y no, pues como asevera López-Portillo Romano, *la crítica y la educación están basadas en la escucha. Uno tiene que aprender a escuchar, para que aquello que estamos percibiendo como crítica enriquezca lo que somos. Es decir, hay un otro que me está percibiendo a mí de tal forma, qué es lo que tengo que hacer, de qué manera tengo que variar o no variar, para que esa persona perciba mi intención, o cómo acepto esa crítica para mejorar; ya que siempre se puede mejorar, crecer, aprender a desplegar mejor nuestras cualidades*.



La escucha es fundamental. *Hemos perdido esa inocencia al acercarnos a los demás—explica la voz-mujer—, hemos perdido el acercamiento al otro de buena fe: el diálogo. Hemos perdido la importancia de las palabras; creemos que se las lleva el viento, y no, las palabras permanecen y son los pilares de la realidad*.

Aquellas sus palabras—Eco sin Narciso—nos han enseñado a tender puentes de entendimiento entre realidades disímiles. Retos que se han enfrentado con la quintaesencia del compromiso por un país arado con dolor y esperanza. El ejemplo de Carmen Beatriz resonará en aulas humanistas y en memorias, las más amplias... Su legado es un presente que se antoja futuro. Canto cómplice de tantas acciones positivas. Piedra lanzada a un estanque, cuya onda de choque rebasa el tiempo diacrónico y sincrónico. Fronteras líquidas entre tradición y vanguardia. Simiente-cimiento. Loa que acompasa nostalgia, reconocimiento, aplauso, ahí donde en urdimbre y trama tejemos, entre todas, entre todos, entre todes, a México.

Gracias, rectora; gracias, Yiyí. ●

Verano de lluvia copiosa, quizá por presentir el cierre de un ciclo glorioso, Ciudad de México, 2024

Compartir con Carmen momentos importantes de nuestras vidas

VÍCTOR M. GONZÁLEZ

Puedo decir que Yiyí y yo nos conocemos de toda la vida. Desde que corríamos por el pequeño patio del kínder, pero en donde los primeros días de nuestra vida escolar queríamos regresar con nuestros papás en vez de quedarnos entre maestros y niños desconocidos. No pasó mucho para que superáramos eso gracias al cariño de las maestras, pero también con la convivencia con los compañeritos.

A lo largo de esa primera etapa escolar no siempre estuvimos en el mismo grupo, pues, según recuerdo, los primeros años la dirección del colegio nos iba ubicando en los diferentes que había, algo como parte de nuestra formación. Fue en sexto de primaria que nos volvió a tocar juntos, y ya para entonces empezaban a definirse con mayor claridad nuestras aficiones y habilidades, algunas que compartimos, como la literatura y la música. Siempre me sorprendió que, más allá de algunas de las cosas por las que teníamos preferencia, mi querida Yiyí tenía muchas más habilidades de las exigidas o esperadas en cada fase de nuestra educación.

Llegó la secundaria, y nuevamente nos volvió a tocar juntos. Hubo muchos momentos de convivencia, tanto en las actividades dentro de la escuela como en las que realizábamos fuera. Hicimos, por



ejemplo, un viaje memorable por el centro del país, con todo nuestro salón de segundo.

Luego, durante algún tiempo nos dejamos de ver, ya que nuestras trayectorias de bachillerato y profesional nos llevaron por diferentes caminos. Pero en un momento dado empezaron las reuniones de ex alumnos, y ésa fue oportunidad para reencontrarnos y retomar la amistad que sin querer se había quedado como en suspenso.

En años recientes, las redes sociales nos han permitido mantener el contacto y fortalecer las relaciones con los compañeros de grupo, tiempo en que hemos ido descubriendo otras cosas en común, las que corresponden a nuestra edad adulta, sin dejar de compartir los intereses de nuestra niñez y los recuerdos. Nuevas experiencias seguimos atesorando año con año. Una de aquellas aficiones que nos acercó cuando nos conocimos ha permanecido, se ha vuelto parte de nuestra personalidad, acrecentándose: el gusto y placer de la lectura (que, por cierto, siempre ha tenido muchos adeptos, pero también detractores).

Gracias a ese gusto y placer hemos tenido la oportunidad de compartir, además de presentaciones de libros tanto en la Universidad del Claustro de Sor Juana como en la FIL de Guadalajara, otras

actividades artísticas y culturales en diversos foros. Uno que me emociona mucho es el Altar de Muertos que se organiza año con año en el Claustro.

Es admirable lo logrado por Carmen como rectora del Claustro. Pero, lo sabemos, todo ciclo llega a su fin, y hoy le toca a mi querida amiga pasar la estafeta, y quién mejor para continuar su labor que Rafael Tovar y López-Portillo, su hijo, que ha seguido los pasos de su madre durante muchos años. Estoy seguro de que Rafael alcanzará nuevos niveles de excelencia, pues ya ha dado muestras de su gran labor desde el primer momento de su rectoría.

Y me gustaría volver a decir que lo realizado por Carmen al frente del Claustro es impresionante; me inspira una especial admiración cómo ha logrado consolidar una gran institución, reconocida y respetada, en más de treinta años, y esa admiración crece todavía más ahora que ha decidido iniciar una nueva etapa en su vida, en la que continuará con aquellas actividades que la nutren y la fortalecen y que tanto le gustan.

Me alegra haber tenido la oportunidad, a lo largo de tantos años, de contar con su amistad, una hermosa amistad nacida de niños y que me ha permitido compartir con ella momentos importantes de nuestras vidas. ●



Por supuesto, me inquietaba quién se quedaría al frente del Claustro. Mi madre no tenía ya edad para hacerlo, y además la época que se vivía era bastante difícil. Cuando supe que mi madre había recurrido a Carmen Beatriz para dirigirlo, sentí una gran tranquilidad, porque sabía que estaría en buenas manos. Y así fue: Yiyí pudo y supo dirigirlo desde que tomó el Claustro de Sor Juana, y ahí siguió con su vocación en las humanidades. Tuvo el acierto de ir haciéndolo crecer con la creación de diferentes carreras, novedosas y atractivas, y pronto convirtió ese centro educativo en una de las universidades más importantes de México. Por otro lado, con su carisma personal, se ha desenvuelto sin que le pesen los méritos de los ancestros ni de los personajes que la han precedido, ni de quienes afortunadamente aprendió y heredó grandes cualidades.

Es, qué duda cabe, una magnífica madre y abuela protectora, cariñosa, que hace milagros con su tiempo para dedicarlo a ellos con verdadero amor. La he visto correr a recoger a sus nietos a clases de fut y preocuparse por los problemas de los hijos cuando se siente impotente para ayudarlos.

Yo me jubilé de ASEC-CUIH a los cincuenta años de fundado, de manera que en 2023, cuando publiqué mi libro, recurrí al Claustro para presentarlo. Asimismo, el Claustro fue escenario para la ceremonia de reconocimiento *honoris causa* del distinguido intelectual español Rafael López Guzmán. En ambos casos, Yiyí nos recibió con su característica generosidad y calidez, lo que mucho agradezco.

Yiyí ha pasado por momentos difíciles en su vida, crisis familiares—como suele suceder en muchas familias—, pero ha sido conciliadora y prudente, y ha logrado resolverlas con inteligencia y sabiduría.

Yiyí, Carmen Beatriz, se retira ahora de la rectoría del Claustro. Para mí sigue siendo muy joven, pero es cierto que son muchos los años en que ha trabajado muy duro, y se merece esta jubilación. Le quedan muchos años por delante, para viajar, para pintar—porque además pinta de maravilla, como varios de la familia—. Le deseo que sean muchos estos años de retiro, que sean muy fructíferos; que tenga paz, amor familiar y fraterno; que disfrute de la vida, del mundo, de sus hijos, de sus nietos.

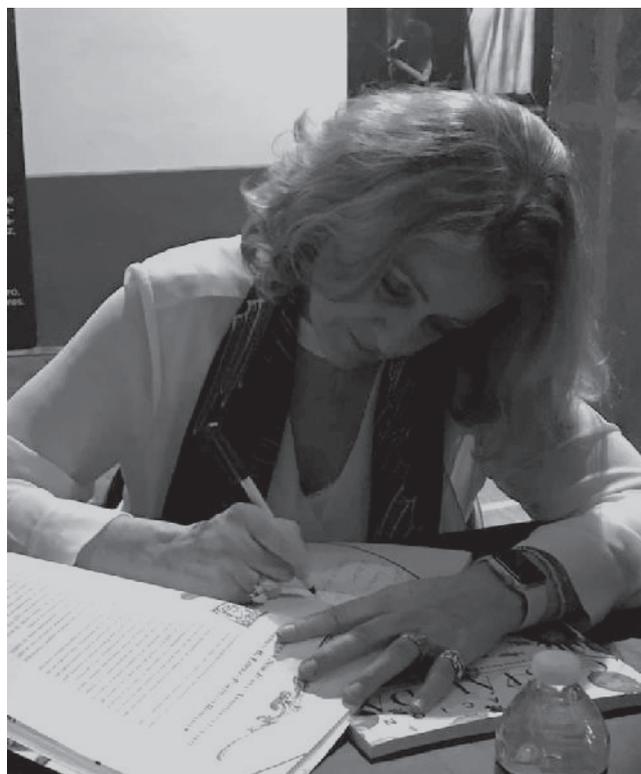
Que Dios, Yiyí, siga contigo. ●

Esbozo de una gran trayectoria

LUIS NORBERTO CACHO PÉREZ

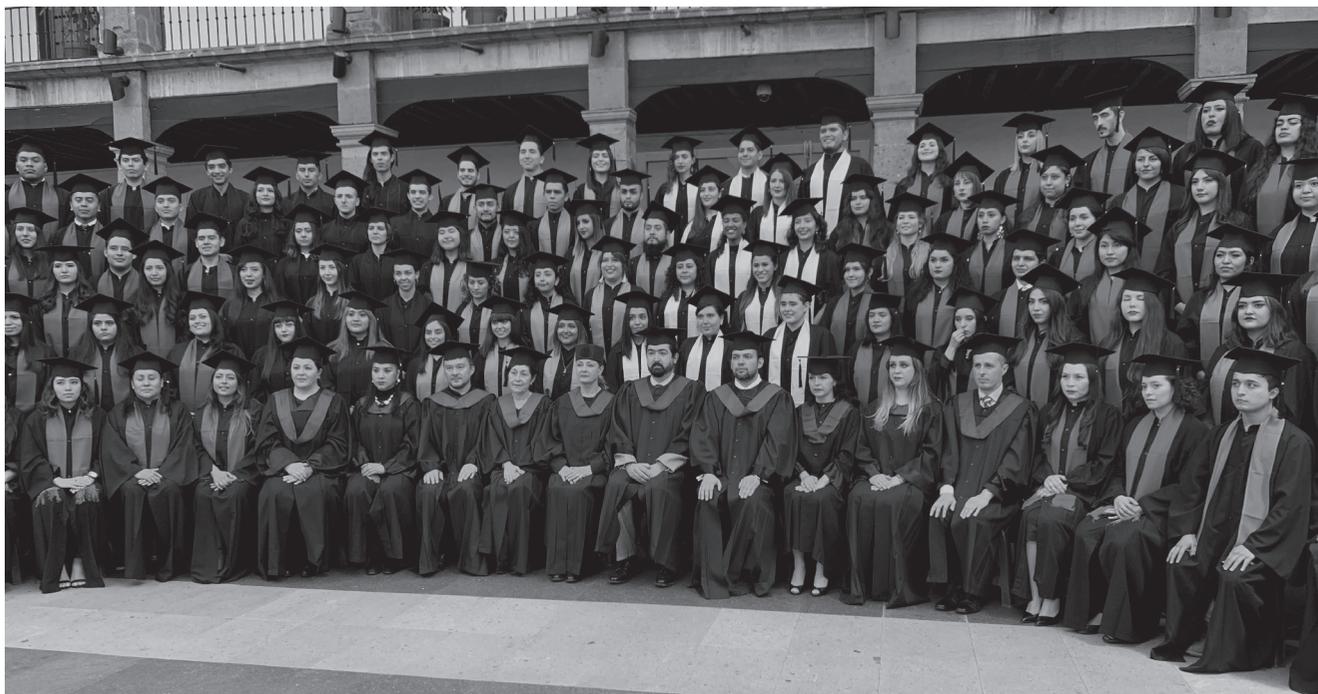
Cuando la directora de esta revista *Inundación Castálida* me invitó a participar en un homenaje escrito para celebrar a la maestra Carmen Beatriz por su jubilación del Claustro, pensé en que podría ser mediante una semblanza completa de su trayectoria profesional, académica y cultural. O que podría destacar la influencia que ha tenido en la vida universitaria de México, o en la investigación, la preservación y la difusión de la vida y la obra de sor Juana Inés de la Cruz, o en cómo la suya ha sido una vida completamente entregada al servicio de los demás. Pero me convencí de que escribir sobre cualquiera de esos aspectos en que ha incursionado ella implica una investigación extensa, para no omitir ningún dato esencial, ninguna perspectiva reveladora, y que seguramente otros, más preparados que yo, están llamados a hacer la biografía que se merece.

Por lo tanto, junto con las siguientes líneas deseo expresar mi más profundo agradecimiento hacia la maestra Carmen Beatriz, por la amistad y la confianza con que me ha distinguido durante estos treinta y cuatro años de estrecha colaboración, y porque me ha permitido participar en algunos de los proyectos más importantes de la Universidad del Claustro de Sor Juana.



Abogada, sorjuanista, educadora, promotora cultural, conocí a la maestra Carmen Beatriz López-Portillo Romano a principios de los años noventa del siglo pasado, cuando inició su gestión al frente del Claustro (como directora general primero, luego como rectora). Licenciada en Derecho por la Universidad Autónoma Metropolitana, se graduó con el promedio más alto de su generación. Sus estudios los continuó, después, para obtener el título de maestra en Historia de América Latina por la Sorbona de París.

Siendo ya rectora del Claustro, he tenido el honor de apoyarla jurídicamente en la consolidación y la defensa de la Universidad. En años más recién-



tes, me invitó a ser profesor de las licenciaturas en Estudios y Gestión de la Cultura, en Derecho y en Producción de Espectáculos. Luego, junto con sus hijos Rafael y Leonora, me hicieron integrante de la asociación civil de la Universidad del Claustro de Sor Juana.

Si el Claustro es una institución de educación superior que cuenta con estudios de excelencia, con las debidas acreditaciones ante las autoridades educativas y, sobre todo, con prestigio en el ambiente académico y profesional tanto en México como en el extranjero; si sus estudiantes y sus egresados ponen en alto el nombre de la institución, todo eso se debe al esfuerzo, la dedicación y el sacrificio que la maestra Carmen Beatriz siempre ha puesto, desde el primer momento, en la Universidad.

Cuando tomó posesión del cargo como directora general en 1991, el Claustro era una universidad que se iniciaba en el medio educativo mexicano, con déficits económicos, con poco más de cien alumnos en dos licenciaturas y con el ex Convento de San Jerónimo todavía con muchas restauraciones pendientes. Bajo su rectorado, que asumió en septiembre de 1998 y concluyó en septiembre de 2024 por decisión propia, se alcanzó lo que actualmente es el Claustro: sus finanzas son sanas, se ha restaurado y conservado el inmueble con recursos propios y se cuenta con mil quinientos alumnos en diez licenciaturas y tres maestrías.

La oferta académica se ha orientado hacia las humanidades, hacia la cultura en todas sus manifestaciones, conforme a la vocación de las fundadoras de la Universidad y de la propia rectora, inspirada en los intereses de sor Juana, que fueron la teología, la filosofía, la historia, la gastronomía, el arte y la música, entre otros. Además, algo que se debe recalcar, es que la Universidad ha dado estricto cumplimiento a lo ordenado en el decreto presidencial, vigente, de 1994: reunir, salvaguardar, investigar, dar a conocer y promover la obra de sor Juana Inés de la Cruz, así como conservar, mantener y mejorar el ex Convento de San Jerónimo.

La investigación y la difusión de la vida y la obra de sor Juana, entonces, se han llevado a cabo mediante múltiples estudios especializados, investigaciones multidisciplinares, publicaciones, programas artísticos, conferencias, clases magistrales, congresos, seminarios, participación en foros nacionales y extranjeros y varios actos y actividades. De especial importancia es que en 2019 las obras impresas que resguarda la Biblioteca del Claustro de Sor Juana se inscribieron en el programa Memoria del Mundo, de la Unesco, bajo el rubro “Sor Juana Inés de la Cruz, patrimonio impreso de los siglos XVII al XXI”.

Legado de vida, visión y pasión desmesurada

FRANCISCO MIJARES NORIEGA

Al hablar de Carmen, es imposible no pensar en la pasión, la entrega y el amor que ha dedicado a la educación, las humanidades y la gastronomía. Durante más de treinta años lideró con visión y compromiso la Universidad del Claustro de Sor Juana, dejando en cada rincón de la institución un sello de excelencia y calidez. Su legado no es sólo académico, sino también humano: transformó vidas, inspiró sueños y construyó un camino para que generaciones enteras encontraran su vocación.

Gracias a su empeño y convicción, hoy existe la licenciatura en gastronomía más importante del país, una cuna de talento donde la cocina mexicana y la formación profesional se entrelazan para dar vida a chefs apasionados y preparados para conquistar el mundo. Este programa académico no sólo ha elevado la enseñanza gastronómica en México, sino además ha puesto al Claustro en el mapa nacional como referente de excelencia culinaria. El amor de Carmen por la gastronomía logró trascender el aula y se convirtió en una misión de vida: preservar, difundir y exaltar la riqueza de nuestra cocina. Es ése uno de sus legados.

Tuve la fortuna de conocer a Carmen hace muchos años, pero fue durante mi gestión como presidente de la Cámara Nacional de la Industria Restaurantera (Canirac) cuando verdaderamente comprendí la profundidad de su entrega. Uno de sus logros más entrañables es el restaurante-escuela Zéfiro, un espacio que bajo su dirección y la de su equipo se convirtió en un templo del aprendizaje y la pasión culinaria. No es únicamente un restaurante excepcional, sino es a la vez un hogar para los estudiantes, un lugar donde cada platillo lleva consigo el esfuerzo, la dedicación y el amor por la gastronomía desde las aulas al resto del mundo.

Juntos también emprendimos proyectos mientras fui presidente de la Asociación Mexicana de Restaurantes (AMR), con el firme propósito de acercar a los estudiantes al mundo real de la gastronomía. La entrega incansable de Carmen hizo de cada iniciativa una



oportunidad para transformar vidas, siempre con la generosidad y el compromiso que la caracterizan como persona y como profesionalista.

Pero hablo apenas de una parte pequeña de todo su universo Claustro. Bajo su tutela y visión, podemos adentrarnos a la vida y la obra de una de las mujeres más fascinantes de la historia: sor Juana Inés de la Cruz. Carmen hizo de la casa de sor Juana un universo; del recinto, un templo de pensamiento crítico, libertad de expresión y enseñanza tanto para los jóvenes estudiantes como para todos aquellos que tenemos la oportunidad de pisar el bellissimo ex Convento de San Jerónimo.

Pero más allá de su impresionante trayectoria profesional, Carmen es una mujer extraordinaria. Nos une nuestro amor por México, por hacer de este país un mejor lugar y por exaltar nuestra gastronomía nacional. Nos une un amor profundo

por nuestras familias, por nuestros hijos y nietos. Carmen es una madre amorosa, una abuela entrañable y una amiga leal. Siempre dispuesta a dar un consejo, a tender la mano, a compartir una palabra de aliento en los momentos difíciles. Es una mujer con la cabeza bien amueblada, pero, sobre todo, es una mujer con corazón de león.

Hoy, al cerrar este capítulo de su vida profesional, Carmen deja un legado imborrable. La Universidad está transformada; su comunidad, enriquecida. Y su ejemplo seguirá iluminando el camino de quienes la conocen. Su legado está en los libros, en las aulas, en los restaurantes; está en cada alumno que formó, en cada historia de éxito que ayudó a escribir, en cada vida que tocó con su sabiduría y su cariño. Su huella será eterna, y su nombre quedará grabado en la historia de la educación y la gastronomía mexicana con letras de oro. 🌟

Mi relación académica y personal con la maestra Carmen Beatriz López-Portillo Romano a lo largo de 45 años

ALEJANDRO CARRILLO CASTRO

La relación que he tenido el privilegio de tener con la maestra Carmen Beatriz a lo largo de cuarenta y cinco años constituye para mí un ejemplo de cómo evolucionan las relaciones sociales que una persona puede desarrollar con otra a lo largo de su vida. Parece normal que un amigo o una amiga se lleguen a considerar con el tiempo como hermanos mayores o hermanos menores de alguien en virtud de las experiencias que la vida les va permitiendo compartir. Y ése es mi caso con Carmen Beatriz –la Yiyí para sus hermanos y amigos–, quien pasó a convertirse de una especie de hermana menor a una muy querida amiga, en toda la extensión del término.

Desde luego, existe una gran diferencia generacional entre ambos. Ella es la hija de quien yo considero todavía como un segundo padre y mentor desde que tuve el privilegio de trabajar bajo sus órdenes en la Secretaría de la Presidencia, en 1965. Desde ese momento yo empecé a ver a la Yiyí como una hermana menor, sin que ella lo supiera y sin que en esa época hubiéramos tenido mucho trato. De hecho, sólo la llegué a saludar personalmente una vez, a finales de 1980, cuando acompañó a su padre para fungir como testigo en mi segundo matrimonio, como él lo había sido también diez años atrás cuando me casé con la madre de mis hijos.

Desde aquella fecha no la volví a ver en persona, sino hasta que, siendo yo delegado de la demarcación Cuauhtémoc del entonces Distrito Federal, designé a doña Griselda Álvarez –la primera gobernadora de una entidad federativa en nuestro país– como subdelegada del Centro Histórico de la ciudad, quien al



poco tiempo me informó que la maestra Margarita López Portillo la había invitado a conocer los trabajos de restauración que ella estaba llevando a cabo en el edificio que le había entregado bajo decreto de destino el gobierno federal para servir de sede de la que hoy es la Universidad del Claustro de Sor Juana.

Cuando fui a conocer las obras de restauración del antiguo Convento de San Jerónimo, tuve oportunidad de reencontrarme, ahora sí, con Carmen Beatriz y comentar con ella que estaba yo por publicar un ensayo que llevaría por título *El dragón y el unicornio*, con un prólogo que me había obsequiado Carlos Fuentes, y del cual le envié una copia para que me diera su opinión, pues conocía y respetaba sus grandes dotes literarias. De manera muy generosa, Carmen Beatriz me invitó en 1996 a que presentara el libro en la Universidad del Claustro de Sor Juana, de la que ella era directora general. Previamente, mi libro había sido dado a conocer en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes.

Después de la presentación en el Claustro, Carmen Beatriz me volvió a ofrecer espacio en el re-

cinto que fuera casa de sor Juana, esta vez el Auditorio Divino Narciso, para la representación de mi obra de teatro *El rey Creón*, dirigida por Roberto D'Amico. Y años más tarde recibí otra invitación de Carmen Beatriz, ahora para estar presente en la última serie de conferencias que ofreció mi inolvidable maestro don José López Portillo y que llevó por título *Génesis y teoría particular del Estado mexicano*, tema que él dominaba como pocos.

De nueva cuenta, Carmen Beatriz me invitó a presentar y comentar mi novela *El ocaso de las reinas / La leyenda trágica del matriarcado en Tebas*, junto con mi hoy finada amiga Luz Elena Cabrera. Ese mismo año, Carmen Beatriz aceptó presentarla en la Feria Internacional del Libro del Palacio de Minería, acompañada por otra muy querida amiga, la también finada María Angélica Luna Parra.

Desde entonces casi no ha habido evento importante de la Universidad del Claustro de Sor Juana —e incluso de la Fundación Miguel Alemán— en que no hayamos intercambiado invitaciones para asistir a ellos. Yo nunca he faltado a escuchar sus informes anuales, ni ella a los míos como director general de la Fundación Miguel Alemán.

Es así como tuve la oportunidad de asistir a la ceremonia en la que la maestra Carmen Beatriz López-Portillo Romano rindió su último informe de labores después de más de treinta años de estar al frente de la Universidad del Claustro de Sor Juana, primero como directora general y luego como rectora; una ceremonia en la que pasó formalmente la estafeta a Rafael Tovar y López-Portillo, su hijo, a quien yo considero también un gran amigo, como lo fuera igualmente su propio padre, Rafael Tovar y de Teresa.

Es para para mí un gran regalo de la vida haber sido discípulo y colaborador cercano del padre de Carmen Beatriz, y ser amigo y admirador de ella misma como persona y como rectora de tan importante centro de enseñanza y cultural en la capital de México. Estoy cierto de que tanto don José como doña Carmen, sus padres, estarían tremendamente orgullosos de todo lo logrado por su talentosísima hija en estos más de treinta años a cargo de la Universidad del Claustro de Sor Juana. ●



Yiyí con filosofía de la vida

MIRIAM SOTRES CUVAS

Carmen Beatriz López-Portillo Romano, rectora de la Universidad del Claustro de Sor Juana: mujer comprometida con lo que hace.

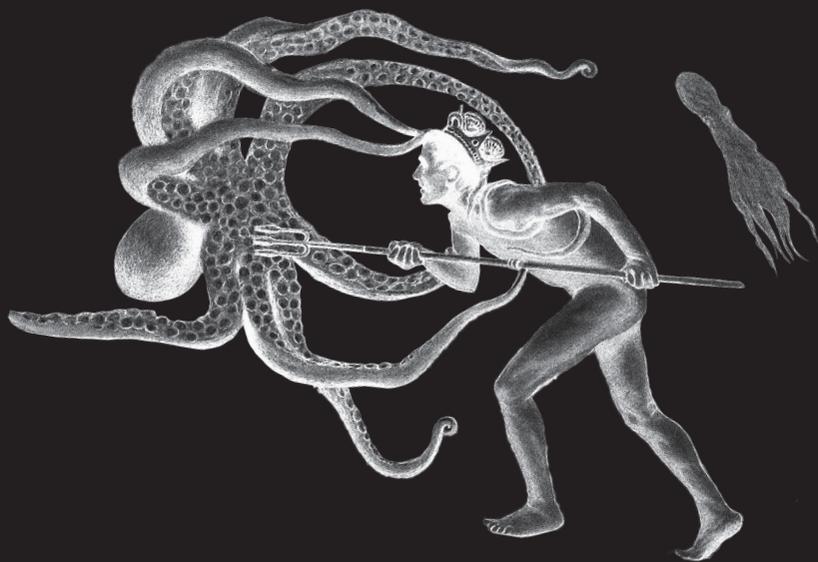
La mejor hija y madre, y ahora abuela la mejor, entregada siempre con amor, respeto y benevolencia, incondicional y generosa.

Reconocida con todos sus dones que la significan en belleza, inteligencia y sabiduría. Sabe pintar bellos retratos de sus seres queridos, sabe escribir elocuentes textos. Carismática, escucha y habla con filosofía de la vida.

Mi queridísima Yiyí, ahora que te escribo estas breves líneas, pensaba en aquella época de inicio tuyo en el Claustro de Sor Juana, las carencias de infraestructura que encontraste y el esfuerzo enorme y sostenido que emprendiste por armar un buen proyecto que engrandeciera la Universidad. Casi el tiempo se detuvo en juntas, en planear currícula, en organizar actividades para la comunidad, etcétera, etcétera. Y qué exposiciones, qué conferencias, qué conciertos, qué inauguraciones...

Cuántas cosas se han hecho en el Claustro, ahora totalmente transformado gracias a ti. Se ve tu paso y hacer de todos estos años, más de treinta: toda una vida. Excelente administradora que has sido, rectora, además. Las personas que te hemos visto y acompañado en todos estos años te reconocemos tu trabajo.

Ahora disfruta, Yiyí, contempla con satisfacción y tranquilidad por tus logros y participa como invitada honoraria la continuidad de tu obra. Eres un maravilloso ejemplo para todos, mujer mexicana de grandes valores.



Neptuno
ALEGÓRICO



Sor María Margarita*

JOSÉ LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS

Al señor licenciado don Victoriano Agüeros

I

Matteo Bandello tuvo la chocante costumbre de dar títulos desmesurados a sus novelas. Buen ejemplo de ello nos presenta el que puso al relato admirable de donde sacó Shakespeare el argumento de *Romeo y Julieta*; el cual título fue como sigue: *Desventurada muerte de dos infelícísimos amantes, el uno de veneno, el otro de dolor, con otros varios accidentes*.

Por no imitar en esto al peregrino obispo de Agen, ya que en otras muchas cosas bien quisiera seguir sus pasos, mutilo el nombre de la protagonista del suceso que voy a narrar, pues el de la monja ciega a quien aludo, escribiéndose por entero, sería sor María Margarita de Jesús Crucificado.

Era mi tía esta religiosa. En la época a que aludo, aún se conservaban en mi casa vivísimos recuerdos de su vida y sus obras, aunque años hacía que faltaba de mi ciudad natal, de donde la obligaron a salir los acontecimientos que conocerá quien estas líneas leyere, los cuales le dieron fama de santa y la obligaron a florecer, expatriada, en el centro de la República.

Hallándome en cierta ocasión en la capital de México, recibí noticia de que sor Margarita se encontraba en grave trance de muerte en ciudad próxima, donde regía y edificaba a una comunidad de religiosas de que era fundadora. Tan pronto como lo supe, púseme en camino hacia la residencia de la monja, pues quería a mi parienta sin conocerla y me inspiraba sumo interés su persona.

Fría era la mañana del mes de enero en que salí de la metrópoli.

Sentado en el carro de primera clase donde tomé pasaje, solo, sin libros, y viendo por la ventanilla, a través de los cristales, pasar en ronda fan-

tástica los árboles, que parecían girar en torno del tren que me conducía, caí bien pronto en profunda abstracción. Y fui inconscientemente repasando en la memoria la singular historia de la infancia, la adolescencia y la madurez de la monja.

Inclinaciones prematuras a la piedad, gravedad precoz, pureza inmaculada y temprana decisión por la carrera monástica formaron la biografía inicial de sor María Margarita. A los catorce años de su edad entró en el Convento de las Teresianas, y no tardó para hacer sus votos sino el tiempo que la regla prescribe al noviciado. Antes de salir del siglo, ni jugó cuando niña, ni concurrió a fiestas, teatros y saraos cuando joven, ni manifestó en caso alguno los gustos y las aficiones de los demás; tendió siempre al silencio, a la modestia y a la sumisión, y se permitió por todo regalo frecuentar los sacramentos y asistir asiduamente a los templos en busca de sus místicos ritos y solemnidades. Jamás se le echó de ver afición a galas profanas, ni se supo que alguna vez hubiese fijado los ojos en rostro masculino o tolerado ser requerida de amores.

Andaba por los rincones de su casa sin hacer ruido y leyendo libros devotos; hablaba poco y reía menos; vestía con suma humildad y daba a los pobres las mejores prendas de su guardarropa. No dejaba de la mano los rosarios, las coronas y las camándulas, cuyas cuentas sonaban en su bolsillo cuando marchaba o se movía; ni se olvidaba de encender cotidianamente en el altarcito de su alcoba la lámpara consagrada a la Virgen; ni pasaba una semana sin confesar y comulgar; ni dejaba un solo día de asistir a la misa, ni de leer la vida de algún santo, ni de meditar a solas y con los ojos entrecerrados quién sabe qué cosas humildes, suaves y etéreas.

Y cuenta que no era ni con mucho una mujer fea aquella tierna asceta, sino antes, por el contrario, una belleza peregrina, de esas que por raro caso suelen verse en este mundo pecador. Tal cual mi madre me la ha descrito, era por la época en que entró en el convento del modo y forma que voy a decir. Blanca de color, con la blancura mate del alabastro, sin leve rosicler siquiera en las mejillas de curva graciosa; negro más que el ébano el pelo abundoso, suave y ensortijado; obscurísimos los ojos enormes, rasgados y tristes; largas las pestañas sedosas y rizadas; tersa, pura y ovalada la frente; recta y finísima la nariz; pequeña y expresiva la risueña boca; apretada y menuda la dentadura blanca; esbelto y gallardo el talle juvenil; blando y regalado el acento.

Dotada de tales prendas y rodeada de cuantas comodidades pueden disfrutarse en los mejores círculos sociales, bien se comprende que sólo una vocación irresistible haya podido apartarla de aquel mundo elegante, donde hubiera podido lucir como estrella de primera magnitud.

La vida de mi tía, para decirlo de una vez, hubiera merecido ser escrita por el padre Croisset y epilogada con el evangelio del día.

Absorto en aquellas reminiscencias, vi desfilan, con indiferencia, ante mis ojos campos, arboledas y aldeas, y dibujarse a lo lejos la cumbre cubierta de perpetuos hielos del gigantesco Xinantécatl. Pronto apareció a distancia, entre abundantes juncales, la fuente poderosa donde toma origen el caudaloso Lerma, y pensé que ese gran río, que desde lo más alto de la Mesa Central (después de larga, turbulenta y pintoresca marcha a través de campos, abismos, bosques y florestas) corre a precipitarse en el Pacífico, retrata la vida de los grandes hombres que tienen cuna humilde, carrera agitada y muerte estruendosa en los abismos del eterno océano.

Muy a poco dejé de contemplar el paisaje y reanudé el hilo interrumpido de mis recuerdos.

II

Sor María Margarita tomó el hábito en Guadalajara, y vivió dichosa en el claustro varios años, hasta

que a ella y a sus místicas compañeras fue a sacarlas de su retiro la revolución de la Reforma.

Llorando dejaron las monjas su cárcel, buscaron refugio en las casas de deudos y amigos, como espantadas palomas que al estallar la tormenta van a guarecerse bajo el alero de los tejados.

Sor María Margarita lloró como ninguna, y no hallaba qué hacer de su libertad ni para dónde marcharse. Asustábanle las calles y el gentío; no sabía andar con soltura, y se ruborizaba de pensar que los transeúntes pudiesen mirarle el rostro.

Como las aves de cortadas alas que al salir de la jaula no pueden alzar el vuelo y no hacen más que saltar por tierra y rondar en torno de su prisión, así aquella religiosa, que no conocía el mundo ni tenía ánimos para nada; siempre que salía a la vía pública, pasaba frente a la puerta del convento y se arrodillaba ante la iglesia de su orden, regando el suelo con sus lágrimas.

Fuéronle ofrecidas honradísimas casas para que las habitase, pues era tal la fama de sus virtudes, que a honra hubieran tenido las familias más encumbradas el obtener su compañía, no pesada y fastidiosa, sino protectora y risueña. Pero ella prefirió, de todas, la modesta casita de su madrina doña Clara, quien le brindó hospitalidad con fineza tan humilde, que le tocó el corazón.

Todo caminó viento en popa durante algunos meses. Se instaló la religiosa en un pobre cuartito limpio y aislado, semejante a una celda, donde cupieron de maravilla dos sillas de paja, la cama de tarimas, una mesita de madera blanca y el nicho de hoja de lata que guardaba la imagen del Niño Dios. Allí pudo continuar el mismo método de vida que había llevado en el convento: se levantaba a medianoche, a la hora de maitines, oía misa de madrugada, comía frugalmente (cuanto mantenía las fuerzas y la vida), frecuentaba los sacramentos y pasaba los días y las noches arrodillada y rezando con extraordinario fervor. Así fue pasando el tiempo, casi sin sentirlo, y aunque lloraba siempre por el amado claustro, como los desterrados por su patria, logró tranquilizar el espíritu y resignarse con la nueva situación, teniéndola por prueba a que Dios la sujetaba y que era necesario sufrir con paciente humildad.

Por desgracia doña Clara tenía un hijo de vida alegre, llamado don Francisco Ordaz, que se había lanzado a la revolución y hecho carrera en el ejército. Pasada la lucha y llegado el triunfo de su partido, hubo un momento en que los jefes militares pudieron volver al seno de sus familias a descansar de sus trabajos y a recibir en el hogar el premio de sus victorias. Así fue como don Francisco, ya coronel, tornó a la casa materna, poco tiempo después de ganada la última batalla en que quedó roto y deshecho el ejército reaccionario.

Era el coronel rudo y soberbio, y había traído de la campaña exaltadísimas pasiones e ideas contra todas las cosas, creencias y costumbres del bando adverso. Fácilmente se comprende que persona de tales convicciones no se dejase imponer por los exteriores místicos ni por los estados religiosos; y claro también que hombre de tantas aventuras como el coronel Ordaz debiera tener muy desarrollada la vena amatoria: que no en vano la fábula desposó a Venus con Marte, o sea, las armas con la belleza.

El caso fue que tan pronto como don Francisco se encontró en presencia de sor María Margarita, se le alegraron los ojos, se le iluminó el semblante y tomó todas las actitudes de quien corteja a una dama. A la pobre doña Clara, que hacía tiempo no sabía lo que eran requiebros amorosos, no le pasó por las mientes que su hijo fuese capaz de tan enorme atrevimiento. Ella miraba a la monja como cosa santa, casi impalpable; como formada de luz o envuelta en un periespíritu luminoso. Para ella la monja era un ser de otro mundo, incapaz de inspirar otros sentimientos que no fuesen asombro y veneración. Pero don Francisco no opinaba de la misma manera; él analizaba a la religiosa al estilo mundano, y le hallaba, desde ese punto de vista, un gran mérito positivo. Todos los días la elogiaba, con frases atrevidas, por sus bellezas corpóreas: ora por el pie, ora por la mano, ora por la garganta, ora por la boca, ora por los ojos. Éstos, sobre todo, eran el tema principal de sus alabanzas. Para él, según decía, nada valía cosa alguna comparada con ellos pues hasta las mismas estrellas salían perdiendo en la comparación. Y la veía y volvía a verla, frente a frente, en el centro de las pupilas; y le decía que sus miradas lo penetraban hasta el fondo del

corazón, lo volvían loco y lo obligarían a hacer mil tonterías.

—Margarita —murmuraba a su oído suprimiéndole el sor—, si cometo un desacato, no seré yo el culpable, sino los ojos de usted, porque son los más hermosos, tiernos y expresivos que he visto en mi vida.

La religiosa, que no entendía pizca en achaques de galanterías, comenzó por no darse cuenta de lo que le pasaba, y, aunque tímida y sonrojada, soportaba con resignación las impertinencias del oficial; pero las naturalezas virginales tienen misteriosas adivinaciones, y no tardó en comprender que la cosa iba de veras, y que Ordaz había emprendido en toda regla la conquista de su corazón. Alarmada y llena de congoja, pensó marcharse de aquella casa y refugiarse en alguna otra donde pudiese vivir sin sobresalto. Para ello hubo menester hablar con franqueza a su bienhechora. Desgraciadamente la anciana, incrédula y optimista, se negó a consentir en aquella separación, y la exhortó a que abandonase tal idea asegurándole que los requiebros de su hijo no pasaban de bromas soldadunas y de mal gusto. Y tanto rogó y suplicó, y tomó tanto empeño en retener a la monja, que ésta, al fin, por gratitud, timidez y repugnancia al escándalo, convino en continuar viviendo en aquella casa, pero bajo ciertas reservas indispensables, como la de no hablar con el coronel, no sentarse a la mesa a la hora que él comía y mantenerse encerrada en su habitación.

III

Mas las cosas fueron tomando día a día un carácter más serio. Don Francisco, irritado por el retraimiento de la religiosa, procuraba encontrarse con ella siempre que podía; y tan luego como la miraba, le repetía las frases atrevidas y galantes de costumbre. Y sea porque realmente se hubiese prendado de sor Margarita desde el principio, o porque el retraimiento y la moderación de la religiosa hubiesen servido de pábulo a sus deseos, el caso es que fue pasando gradualmente del humor festivo al serio, y del serio al dramático. Quejábase amargamente de los desvíos de sor Margarita, cambiaba de color cuando la miraba, y juraba entre sus camara-

das que vencería tanta soberbia o prendería fuego a la Iglesia de Santa Teresa y colgaría a las monjas dispersas de la orden. Y, siempre que no lo miraba doña Clara, acercábase a la puerta de la alcoba de la monja, y pegando la boca a la cerradura, gritaba:

—Margarita, la amo a usted. Quiero ser visto con amor por esos ojos; me hacen falta para vivir, no puedo vivir sin ellos.

Pero la monja, horrorizada y con el rostro descompuesto, caía de rodillas ante la imagen del Niño Dios, y le pedía que no la dejase de la mano y la libertase de aquella agresión diabólica y de aquel peligro tan grande que corría.

Para poner punto al conflicto, decidió al fin salir de la casa a toda costa, y aun a excusas de doña Clara. Pero habiéndose enterado el coronel de su propósito, le estorbó su realización brutalmente, apostando a sus asistentes frente a la celda de la monja para impedir la fuga, y poniendo en conocimiento de la religiosa que tan luego como pusiese los pies en la calle sería secuestrada por sus esbirros.

Atemorizada sor Margarita y teniendo por cierto que el oficial haría cuanto decía, no pensó ya en marcharse y se condenó al cautiverio dentro de su propia alcoba.

Doña Clara, por su parte, acabó por convencerse de las perversas intenciones de su hijo, pero tarde en demasía. En vano lo reprendió con dureza y le ordenó que dejase en paz a la monja y desistiese de su propósito. Ordaz se encerró en porfiado silencio y continuó en sus trece. Doña Clara apeló entonces al general para que lo reprimiese; pero aquel jefe se rió del chascarrillo, y repuso:

—Déjelo usted, señora, no se aflija por ello. Si la sor es guapa, se comprende que haya trastornado el juicio a don Francisco; y como él también es buen mozo, puede usted creer que acabará por gustar a la monjita. Todas las mujeres son iguales y agradecen que se les quiera. Ellos se entenderán al fin; los casaremos, y todo quedará arreglado.

—Pero ¿cómo casarlos? —exclamó escandalizada la pobre señora—. ¿No ve usted que sor María Margarita es religiosa?

—Ése no es inconveniente —contestó el general—. La ley no reconoce los votos, y el matrimo-

nio civil puede unir a todos los frailes con todas las monjas.

El general, que era leído, soñaba tal vez con ver reproducida la hazaña ruidosa de Lutero y Catarina de Bora. Desgraciadamente don Francisco no era fraile como el reformador de Eisleben. Por otra parte, sor María Margarita distaba mucho de parecerse a la monja de Nimbschen, y, aunque el general quiso hacer el papel de Koppe, dieron en roca viva todos sus esfuerzos.

Espantada por el giro que habían tomado los sucesos, llegó a convenir doña Clara no sólo en que la religiosa se fugase sino aun en proteger su huida en caso necesario, y hasta tramó un plan con ese designio. Pero don Francisco, que había sido guerrillero, no se dormía sobre las pajas, y habiendo echado de ver el complot, redobló su vigilancia y las guardias. A mayor abundamiento, y para reducir a la inacción a la monja, le gritó por la cerradura que estaba advertido de todo y le repitió que tan pronto como pusiese un pie fuera de la celda sería presa de sus esbirros. Sitiada sor Margarita en toda regla, no pudo excusarse de oír requiebros, declaraciones amorosas y propuestas de matrimonio. El tema principal de aquel clamoreo era éste:



—Los ojos de usted tienen la culpa de todo; era prudente, y me han convertido en loco.

La monja callaba obstinadamente y no hacía más que llorar, pero con eso nada remediaba.

Don Francisco no era hombre que se dejase vencer por el silencio; antes bien, más y más exaltado al ver que eran vanos sus esfuerzos, acabó por clamar:

—Usted no me conoce si cree que puede dejarme burlado. Juro por mi nombre que ha de ser mía, suceda lo que suceda.

Y debe presumirse que el coronel Ordaz hubiese perdido el seso de veras, pues no se comprendería de otro modo que se hubiese conducido con la brutalidad de que, en efecto, dio muestras.

Una noche en que subió la marea de su pasión, encerró a su madre en la alcoba y, cuando todos dormían en la casa, asaltó la celda de la monja, como un bandido. Armado de una barra de hierro, emprendió echar abajo la puerta, tarea no difícil dadas la vetustez de la madera y la herrumbre de los goznes.

Sor María Margarita, que estaba en vela, al darse cuenta del asalto, rompió desfavorida el silencio, suplicando a don Francisco, con suaves palabras y acento gemebundo, que la dejase en paz, que no ofendiese a Dios, que respetase su estado, que no la martirizase de aquella manera; pero todo fue en vano.

La monja, al fin, sacó fuerzas de flaqueza, y para defenderse de algún modo, procuró reforzar la puerta amontonando tras ella los muebles de su habitación: las sillas, la mesa, la cama, y hasta el nicho del Niño Dios. Entretanto, crujían las tablas, rechinaba el herraje y se torcían y doblaban los pasadores de hierro.

A poco cedió la puerta hecha añicos, saltaron los clavos de la cerradura y la robusta mano del coronel pudo entreabrir las hojas de madera. La débil barricada formada por los muebles era un obstáculo irrisorio para el empuje de don Francisco, así que, alargando el brazo, derribó el fortín de un puñetazo. El nicho del Niño Dios, que estaba en la parte más elevada de la pirámide, se hizo pedazos al caer, con no poco estrépito.

La monja, a la sazón, estaba arrodillada y con el rostro pegado a tierra, pero se levantó al oír el fracaso y se encontró frente a frente con Ordaz. Al sentir la mirada repugnante de aquel hombre,

púsose en pie, se irguió cuan alta era, y hallando resolución y energía en quién sabe qué desconocidos resortes, clamó con energía:

—¡Fuera, bandido! ¡Fuera!

Sorprendido el coronel por aquella actitud y aquella voz, que no aguardaba, se detuvo un momento, contempló con admiración a la monja y la analizó de alto a bajo. Estaba soberbia. ¡Qué hermosura la suya! Lívida, con la boca contraída, altiva la frente y fulgurantes los ojos, parecía una reina indignada.

Ordaz se sintió como mareado, agolpósele al cerebro la sangre, y gritó tuteándola:

—¡Tus ojos, Margarita!, ¡quiero tus ojos!

Y dio un paso adelante.

La religiosa se estremeció, y empuñando con mano convulsa las tijeras que llevaba pendientes de una cinta sobre el delantal,

—Un momento —dijo con ademán imperativo—. ¿Dice usted que quiere mis ojos?

—Sí —repuso don Francisco.

—¿Y que tienen la culpa de lo que usted hace?

—Sí.

—Pues bien, aquí los tiene usted.

Y levantando la armada diestra, hundió con dos golpes rápidos y sucesivos las agudas hojas de las tijeras en uno y otro ojo, dejándolos convertidos en fuentes horribles de sangre y de viscosos humores.

Fue la escena tan imprevista, tan fiera y tan espantosa, que, aterrado el coronel, huyó de la monja como de un espectro, y se alejó de la celda dando tumbos como un beodo.

IV

La serie de mis recuerdos concluyó casi al mismo tiempo que mi viaje. No bien hube llegado a la estación del ferrocarril, tomé mi saco de noche y me dirigí al convento en volandas.

A la diestra de la calle real, como vamos para el centro del pueblo, ábrese apenas la calleja que conduce a dicho instituto. Es tan angosta, que, puestos los brazos en cruz, tócanse con las manos las opuestas aceras. A mayor abundamiento, y para evitar el paso de caballos y acémilas por tan estrecho conducto, hállase erigida a su entrada, a

manera de *menhir*, una piedra delgada y lisa, que apenas permite pasar a los peatones si se deslizan de costado. A poco andar, ensánchase aquella especie de cuello y se extiende en forma de bolsa. En ese espacio interior hay un jardín público, y frente al jardín, un edificio aislado, que forma por sí solo una manzana, la cual, por aquel tiempo, era el claustro a donde yo me dirigía.

Contestó mi saludo la hermana tornera con voz gangosa; e impuesta del objeto de mi visita, me hizo entrar en el locutorio.

La revolución de la Reforma arrojó de los conventos a las comunidades; a ellos las restituyó el segundo imperio; pero bien pronto volvió la República tras el efímero reinado de Maximiliano, y tornó a poner en vigor la ley de exclaustración. Esa ley dio por resultado la clausura definitiva de los monasterios. Dormidas impresiones de la infancia aviváronse a la vista del recibidor, y sentí en el corazón la melancolía de las cosas idas, juntamente con la sosegada emoción que las místicas producen. El aposento era pequeño, pobre y sencillo, pero limpio y esmeradamente cuidado. Suelo de ladrillos rojos y bien dados de lustre por alguna hermana lega; paredes enjabelgadas de blanco; techo de vigas pintadas de azul; un canapé y sillas con asiento de paja; una angosta estera en contorno de la pieza; una mesa consola con un crucifijo; por las paredes, dos grandes cuadros que representaban a Santa Teresa orando y con el corazón inflamado, o escribiendo inclinada sobre un infolio y recibiendo en la cabeza una ráfaga de luz desprendida del Espíritu Santo en forma de paloma; en medio, una mesa redonda de pino; y en el fondo, la reja ocupando toda la extensión del muro y cubierta por la parte de adentro con velo tan espeso, que no permitía distinguir nada hacia el interior. Tal era el aspecto del austero aposento.

—Ave María Purísima —dijo a poco una voz del otro lado de la reja—. ¿Es el sobrino de la reverenda madre abadesa?

—Sí, hermana —contesté—. Vengo a visitarla; tuve noticia de su gravedad.

—En efecto —repuso la voz—, está próxima a su fin nuestra buena madre, con grandes padecimientos que Dios ha querido enviarle; pero ellos

le han servido para su perfección, porque los lleva con paciencia ejemplar. ¿Trae usted el permiso del obispo?

—Sí, hermana —contesté deslizándolo entre las rejas.

—Bien —repuso.

Una mano blanca, apartando el velo con recato, recogió el documento. Luego sonó de nuevo la voz:

—Puede usted entrar —dijo—; pero antes será bueno que tome algún refrigerio, porque la reverenda madre está tan grave, que después de haber entrado no tendrá usted tiempo para nada.

No pude resistir la fineza. A poco apareció un mozo trayendo bandejas con bollos, pasteles, confituras y una botella de rico pajarete.

El paladar tiene también memoria. Al gustar los panecillos suaves y perfumados, recordé los famosos regalos monjiles de antaño, tan elogiados en el seno de todas las familias; los elegantes azafates que salían de los conventos con objeto benévolo, cargados de tortas, bizcochos, almíbares y conservas, en porcelanas albeantes o en compoteras de cristal limpio y diáfano, y al amparo de servilletas bordadas finísimamente por manos prodigiosas; y el mágico efecto que producían esos presentes en casas de obispos, canónigos, capellanes y seglares. Todo cuanto salía de los claustros femeninos era exquisito, desde los budines hasta los mazapanes, desde la repostería hasta la loza de barro impregnada de suaves y delicados olores. Nadie ha hecho pan como las monjas, y por lo que hace a los dulces, parecen haberse llevado el secreto de los más exquisitos.

Filosofaba sobre todo eso con delicia, cuando sonaron pasos precipitados y cuchicheos en el fondo del locutorio. Me puse en pie; a poco sonó la voz.

—Señor —dijo con acento alterado—, la madre abadesa se ha puesto muy mala; pase usted sin pérdida de momento.

Entré por la abierta cancela. Penetré por los patios y corredores de la casa, guiado por una religiosa que, cubierta con velo espeso, salió a recibirme. Alcancé por la escalera, subiendo presurosas, a varias monjas y novicias, y en compañía de ellas llegué a la celda de la abadesa.

Yacía sor Margarita echada sobre un sitial de cuero, vestida con sus hábitos monjiles, recostada la cabeza en grandes almohadones, y con los pies hinchados y vendados, alargados sobre un escabel. Tenía el vientre abultado, estaba inerte y una respiración congojosa se escapaba a intervalos de su pecho por la abierta nariz, cuyas ventanillas aleteaban con las agonías de la asfixia. Como todos los enfermos de males cardíacos, tenía un color diáfano y claro, a modo de cristalino, que le daba un aspecto luminoso. Aunque próxima a los sesenta años, conservaba el rostro casi juvenil, sin arrugas, sin ángulos bruscos ni signo alguno de fealdad y decadencia. Dulce y resignada, se extinguía lentamente sin extremos dolorosos ni contracciones aterradoras. No hablaba; estaba bajo el rigor de un síncope que había desconcertado a los doctores. En vano se había recurrido al nitrato de amilo, de cuyo olor penetrante estaba saturada la estancia, para hacerla volver en sí; la crisis se agravaba momento por momento.

La comunidad se arrodilló en torno del sitial. Encendiéronse las velas benditas, y a la vez que el sacerdote decía las preces finales, elevábase en derredor un coro de plegarias y de sollozos.

Yo también caí de rodillas, conmovido a la vista de la moribunda. Era la primera vez que la miraba; la conocí al borde del sepulcro, e iba a ser testigo de sus últimos instantes. La solemnidad de la muerte, grande en todos los casos, me pareció mayor en aquél, por tratarse de una mujer buena, probablemente una santa. Haber vivido en el recogimiento y la plegaria; haber renunciado a todos los placeres de la existencia, aun los más dulces e inocentes; haber resistido la tentación elevándose hasta el heroísmo; y llegar, por fin, al término de la existencia en medio de la paz y de la resignación, y de afectos y bendiciones, llevando el alma henchida de fe y de esperanza, ¡qué cosa más grande, más hermosa y más incomparable! Así pensé mientras, nublados los ojos por el llanto, balbucía también con lengua torpe las oraciones del oficiante.

Entretanto, la respiración de la abadesa se iba haciendo más y más débil. Cesaba a largos intervalos, y aquellos accesos de inercia solían prolongarse de tal suerte, que los circunstantes varias veces creímos que la superiora había dejado de existir,

pero tornaba a elevarse la caja torácica, y continuaba la salmodia de los rezos.

Al fin cesó todo movimiento respiratorio, pasó una sombra casi inmaterial por el rostro de la monja, y los doctores declararon que la abadesa había muerto.

Luego estalló el coro de las lamentaciones y del llanto. Las buenas religiosas, como tiernas hijas, rodearon el cadáver lanzando frases conmovedoras.

—Madre mía, ruega por mí—decían algunas.

—Era una santa, está gozando de Dios—articulaban otras.

—Señora, no me olvides, resérvame un lugar a tu lado—clamaba alguna.

—Protege a la comunidad, ya que la fundaste—rogaba otra.

En esto se elevó la voz grave de una monja anciana.

—Hermanas—dijo—, no hay que llorar por sor María Margarita; antes debemos envidiarla porque está recibiendo el premio a sus virtudes. Su vida fue una cadena de santos ejemplos que debemos imitar. Sobre todo, no olvidemos que se entregó al martirio, y se condenó a la noche eterna de la ceguera, por librarse del pecado. Esos agujeros que se ven en su rostro, y que ocupan el lugar de los ojos más hermosos que ha formado la mano de Dios, nos predicán desde sus misteriosas profundidades la grandeza del deber, la sublimidad del voto y la elevación de la fe. ¡Benditos los ojos que cegaron a la luz del mundo para abrirse a los esplendores de la gloria!

Diciendo esto, se levantó la anciana con paso trémulo, y acercándose al cadáver, le besó los dos ojos. Las monjas imitaron su ejemplo con solemnidad imponente, y, llenas de respeto, fueron imprimiendo una tras otra sus labios místicos, hechos a la plegaria y a la eucaristía, en aquellos hoyos negros y trágicos. ●

* De *Obras del Lic. D. J. López Portillo y Rojas*, tomo III: *Novelas cortas II*, México, Imprenta de Victoriano Agüeros, Editor, 1903 ("Biblioteca de Autores Mexicanos", 49). Además de corregir las "erratas más notables" indicadas en la fe al final del tomo, hemos actualizado del original algunos nombres, mayusculismos, puntuación, acentuación y formas tipográficas, así como desatado iniciales y abreviaturas, para el presente número de *Inundación Castálida*.

Dédalo e Ícaro*

MARIO MEUNIER

(Traducción de José Albiñana y Mompó)

Dédalo era para los griegos el primer escultor que desbastó la piedra y talló en madera estatuas de sus dioses. Nació en Atenas, y muy joven se consagró al manejo del cincel y enseñó a los marinos, que hasta entonces sólo habían conocido el remo, el uso de la vela para sus embarcaciones. Artista incomparable, a la vez arquitecto y escultor, gozó de tal reputación de habilidad fecunda, que ese renombre motivó que le atribuyesen más tarde todas las obras de arquitectura y escultura de las épocas primitivas. Inventó la regla, el tornillo, la plomada y el hacha, y construyó estatuas que, mediante un mecanismo autómatas, se movían y andaban por sí mismas y parecían vivientes.

Uno de los aprendices encargados de modelar, bajo la dirección de Dédalo, obras maravillosas, si-

tiales para los dioses y trípodes para los templos, era hijo de la hermana del gran escultor, llamado Talo. Ese joven, notablemente ingenioso y dispuesto, cierto día se encontró en el campo una mandíbula seca de serpiente. Se le ocurrió la idea de aserrar con ella un madero, y fue el resultado tan excelente que luego tuvo la idea de forjar en hierro una lámina angosta en uno de cuyos filos cortaría una serie de dientes puntiagudos, semejando los de la mandíbula de serpiente; lo hizo, y así aquel hallazgo llevó a la invención de la sierra.

Desde entonces, el maestro, temeroso de verse eclipsado por Talo, alimentó en su pecho contra el alumno, y cada día más fuerte, áspero encono. Un día en que tío y sobrino se encontraban juntos y sin testigos en la Acrópolis, Dédalo, para deshacerse de su joven rival, lo arrojó por el precipicio. Sólo quedó del brillante joven artista el cuerpo fracturado y herido de muerte por las aristas de las rocas.

Acusado Dédalo por ese crimen ante el areópago, se defendió diciendo que el azar era el aciago responsable de la caída de Talo. Los jueces, por falta de pruebas irrecusables y también por consideración a su arte y aportaciones, condenaron a Dédalo solamente a destierro perpetuo. El genial escultor salió, pues, de Atenas, y se refugió en la próspera isla de Creta.

Dédalo, bien acogido por Minos, el rey de la isla, continuó creando con el arte de su cincel magníficas obras. Para complacer a la joven hija de Minos, Ariadna, le esculpió un bajorrelieve admirable. Se veía en él, trabajado en el mármol más puro, un grupo de



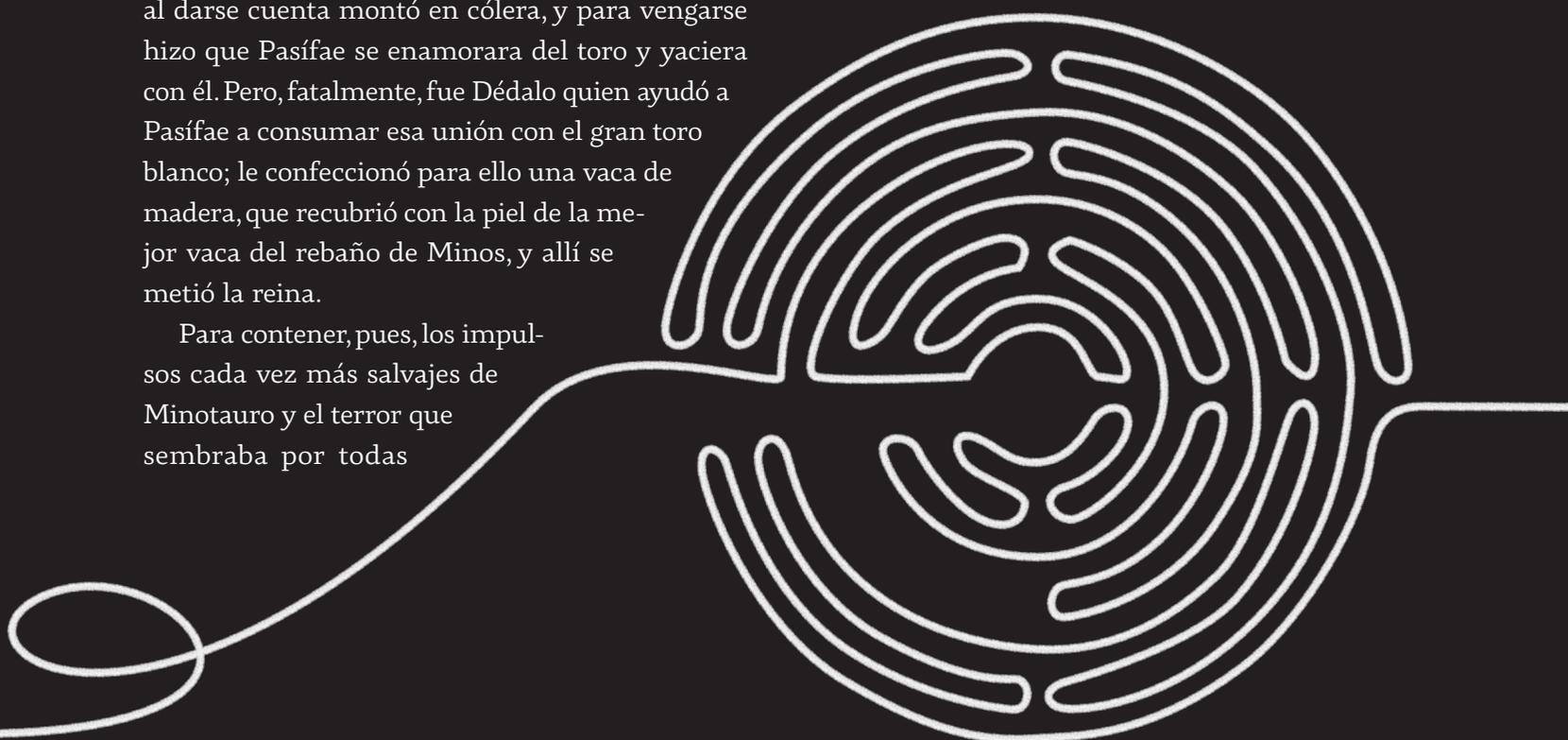
mancebos que danzaban con vírgenes cogidas de las manos. Las jóvenes, coronadas de violetas, vestían lino suave y transparente. Los mozos llevaban corta túnica, y sobre ésta, espada de oro suspendida de talabarte de plata. Ya giraban en vueltas rápidas como jarras impelidas por la rueda del alfarero; ya, rompiendo el círculo, describían los más graciosos meandros. Dos prodigiosos danzarines se destacaban en medio de aquel jovial tropel, y los ojos de la muchedumbre los contemplaban con asombro. Minos quedó tan encantado con esa obra maestra que tomó a su servicio al ingenioso artista.

Por aquel tiempo apareció en la isla de Creta una espantosa criatura, mitad humano y mitad toro, que causó gran aflicción a los habitantes porque se alimentaba exclusivamente de carne humana y que, conforme crecía, más fuerte y feroz se hacía, destrozando todo aquello que se atravesara en su camino. Resultó ser hijo de Pasífae, la esposa de Minos, fruto de amores ilícitos con el Toro de Creta. Éste era un portentoso animal blanco que había sido creado por el dios Poseidón, quien lo hizo salir del mar cuando Minos prometió ofrecerlo en sacrificio en su honor; pero Minos, cautivado por la belleza del gran toro blanco, lo robó y lo escondió en sus rebaños para que fuera su semental, y tomó un toro común para realizar la ofrenda prometida. Poseidón, que no podía ser engañado, al darse cuenta montó en cólera, y para vengarse hizo que Pasífae se enamorara del toro y yaciera con él. Pero, fatalmente, fue Dédalo quien ayudó a Pasífae a consumir esa unión con el gran toro blanco; le confeccionó para ello una vaca de madera, que recubrió con la piel de la mejor vaca del rebaño de Minos, y allí se metió la reina.

Para contener, pues, los impulsos cada vez más salvajes de Minotauro y el terror que sembraba por todas

partes, Minos encargó a Dédalo que construyese un laberinto y allí encerrase al horrible Minotauro. El célebre arquitecto, al construir esa cárcel subterránea, dispuso rodeos tan falaces, sinuosidades tan pérfidas, que le era imposible, una vez alguien introducido allí, encontrar la salida.

Minotauro, ya adulto, habitaba en el centro de esa prisión. Antes de cerrarlas tras de sí, por las puertas del laberinto eran introducidos siete mancebos y siete doncellas atenienses, para ser alimento de la bestia, que se perdían en los rincones y los pasillos sin salida al exterior hasta que eran encontrados por Minotauro y devorados por él. Sucedió que, en esos días, fue muerto Androgeo, también hijo de Minos y Pasífae, un magnífico atleta, el más hábil en todos los ejercicios, que había participado en las competiciones convocadas por Atenas, las Panateneas. Se cuenta que, envidioso de su fuerza, destreza y apostura, Egeo, rey de Atenas, lo retó a matar al toro de Maratón. Androgeo aceptó, pero murió destrozado por el toro. En venganza, Minos invadió el Ática y, tras vencer, impuso a Atenas, en tributo a su hijo, la entrega cada año de siete mancebos y siete doncellas, que debían ser llevados a Minotauro. Así, Teseo, hijo de Egeo, fue elegido como parte del tributo del tercer año, aunque también se dice que se ofreció voluntariamente; llegó



desde Atenas decidido a poner fin al cruel tributo que la ciudad de Palas debía a Minos como expiación por la muerte de Androgeo. Fue Dédalo, de nuevo, quien le dio a Ariadna, enamorada de Teseo, el carrete de hilo que permitió al valiente ateniense matar a Minotauro y salir sano y salvo del profundo laberinto. Huyó de Creta de inmediato, llevándose consigo a Ariadna con la intención de desposarla, así como a los otros jóvenes que logró salvar de las fauces de Minotauro. La huida fue de noche; al llegar a Naxos, Dioniso vio a Ariadna y se enamoró de ella, la raptó y se la llevó a Lemnos. Teseo no logró recuperarla.

La afabilidad para con la hija de Minos acarreo a Dédalo la desgracia, el desprecio del rey. Minos, para castigarlo por lo sucedido, encerró a Dédalo en la misma cárcel que el artista había edificado para contener la furia del execrable monstruo que mató Teseo.

Muerte de Ícaro

Dédalo, harto de sufrir en una tierra que terminó siéndole odiosa, sin soportar ya los sinsabores del destierro y de la cárcel, resolvió escaparse llevándose consigo a Ícaro, el hijo que había tenido con una esclava que Minos le ofreció como compañera, Náucraste, pues padre e hijo fueron confinados juntos. Pero ¿cómo lograrlo? Creta era una isla, y todos los bajeles de la marina real vigilaban, avizores, las costas. El único camino franco era el espacio. Con arte prodigioso, se fabricó alas, que sujetó con cintas a espalda y brazos. Luego, cuando padre e hijo terminaron de colocarse esos remos aéreos, Dédalo le dijo a Ícaro, antes de lanzarse a volar: “Hijo mío, para abandonar conmigo esta aborrecible estancia, para cruzar sin peligro la inmensidad del mar y llegar salvos al término de nuestro viaje, escucha y sigue mis advertencias: es menester que vuelas en medio de la atmósfera, ni muy alto ni muy bajo. Si vuelas demasiado alto, te quemará el fuego del sol, y si muy bajo, la humedad del agua del mar ablandará las plumas de tus alas. Mantente bien entre los dos escollos, e inicia y sigue tu vuelo regulándolo por el mío”.





Dicho eso, Dédalo se remontó hacia los aires. Ícaro, al principio, lo siguió como un pájaro recién salido del nido que va tras su madre aprendiendo a volar. Abajo, los vieron pastores y labriegos, apoyados unos en el cayado y otros en la manquera. Absortos de admiración, los creyeron dioses.

Bien pronto, rebasada la línea de los bajeles de Minos, se encontraron en altamar. Ícaro, entonces, abandonándose al placer de un vuelo audaz y al deseo de acercarse más al cielo, se desvió del curso cauteloso de su padre y se dirigió hacia las serenas alturas que habitan los astros. Pero los rayos del sol, demasiado próximos ya, ablandaron pronto la cera perfumada que pegaba las plumas a la armazón de sus curvas alas. La cera se fundió, se desprendieron las plumas una tras otra, revolotearon en descenso en el espacio y terminaron por mecerse sobre la espuma de las olas. En vano azotaba Ícaro el espacio con sus brazos, a los que sólo se sujetaba la ya desnuda armazón, y bregaba en los aires sin punto de sostén. Cayó, por fin, en el piélago. El mar donde se ahogara se llamó después Mar de Ícaro, o Mar Icario. Se dice que Heracles, quien se encontraba en esos días en la cercana isla de Dólíque, vio el cuerpo de Ícaro arrojado por las olas a las playas de la isla. Lo recogió y lo enterró allí, y cambió a la isla el nombre de Dólíque por el de Icaria.

*

El desgraciado padre, después de la caída y muerte de su hijo, forzado a pesar de todo a continuar la travesía por su libertad, aterrizó en Cumas, o Camico, en Sicilia, donde se escondió amparado por el rey Cócalo. Allí, para consagrar a Apolo las dos alas que le permitieron fugarse de Creta, edificó en honor del dios del sol magnífico templo. Se cuenta que cinceló en las puertas de bronce toda la historia de Minos y de su trágica familia. Dos veces trató de representar también en ellas la terrible caída de su desgraciado hijo, y dos veces, al recuerdo de su dolor recalcitrante y agudo, el buril cayó de sus manos paternas. ●

* De *La leyenda dorada de los dioses y de los héroes*, nota preliminar de F.S.R., Madrid, Aguilar, 1957 ("Colección Crisol", 14

Un sueño *

GEORG CHRISTOPH LICHTENBERG

(Traducción de Luz de Lourdes García Ortiz)



Me sentía como si levitara, muy por arriba de la Tierra, hacia un anciano transfigurado cuyo aspecto me llenó de algo mucho más elevado que el simple respeto. Cada vez que levantaba la mirada hacia él, fluía en mí un irresistible sentimiento de devoción y confianza, y estaba a punto de postrarme ante él, cuando me dirigió la palabra con una voz de indescriptible dulzura. Tú amas la investigación de la naturaleza –dijo–. Aquí verás algo que puede serte útil. Mientras decía eso, me entregó una esfera verdeazulada y teñida de gris aquí y allá, que sostenía entre sus dedos índice y pulgar. Me pareció que medía aproximadamente una pulgada de diámetro. Toma este mineral –continuó diciendo–. Examínalo, y luego me dices qué has encontrado. Detrás de ti hallarás lo necesario para tal investigación, todo en la más alta perfección. Yo tengo que irme ahora, pero volveré contigo a su debido tiempo. Al voltearme, vi un hermoso salón con toda clase de instrumentos, lo que no me pareció tan extraño en el sueño sino después cuando me desperté. Me pareció como si ya hubiera estado allí muchas veces, y hallaba lo que iba necesitando tan fácilmente incluso como si lo hubiera preparado todo yo mismo con antelación. Empecé a examinar, palpar y olfatear la esfera, a agitarla y auscultarla como si fuera una piedra de águila¹;

me la llevé a la lengua; le sacudí con un pañuelo limpio el polvo y una especie de herrumbre apenas perceptible; la calenté y la froté en la manga de mi casaca para electrizarla, probándola sobre acero, vidrio e imanes; y determiné su peso específico, el cual, si recuerdo bien, estimé entre cuatro y cinco. Todas esas pruebas dieron resultados tales que pude bien darme cuenta de que el mineral no era de muy singular valor. Además, me hizo recordar unas canicas parecidas de mi niñez, o al menos no muy diferentes, que se compraban a tres por kreuzer² en la Feria de Frankfurt. No obstante, continué con el siguiente paso, que ahora era el análisis químico, y determiné los componentes en porcentajes. Y de nuevo, de eso tampoco resultó algo extraordinario. Encontré un poco de arcilla, más o menos otro tanto de caliza, aunque mucha más sílice; finalmente, apareció un poquito de hierro y de sal común, así como de una sustancia terrosa desconocida, que si bien tenía algunas de las propiedades de las sustancias ya conocidas y otras que le eran propias, tampoco era demasiado peculiar. Lamenté no saber el nombre de mi viejo; de lo contrario, me hubiera gustado ponerle su nombre a esa tierra en su honor y anotárselo en una etiquetita. A propósito, debo haber sido muy preciso en mi

¹ En alemán, *Adlerstein*. Piedra de águila o de las águilas es una de las formas en que coloquialmente se llama a la geoda de la variedad *callimus*. Como toda geoda, la piedra de águila es una cavidad rocosa cerrada cuya superficie interior está cubierta de cristales y otras formaciones minerales, pero con la particularidad de que tiene un núcleo móvil, que suele ser arcilloso; al encontrarse suelto, el núcleo choca con la pared cuando la geoda es agitada, produciendo un so-

nido, a la manera de un cascabel. De ahí que también se le conozca como “piedra de sonido”. Las geodas no son piedras propiamente dichas, ni mucho menos lo que llamamos piedras preciosas, aunque, en efecto, su composición diversa las hace ser muy apreciadas por la belleza de su interior.

² Kreuzer o crucero: moneda de uso corriente en el sur de Alemania, así como en Austria y Suiza, entre los siglos XIII y XIX. En Alemania, el kreuzer estuvo en circulación hasta 1871, cuando fue sustituido como moneda oficial por el marco.

análisis, porque al sumar las cantidades de todo lo que obtuve el resultado fue exactamente cien. Ni bien había terminado de trazar en un papelito el último renglón de mi cálculo, cuando el anciano se me apareció. Tomó el papel y lo leyó, con una sutil sonrisa apenas perceptible. Entonces se volvió hacia mí, y con una mirada plena de celestial benevolencia mezclada con seriedad, me preguntó: *¿Sabes bien, mortal, qué es lo que acabas de analizar?* El tono y la dignidad con que dijo eso evidenciaban claramente su ser sobrenatural. *¡No, Inmortal!,* grité postrándome ante él, *¡no lo sé!* Ya no quería yo confiar más en las cuentas de mi papelito.

El Espíritu: Entonces, sabe tú que esto, en una diminuta escala, era nada menos que... la Tierra entera.

Yo: ¿La Tierra?... ¡Eterno, grande Dios! Y el océano con todos sus habitantes, ¿dónde están?

Él: Allí, embarrados en la servilleta con que los limpiaste.

Yo: ¡Ay! ¡Y el mar de aire³ y toda la majestuosidad de tierra firme!

Él: ¿El mar de aire? ¿Habría quedado por allí disuelto en agua destilada dentro del vaso de precipitado, con todo y tu majestuosa tierra firme? ¿Pero cómo puedes preguntar tal cosa? Ése es polvo imperceptible. Habrá quedado algo en la manga de tu casaca.

Yo: ¡Pero si no encontré ni trazas de la plata y del oro que gobiernan el orbe!

Él: Bastante mal. Veo necesidad de ayudarte. Sabe tú: con tu buril has arrasado todo Suiza y todo Saboya; y la parte más hermosa de Sicilia, de un tajo; y de África toda una extensión de más de mil millas cuadradas, desde el Mar Mediterráneo hasta la Montaña de la Mesa, has arruinado y eliminado por completo. Y allá, en aquella placa de vidrio... ¡oh!, acaban de volar... allí yacían las Cordilleras; y lo que hace un momento te saltó al ojo mientras cizallabas el cristal era el Chimborazo.

³ O "mar aéreo". En alemán, *Luftmeer* es un término acuñado por Alexander von Humboldt para referirse a la capa de aire (en el sentido de mezcla de gases y demás componentes químicos) que rodea a la Tierra, es decir, la atmósfera.

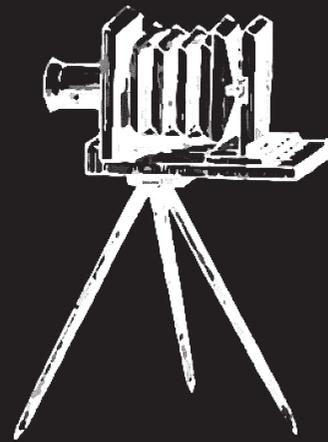
Entendí, y callé. Pero nueve décimas de lo que me quedara de vida habría dado yo por recuperar la Tierra que destruí químicamente. Simplemente no podía pedir otra Tierra; ante un semblante como el suyo, no podía yo hacerlo. Cuanto más sabio y bondadoso es el dador, tanto más difícil es para el pobre de alma pedirle un segundo don cuando reconoce que no ha hecho el mejor uso del primero. Qué tal un nuevo tipo de petición –pensé–; te perdonará ese *cara de padre* transfigurado: ¡Oh! –exclamé–, gran, inmortal ser, seas lo que seas, sé que lo puedes, agrándame un grano de mostaza hasta que alcance la anchura toda de la Tierra, y permíteme examinar sus montañas y sus estratos hasta que se desarrolle su germen, sólo por la causa de la revolución. ¿De qué te sería útil eso? –fue la respuesta–. En tu propio planeta ya tienes un grano del volumen de la Tierra. Allí compruébalo. *Sin antes transformarte*, sin embargo, no llegarás al otro lado de la cortina que buscas tú, ni en este ni en ningún otro grano de la creación. Aquí tienes esta taleguita; investiga qué hay dentro, y me cuentas qué has encontrado. Al irse, añadió casi en broma: Entiéndeme correctamente, haz un análisis *químico*, hijo mío. Esta vez me quedaré fuera más tiempo. Qué contento estaba yo de tener otra vez algo que investigar, pues esta vez –pensaba– quería tener mayor cuidado. Presta atención –me dije a mí mismo–, esto pueda que brille, y si brilla, entonces indudablemente será el sol, o si no, alguna otra estrella fija. Cuando abrí la taleguita, voy encontrando, muy contrariamente a mis expectativas, un libro de una nada resplandeciente encuadernación rústica. La lengua y la letra de lo escrito no eran de las conocidas, y aunque los trazos de ciertos renglones, en un vistazo, parecían bastante sencillos, al mirarlos más detenidamente, no obstante, eran de los más complicados. Todo lo que pude leer fueron las palabras del título en la portada: *Esto analiza, hijo mío, pero químicamente, y me cuentas qué has encontrado*. No puedo negar que me sentí un tanto consternado en mi espacioso laboratorio. ¿Qué –me dije a mí mismo– se supone que debo hacer?, ¿examinar *químicamente* el contenido de un libro? El contenido de un libro es su significado, y el análisis químico aquí sería el análisis de



trapos y tinta de imprenta. Mientras por un momento reflexionaba, de repente mis pensamientos se iluminaron en mi cabeza, y con la luz subió un irreprimible rubor de vergüenza. ¡Oh! –grité más y más fuerte–, ¡entiendo, entiendo! Ser Inmortal, oh, perdona, perdóname. ¡Entiendo tu benigna reprimenda! ¡Gracias al Eterno que puedo entenderlo! Estaba indeciblemente conmovido, y entonces desperté yo. ●

* Título original: *Ein Traum* (1793). De “Einige Betrachtungen über vorstehenden Aufsatz, nebst einem Traum” | “Algunas reflexiones sobre el ensayo anterior, junto con un sueño”, en *Schriften und Briefe* | *Escritos y cartas*, tercer volumen: *Aufsätze, Entwürfe, Gedichte, Erklärung der Hogarthischen Kupferstiche* | *Ensayos, apuntes, poemas y explicación de los grabados de Hogarth*, 5ª ed., edición de Wolfgang Promies, Múnich, Carl Hanser Verlag, noviembre de 1994 (“Zweitausendeins” | “Dos Mil Uno”).

De la tierra
NACIDA SOMBRA







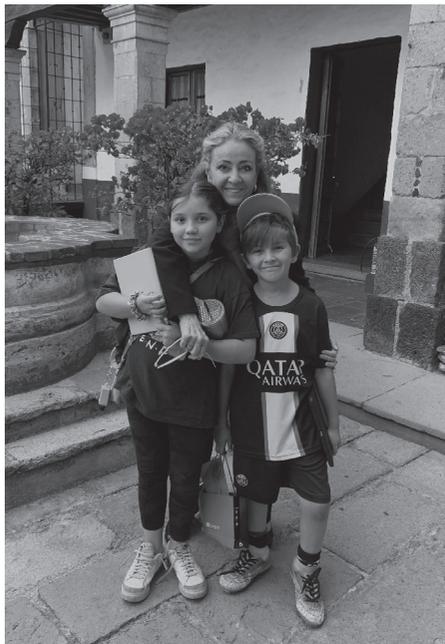
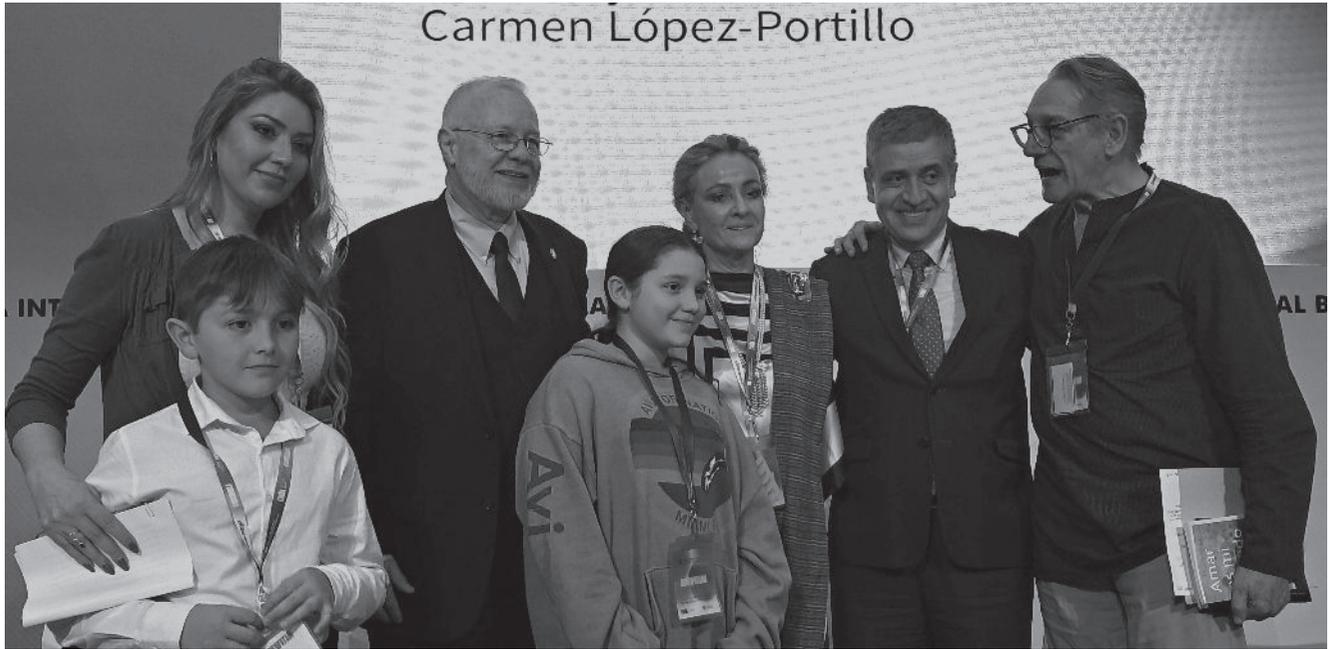






















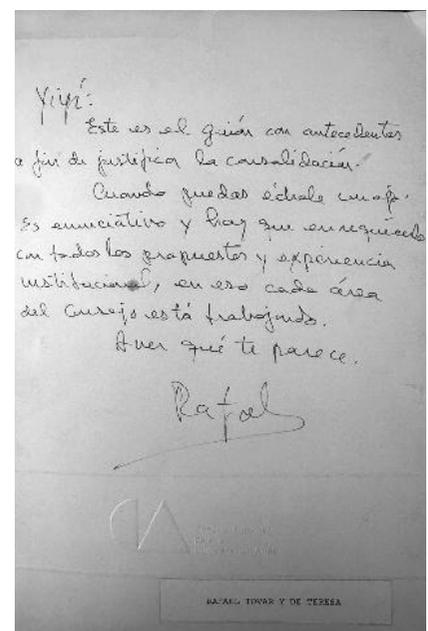
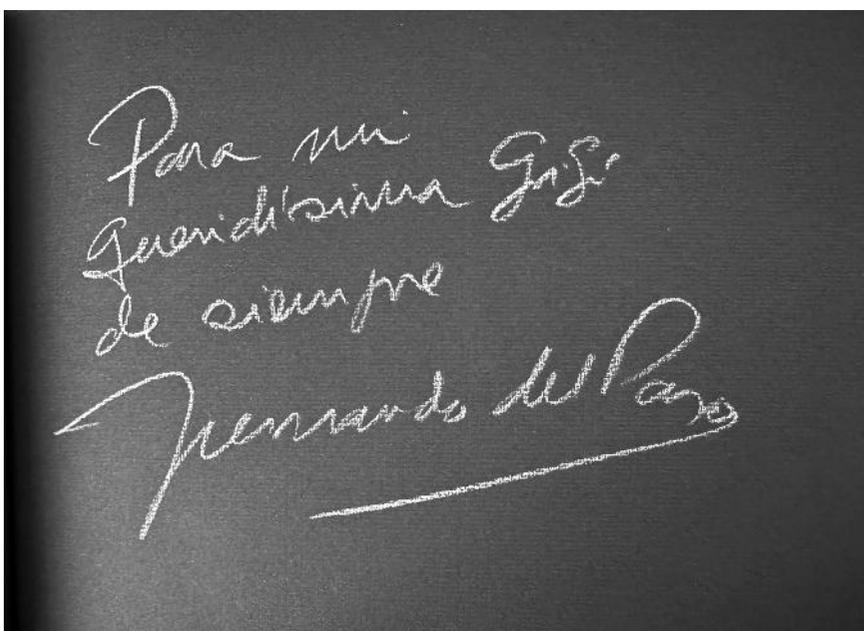
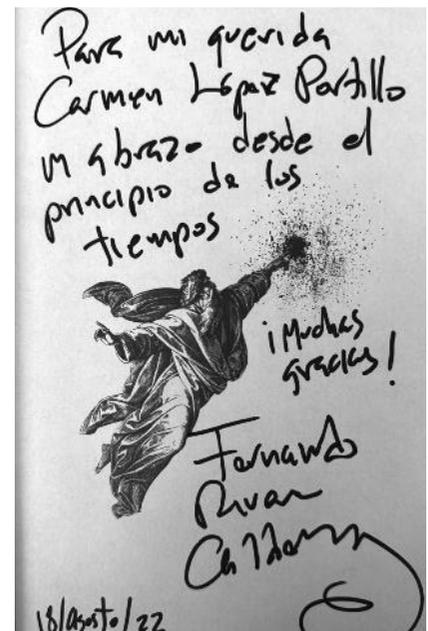
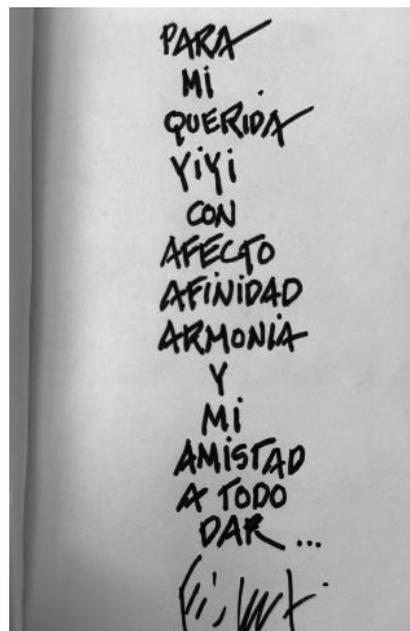
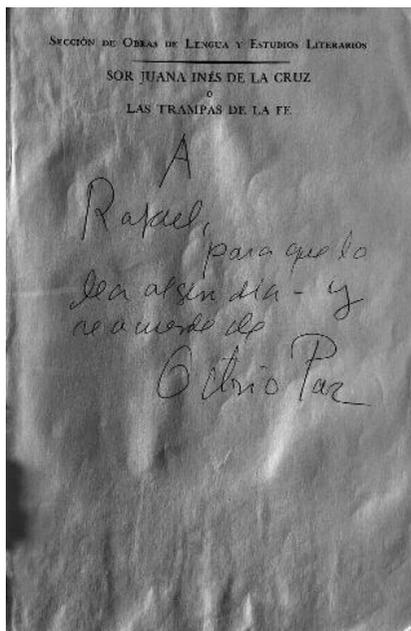
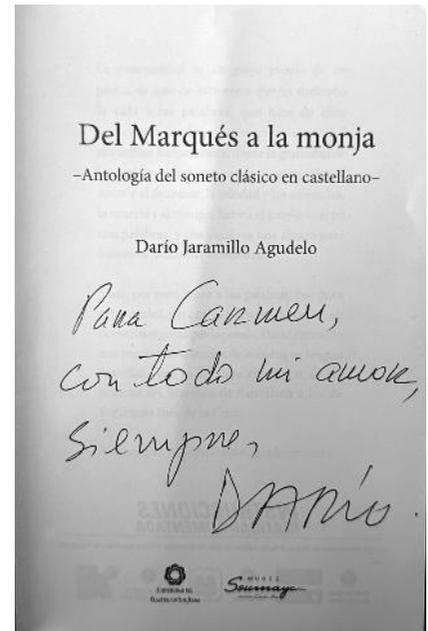
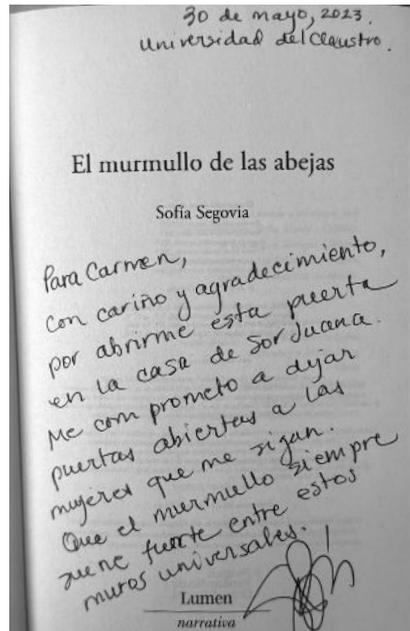
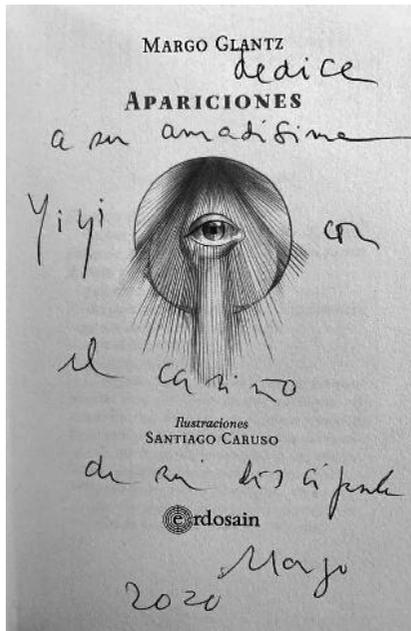


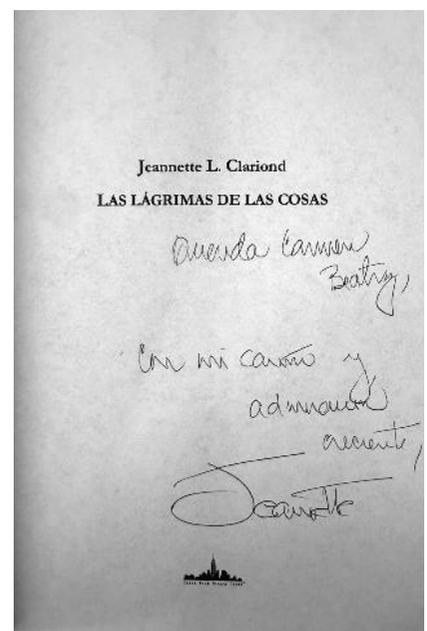
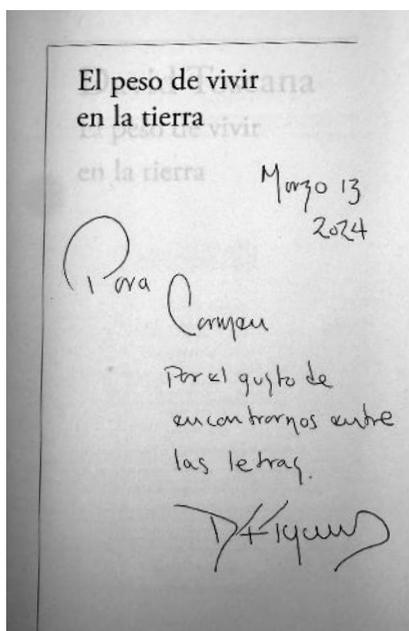
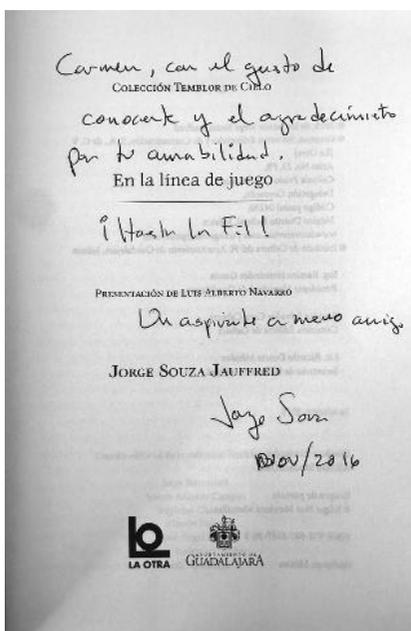
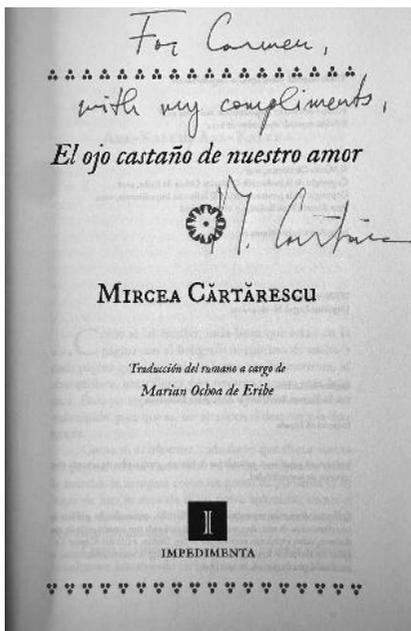
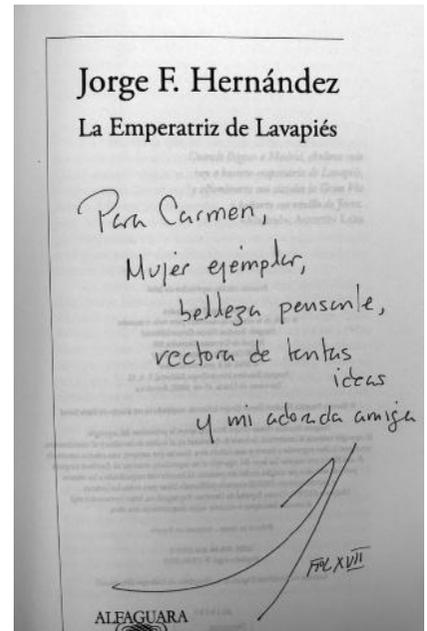
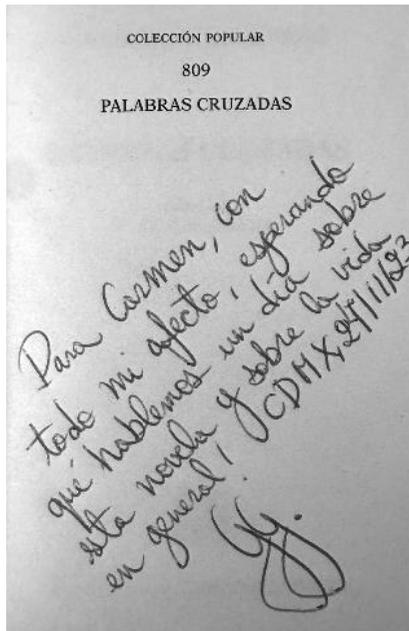
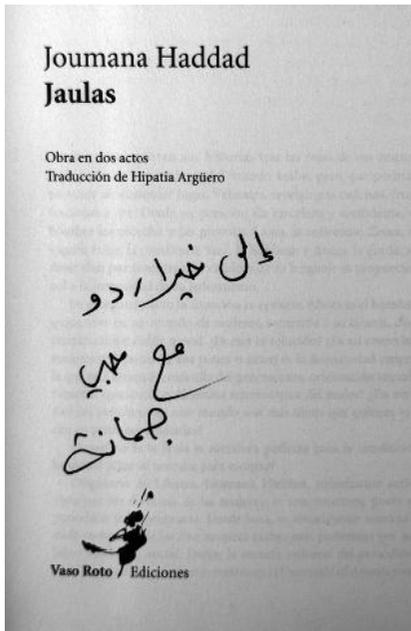
Homenaje a Carmen Lóp



la Bibliófila ez-Portillo











EL
CLAUS
TRO